MOby Dick

Herman Mellville



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

La **sotana**

CAPITULO XCV

Si hubierais subido a bordo del *Pequod* en una determinada coyuntura de esta autopsia de la ballena, y os hubieseis dado un paseo hacia la proa, junto al molinete, estoy casi seguro de que habríais escudriñado con no poca curiosidad un objeto muy extraño y enigmático que habríais visto allí, tendido a lo largo de los imbornales de sotavento. No la prodigiosa cisterna en la enorme cabeza del cetáceo, ni el prodigio de su mandíbula inferior desquijarada, ni el milagro de su cola simétrica, nada de eso os habría sorprendido tanto como una leve mirada a ese inexplicable cono, más largo que la altura de un hombre de Kentucky, de cerca de un pie de diámetro en la base, y de un negro de azabache, como Yojo, el ídolo de ébano de Queequeg. Y en efecto, es un ídolo; o más bien, en tiempos antiguos, era su imagen. Un ídolo como el que se encontró en los secretos bosquecillos de la reina Maachah en Judea, *y* por adorar al cual, el rey Asa, su hijo, la depuso, *y* destruyó el ídolo, y lo quemó como abominación en el torrente Cedrón, según se expone sobriamente en el capítulo decimoquinto del *Primer Libro de los Reyes.*

Mirad al marinero, llamado trinchador, que viene ahora, y, ayudado por dos compañeros, se echa pesadamente a la espalda el *gran dissimus,* como lo llaman los marineros, *y,* con los hombros encorvados, sale vacilante como si fuera un granadero que se lleva del campo de combate a un camarada muerto. Extendiéndolo en la cubierta del castillo de proa, como un cazador africano con la piel de una boa. Hecho esto, vuelve la piel del revés, como una pernera de pantalón: le da un buen tirón, hasta doblar casi su diámetro, y por fin la cuelga, bien extendida, en las jarcias, a secar. No tarda mucho en descolgarla; entonces, cortando unos tres pies de ella, hacia la extremidad en punta, y cortando luego dos hendiduras para sacar los brazos, se mete a lo largo, entero, dentro de ella. El trinchador ahora está ante vosotros revestido de todos los ornamentos de su oficio. Inmemorial para toda su orden, este revestimiento es lo único que le protege adecuadamente mientras se ocupa de las peculiares funciones de su cargo.

Ese cargo consiste en trinchar los trozos «de caballete» de la grasa para las marmitas; operación que se realiza en un curioso caballete, apoyado por un extremo contra las amuradas, y con un amplio barril debajo, en que caen los trozos en rebanada, tan deprisa como caen las hojas de la mesa de un orador en arrebato. Revestido de decoroso negro; ocupando un conspicuo púlpito; atento a hojas de Biblia,' ¡qué candidato para un arzobispado, qué tipo para Papa sería este trinchador!

La destilería

CAPÍTULO XCVI

Un barco ballenero americano se distingue no sólo por sus lanchas suspendidas, sino también por sus instalaciones de destilería. Presenta la curiosa rareza de la más sólida albañilería unida con el roble y el cáñamo para formar el barco entero. Es como si un horno de ladrillos se transportara desde el campo abierto hasta sus tablas.

Las destilerías están situadas entre el palo trinquete y el mayor, la parte más espaciosa de la cubierta. Las tablas de debajo son de especial resistencia, apropiadas para sostener el peso de una masa casi maciza de ladrillo y mortero, de una planta de unos diez pies por ocho, y cinco de

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

altura. El cimiento no penetra en cubierta, pero la obra de albañilería está firmemente asegurada a la superficie mediante poderosos codos de hierro que la abrazan por todas partes, atornillándola a las tablas. Por los lados, está revestida de madera, y por arriba está cubierta por una amplia escotilla, en pendiente y con refuerzos. Levantando esa escotilla, se hacen visibles las grandes marmitas de destilería, dos en número, y cada una de ellas de varios *barrels* de cabida. Cuando no se usan, se conservan notablemente limpias. A veces se pulimentan con esteatita y arena, hasta que brillan por dentro como poncheras de plata. Durante las guardias nocturnas, algunos cínicos marineros viejos se deslizan dentro de ellas y se enrollan para echar un sueñecito. Mientras se ocupan en pulimentarlas -uno en cada marmita, a cada lado- se transmiten muchas comunicaciones confidenciales por encima de los labios de hierro. También es lugar para profundas meditaciones matemáticas. Fue en la marmita izquierda del *Pequod,* con la esteatita dando vueltas diligentemente a mi alrededor, donde por primera vez me impresionó indirectamente el notable hecho de que, en geometría, todos los cuerpos que se deslizan a lo largo de la cicloide, por ejemplo mi esteatita, descienden en cualquier punto empleando exactamente el mismo tiempo.

Quitando el parafuegos de delante de la destilería, queda a la vista la desnuda albañilería de ese lado, perforado por las dos bocas de hierro de los hornos, que quedan debajo mismo de las marmitas. Esas bocas están provistas de pesadas puertas de hierro. Para impedir que el intenso calor del fuego se comunique a la cubierta, hay un depósito somero que se extiende bajo toda la superficie cerrada de la refinería. Este depósito se conserva lleno de agua, por un concurso inserto detrás, al mismo tiempo que se evapora. No hay chimeneas exteriores; se abren directamente a la pared posterior. Y aquí volvamos atrás un momento.

Fue cerca de las nueve de la noche cuando, por primera vez en este viaje, se pusieron en funcionamiento las destilerías del *Pequod.* Correspondía a Stubb dirigir el asunto.

-¿Todos preparados ahí? Fuera la escotilla, entonces, y adelante. Tú, cocinero, fuego a los hornos.

Esto fue cosa fácil, pues el carpintero había ido metiendo sus virutas en el horno durante todo el viaje. Aquí ha de decirse que, en un viaje ballenero, el primer fuego de la destilería ha de alimentarse algún tiempo con leña. Después de eso, no se usa leña sino como medio de poner en rápida ignición el combustible habitual. En resumen, después de destilarse, el material grasiento, crujiente y encogido, que entonces se llama restos *o fritters,* sigue conservando buena parte de sus propiedades oleaginosas. Estos *fritters* alimentan las llamas. Como un pletórico mártir ardiente, o un misántropo que se consume a sí mismo, la ballena, una vez entrada en combustión, proporciona su propio combustible y quema su propio cuerpo. ¡Ojalá consumiera su propio humo! Pues su humo es horrible de inhalar, *y* no hay más remedio que inhalarlo, *y* no sólo eso, sino que durante todo ese tiempo hay que vivir en él. Tiene un inexpresable aroma salvaje e hindú como puede hallarse en la proximidad de las piras funerarias. Huele como el ala izquierda del día del juicio, es un argumento a favor del abismo infernal.

A medianoche, la destilería estaba en plena actividad. Nos habíamos desembarazado de la carcasa; se habían izado las velas; el viento refrescaba; la salvaje oscuridad del océano era intensa. Pero esa oscuridad quedaba disuelta por las feroces llamas que de vez en cuando salían bifurcándose de los fuliginosos tubos, e iluminaban todas las jarcias en la altura como con el famoso «fuego griego». El ardiente barco seguía avanzando como si se le hubiera encargado inexorablemente alguna acción vengativa. Así los bergantines, cargados de pez y azufre, del osado hidriota Canaris, con anchas hojas de llamas por velas, caían sobre las fragatas turcas, y las

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

envolvían en conflagraciones.

La escotilla, quitada de encima de la destilería, ahora ofrecía un amplio hogar ante ella. Allí se erguían las tartáreas figuras de los arponeros paganos, siempre los fogoneros del barco ballenero. Con largos palos dentados, lanzaban siseantes masas de grasa a las abrasadoras marmitas, o removían debajo de éstas los fuegos, hasta que se disparaban las llamas serpentinas, escapando, rizadas, por las puertecillas para alcanzarles por los pies. El humo salía en espirales que se amontonaban lúgubremente. A cada balanceo del barco correspondía un balanceo del aceite hirviente, que parecía todo ansioso de saltarles a la cara. Enfrente de la boca de la destilería, al otro lado del amplio hogar de madera, estaba el molinete. Éste servía de sofá de mar. Allí estaba ociosa la guardia, cuando no tenía nada que hacer, mirando el rojo ardor del fuego, hasta que notaban abrasados los ojos en la cara. Sus bronceados rasgos, ahora todos sucios de humo *y* sudor, sus barbas enredadas *y* el contrastado brillo bárbaro de sus dientes, todo ello se revelaba extrañamente en las caprichosas decoraciones de la destilería. Mientras se narraban sus aventuras impías, con sus relatos de terror contados con palabras de regocijo; mientras se elevaba bifurcada su risa incivilizada, como las llamas saliendo del horno; mientras gesticulaban salvajemente ante ellas los arponeros, de un lado para otro, con sus grandes horcas puntiagudas *y* sus cazos; mientras seguía aullando el viento, *y* saltaban las olas, *y* gruñía *y* cabeceaba el barco, aunque lanzando firmemente su rojo infierno cada vez más allá, a la negrura del mar y de la noche, a la vez que trituraba despectivamente los huesos blancos en su boca, *y* escupía malignamente a todos lados; mientras tanto, el ***Pequod***, cargado de salvajes *y* de fuego, *y* quemando un cadáver, *y* sumergiéndose en esa negrura de tiniebla, parecía el equivalente material del alma de su monomaníaco comandante.

Así me parecía a mí, situado en la caña, mientras guiaba en silencio, durante largas horas, el camino de ese barco de fuego por el mar. Envuelto también yo en tiniebla durante aquel tiempo, veía mejor así la rojez, la locura, la espectralidad de los demás. La continua visión de las formas demoníacas ante mí, haciendo cabriolas, medio en fuego, medio en humo, empezó por fin a engendrar visiones afines en mi alma, tan pronto como empecé a sucumbir al inexplicable sopor que siempre me invadía en el timón a medianoche.

Pero esa noche en particular me ocurrió una cosa extraña, y para siempre inexplicable. Sobresaltándome de un breve sueño de pie, tuve horrible conciencia de que algo estaba fatalmente mal. La caña del timón, hecha de mandíbula de ballena, me golpeaba el costado con que me apoyaba en ella; en mis oídos sentía el sordo zumbido de las velas, que empezaban a sacudirse con el viento; creí que tenía abiertos los ojos; tuve a medias conciencia de que me llevaba los dedos a los párpados y los abría maquinalmente hasta separarlos. Pero, a pesar de todo esto, no podía ver ante mí ninguna brújula con que orientarme, por más que parecía que sólo un momento antes había mirado el mapa a la firme luz de la bitácora que la iluminaba. No parecía haber ante mí nada sino un vacío de pez, de vez en cuando más fantasmal por destellos de rojez. La impresión dominante era que esa cosa rápida y precipitada sobre la que estaba yo, fuera lo que fuera, no iba rumbo a ningún puerto por delante, sino que se precipitaba huyendo de todos los puertos a popa. Me invadió un sentimiento intenso y loco, como de muerte. Mis manos agarraron la caña convulsivamente, pero con la idea demente de que la caña estaba invertida, no se sabe por qué, de algún modo encantado. « ¡Dios mío! ¿Qué me pasa?», pensé. ¡Mirad! En mi breve sueño me había dado la vuelta, y estaba mirando a la popa del barco, de espalda a la proa y a la brújula. En un momento, me volví, con el tiempo justo de evitar que el barco volara contra el viento, y probablemente zozobrara. ¡Qué alegre *y* grato liberarme de esa innatural alucinación de la noche,

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

y de la fatal contingencia de caer a sotavento!

¡Oh, hombre, no mires demasiado tiempo a la cara del fuego! ¡Nunca sueñes con la mano en la barra! No vuelvas la espalda a la brújula, acepta la primera indicación del timón que tironea; no creas al fuego artificial, cuando su rojez hace parecer fantasmales todas las cosas. Mañana, al sol natural, los cielos estarán claros; los que centelleaban como demonios entre las llamas bífidas, por la mañana se mostrarán suavizados de un modo diferente, al menos más suave; el glorioso, dorado y alegre sol es la única lámpara sincera: ¡todas las demás son sólo embusteras!

No obstante, el sol no oculta la marisma funesta de Virginia, ni la maldita campiña romana, ni el ancho Sahara, ni tantos millones de millas de desiertos y dolores como hay bajo la luna. El sol no oculta el océano, que es el lado oscuro de la tierra, y que forma sus dos terceras partes. Así, por tanto, si un hombre mortal tiene en sí más alegría que tristeza, ese hombre mortal no puede ser sincero: o no es sincero, o está a medio crecer. Con los libros pasa lo mismo. El más sincero de todos los hombres fue el varón de Dolores, y el más sincero de los libros es el de Salomón, *y* el *Eclesiastés* es el fino acero templado del dolor. «Todo es vanidad.» TODO. Esta terrible palabra todavía no se ha apoderado de la sabiduría del Salomón no cristiano. Pero el que elude hospitales *y* cárceles, *y* aprieta el paso al cruzar los cementerios, y prefiere hablar de óperas que del infierno, y llama pobres diablos de hombres enfermos a Cowper, Young, Pascal *y* Rousseau; *y*, a través de toda una vida libre de cuidados, jura por Rabelais como el más sabio, y por tanto el más alegre; ese hombre no es apropiado para sentarse en lápidas sepulcrales y romper el verde terrón húmedo con el insondablemente maravilloso Salomón.

Pero hasta Salomón dice: «El hombre que se aparta del camino del entendimiento quedará (esto es, aun en vida) en la compañía de los muertos». No te entregues, pues, al fuego, no sea que él te haga volcar y te mate, como aquella vez me pasó a mí. Hay una sabiduría que es dolor; pero hay un dolor que es locura. Y hay en algunas almas un águila de Catskill que lo mismo puede dejarse caer en las más negras gargantas que volver a elevarse de ella y hacerse invisible en los espacios soleados. Y aunque vuele por siempre en la garganta, esa garganta está en las montañas, de modo que, aun en su caída más baja, el águila montañera sigue estando más alta que otras aves de la llanura, por mucho que se eleven.

La lámpara

CAPÍTULO XCVII

Si hubierais bajado de la destilería del *Pequod* al castillo de proa donde dormía la guardia franca de servicio, por un momento casi habríais creído que estabais en alguna iluminada capilla de reyes y consejeros canonizados. Allí yacían, en sus triangulares nichos de encina; cada marinero un mutismo cincelado, con una veintena de lámparas resplandeciendo sobre sus ojos encapuchados.

En los barcos mercantes, el aceite para el marinero es más escaso que la leche de reinas. Su suerte habitual es vestirse a oscuras, comer a oscuras y andar a oscuras tropezando hacia su petate. Pero el cazador de ballenas, como busca el alimento de la luz, vive por tanto en luz. Convierte su linterna en una lámpara de Aladino y allí se acuesta, de tal modo que en la noche más alquitranada, el negro casco del barco sigue albergando una iluminación.

Ved con qué entera libertad el marinero toma su manojo de lámparas -aunque a menudo no son más que viejas botellas y cacharros- y las lleva a la enfriadera de cobre de la destilería,

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

llenándolas allí como jarros de cerveza en la cuba. Él hace arder el más puro aceite, en su estado bruto, y por tanto sin viciar; un fluido desconocido para todas las invenciones solares, lunares o astrales de tierra firme. Es dulce como la mantecosa hierba temprana en abril. Va a la caza de su aceite como para estar seguro de su frescura y autenticidad, igual que el cazador de las praderas sale a cazar su cena de caza.

Estiba y limpieza

CAPITULO XCVIII

Ya se ha relatado cómo el gran leviatán es señalado a gritos desde el mastelero, cómo se le persigue por los páramos acuáticos, y cómo se hace su matanza en los valles de la profundidad; cómo luego es remolcado junto al barco *y* decapitado; *y* cómo (conforme al principio que autorizaba al verdugo de antaño a quedarse las vestiduras con que muriera el degollado) su gran gabán almohadillado se convierte en propiedad de su ejecutor; cómo, en el momento oportuno, es condenado a las calderas, y lo mismo que Shadrach, Meshach y Abednego, su esperma, aceite y huesos pasan intactos por el fuego; pero ahora queda por concluir el último capítulo de esta parte de la descripción recitando -cantando, si soy capaz- el romántico proceso de trasvasar su aceite a los barriles y bajarlos a la sentina, donde una vez más regresa el leviatán a sus profundidades nativas, deslizándose bajo la superficie como antes, pero ¡ay! para no volver jamás a subir y a soplar.

Todavía tibio, el aceite, como el ponche caliente, entra en los toneles de seis *barrels, y* quizá, en tanto que el barco avanza cabeceando y balanceándose por el mar de medianoche, los enormes toneles se hacen rodar y se vuelcan, un extremo tras otro, y a veces se escapan peligrosamente por la resbalosa cubierta, como aludes, hasta que por fin son sujetos y frenados en su camino, mientras que alrededor, tac, tac, golpean los aros todos los martillos que pueden caer sobre ellos, pues ahora todo marinero es tonelero *ex officio.*

Al fin, cuando se mete en barril la última pinta de aceite, y todo se enfría, se abren las grandes escotillas, dejando al aire las tripas del barco, y bajan los toneles a su reposo final en el mar. Hecho esto, se vuelven a colocar las escotillas y se cierran herméticamente, como un armario emparedado.

En la pesca del cachalote, éste es quizá uno de los episodios más notables de todo el asunto. Un día las tablas desbordan torrentes de sangre y aceite; en el sagrado alcázar se amontonan profanamente enormes masas de la cabeza del cetáceo; hay alrededor grandes toneles oxidados; el humo de la destilería ha llenado de hollín las batayolas; los marineros andan por ahí llenos de untuosidad; el barco entero se parece al propio leviatán, mientras que por todas partes hay un ruido ensordecedor.

Pero un día o dos después, mirad a vuestro alrededor, y aguzad las orejas en el mismísimo barco; si no fuera por las delatoras lanchas y destilerías, juraríais que pisáis algún silencioso buque mercante, con un capitán escrupulosamente pulcro. El aceite de esperma sin manufacturar posee una singular capacidad de limpieza. Esa es la razón por la que las cubiertas nunca tienen un aspecto tan blanco como después de lo que ellos llaman un trabajo de aceite. Además, con las cenizas de los restos quemados de la ballena, se hace en seguida una poderosa lejía, y esta lejía acaba rápidamente con cualquier pegajosidad del lomo del cetáceo que pueda seguir adherida al costado. Los marineros van con toda diligencia a lo largo de las amuradas *y* con baldes de agua *y*

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

trapos les devuelven su total limpieza. Se rasca el hollín de las jarcias bajas. Todos los numerosos instrumentos que se han usado se limpian y guardan con análoga fidelidad. Se restriega la gran escotilla y se pone sobre la destilería, ocultando por completo las marmitas; no queda un tonel a la vista; *y* todos los aparejos se amontonan en rincones ocultos; *y* cuando, con la diligencia combinada y simultánea de casi toda la tripulación del barco, se concluye por fin la totalidad de este deber concienzudo, los tripulantes comienzan sus propias abluciones, se mudan de pies a cabeza, y por fin salen a la cubierta inmaculada, todos frescos y radiantes como novios recién llegados de la más refinada Holanda.

Ahora, con paso animado, recorren las tablas en grupos de dos y tres *y* charlan humorísticamente sobre salones, sofás, alfombras *y* finas batistas; proponen esterar la cubierta; piensan en tener cortinajes en la cofa, y no les parecía mal tomar el té a la luz de la luna en el mirador del castillo de proa. Sería casi un atrevimiento insinuar a tan almizclados marineros algo sobre el aceite, los huesos y la grasa. No conocen esas cosas a que aludís lejanamente. ¡Fuera, y a buscar servilletas!

Pero atención: allá arriba, en las tres cofas, hay tres hombres dedicados a acechar más ballenas, que si se cazan, volverán a manchar sin remedio el antiguo mobiliario de roble, y dejarán caer por lo menos alguna manchita de grasa en algún sitio. Sí, y en muchas ocasiones, después de los más severos trabajos sin interrupción, que no conocen noches, continuando seguidos durante noventa y seis horas; después que ellos han salido de la lancha, donde se han hinchado las muñecas remando todo el día por el ecuador, sólo para subir a cubierta llevando enormes cadenas, y mover el pesado cabrestante *y* cortar *y* tajar, sí, *y* en sus mismos sudores, ser ahumados *y* quemados otra vez por los combinados fuegos del sol ecuatorial y de la ecuatorial refinería; cuando, a continuación de esto, se han agitado para limpiar el barco y dejarlo como un inmaculado salón de lechería, muchas veces, estos pobres hombres, al abotonarse apenas sus chaquetones limpios, se ven sobresaltados por el grito de «¡Ahí sopla!», *y* vuelan allá a combatir con otra ballena, *y* volver a pasar por todo este fatigoso asunto. ¡Ah, amigo mío, pero esto es matar hombres! Sin embargo, esto es la vida. Pues apenas los mortales, con largos esfuerzos, hemos extraído de la vasta mole del mundo su escaso, pero valioso aceite de esperma, y luego, con fatigada paciencia, nos hemos limpiado de sus suciedades, y aprendido a vivir aquí en limpios tabernáculos del alma; apenas se ha hecho esto, cuando *¡ahí sopla!* se ve surgir el chorro del espectro, *y* nos hacemos a la vela para combatir contra otro mundo, y volver a pasar por la vieja rutina de la vida joven.

¡Ah, la metempsicosis! ¡Oh, Pitágoras, que en la clara Grecia, hace dos mil años, moriste tan bueno, tan sabio, tan benévolo; en mi último viaje a lo largo de la costa del Perú he navegado contigo, y, aun tan necio como soy, te he enseñado a ti, simple muchacho bisoño, a empalmar una jarcia!

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

El doblón

CAPITULO XCIX

Ya se ha contado antes cómo Ahab solía recorrer su alcázar, dando la vuelta regularmente en cada extremo, la bitácora y el palo mayor, pero con la multiplicidad de las demás cosas que requerían narración, no se ha añadido que a veces, en esos paseos, cuando más sumergido estaba en su humor, solía detenerse al dar la vuelta en cada uno de esos dos puntos, y quedarse mirando extrañamente el objeto particular que tenía delante. Cuando se detenía ante la bitácora, con su mirada clavada en la aguja puntiaguda de la brújula, esa mirada se disparaba como una jabalina con la afilada intensidad de su designio; y cuando al continuar otra vez su paseo, se detenía de nuevo ante el palo mayor, entonces, con esa misma mirada remachada en la moneda de oro allí clavada, conservaba el mismo aspecto de firmeza claveteada, sólo tocada por un cierto anhelo salvaje, aunque no esperanzado.

Pero una mañana, al dar media vuelta ante el doblón, pareció quedar nuevamente atraído por las extrañas figuras e inscripciones acuñadas en él, como si ahora empezara por primera vez a interpretar de algún modo monomaníaco los significados que pudieran albergarse en ellas. Y en todas las cosas se alberga algún significado cierto, o de otro modo, todas las cosas valen muy poco, y el mismo mundo redondo no es más que un signo vacío, a no ser como se hace con los cerros de junto a Boston, para venderse por carretadas para rellenar alguna marisma en la Vía Láctea.

Ahora, este doblón era del más puro oro virgen, arrancado en algún sitio del corazón de montes ubérrimos, de los que, a este y oeste, fluyen las fuentes de más de un Pactolo. Y aunque clavado ahora entre todas las herrumbres de los pernos de hierro y el verde gris de las chavetas de cobre, sin embargo, intocable e inmaculado para cualquier impureza, aún conservaba su fulgor de Quito. Y, aunque colocado entre una tripulación inexorable, y aunque a todas horas pasaran junto a él menos inexorables, a través de las inacabables noches envueltas en densa tiniebla, que podrían encubrir cualquier aproximación para un hurto, sin embargo, cada amanecer encontraba el doblón donde lo había dejado al anochecer. Pues estaba apartado *y* santificado para un fin aterrorizador, *y* por más que se extralimitaran en sus costumbres de marinos, los tripulantes, de modo unánime, lo reverenciaban en la fatigosa guardia de noche, preguntándose de quién acabaría siendo, y si éste viviría para gastarlo.

Ahora, esas nobles monedas de oro de Sudamérica son como medallas del sol y muestras del trópico. En ellas se acuñan, en lujuriante profusión, palmeras, alpacas, volcanes, discos del sol, estrellas, eclípticas, cuernos de la abundancia y ricas banderas ondeantes; de modo que el precioso oro parece casi obtener más valor y realzar gloria al pasar por esas fantasiosas Casas de Moneda tan hispánicamente poéticas.

Ocurrió por cierto, que el doblón del ***Pequod*** era un ejemplo riquísimo de esas cosas. En su canto redondo llevaba las letras: REPÚBLICA DEL ECUADOR: QUITO. De modo que esa brillante moneda Procedía de un país situado en el centro del mundo, bajo el gran ecuador, *y* con su nombre; *y* se había acuñado a media altura de los Andes, en el inalterado clima que no conoce otoño. Rodeada por esas letras, se veía la imagen de tres cimas andinas; de una salía una llama; una torre, de otra; de la tercera un gallo cantando; mientras que, en arco sobre ellas, había un segmento del zodíaco en compartimientos con todos los signos marcados con su cabalística habitual, y el sol, como clave del arco, entrando en el punto equinoccial en Libra.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Ante esa ecuatorial moneda se detenía ahora Ahab, no sin ser observado por otros.

«Hay algo siempre egoísta en cumbres de montañas *y* torres, *y* todas las demás cosas grandiosas y altivas; mirad aquí, tres picos tan orgullosos como Lucifer. La firme torre es Ahab; el volcán es Ahab; el pájaro valeroso, intrépido y victorioso, es también Ahab; todos son Ahab, y este oro redondo no es sino la imagen del globo más redondo, que, como el espejo de un mago, no hace otra cosa que devolver, a cada cual a su vez, su propio yo misterioso. Grandes molestias, pequeñas ganancias para los que piden al mundo que les explique, cuando él no puede explicarse a sí mismo. Me parece que este sol acuñado presenta una cara rubicunda, pero ¡ved!, sí, ¡entra en el signo de las tormentas, el equinoccio, y hace sólo seis meses que salió rodando de otro equinoccio, en Aries! ¡De tormenta en tormenta! Sea así, pues. ¡Nacido en dolores, es justo que el hombre viva en dolores y muera en estertores! ¡Sea así, entonces! Aquí hay materia sólida para que trabaje en ella el dolor. Sea así, entonces.»

«No hay dedos de hada que puedan haber apretado este oro, sino que las garras del demonio deben haber dejado en él sus marcas desde ayer -murmuró para sí Starbuck, recostándose en las amuradas-. El viejo parece leer la terrible inscripción de Baltasar. Nunca me he fijado atentamente en esa moneda. Ahora baja él; voy a leerla. Un valle oscuro entre tres poderosos picos, levantados contra el cielo, que casi parecen la Trinidad, en algún débil símbolo terrenal. Así, en este valle de Muerte, Dios nos ciñe alrededor; y, por encima de toda nuestra melancolía, el sol de la justicia brillando como faro y como esperanza. Si bajamos los ojos, el sombrío valle muestra su suelo mohoso, pero si los levantamos, el sol sale al encuentro de nuestra mirada, a medio camino, para animarnos. Pero, ay, el gran sol no es cosa fija, y cuando, a medianoche, querríamos arrancarle algún dulce solaz, en vano miramos buscándole: esta moneda me habla con juicio, con benignidad, con sinceridad, pero, sin embargo, con tristeza. La dejaré, no sea que la Verdad me sacuda falsamente.»

«Ya está ahí el viejo mongol -soliloquizó Stubb junto a la destilería-, le ha dado con la varita, y ahí viene Starbuck de eso mismo, los dos con caras que yo diría que podrían tener cerca de nueve brazas de largo. Y todo por mirar un trozo de oro, que si lo tuviera yo ahora en Negro Hill o en Corlaer's Hook, no lo miraría mucho tiempo antes de gastarlo. ¡Hum! en mi pobre e insignificante opinión, lo considero esto extraño. He visto doblones otras veces en mis viajes: los doblones de la vieja España, los doblones de Chile, los doblones de Bolivia, los doblones de Popayán, con abundancia de *moidores* de oro, *y pistolas, y* reales y medios reales. ¿Qué puede haber entonces en este doblón del Ecuador que es tan matadoramente maravilloso? ¡Por Golconda! Lo voy a leer una vez. ¡Hola, hay signos y prodigios, ciertamente! Eso, entonces, es lo que el viejo Bowditch, en su *Epítome,* llama el zodíaco, *y* mi almanaque de abajo, igual. Buscaré el almanaque, y, lo mismo que he oído decir que se pueden sacar diablos con la aritmética de Daboll, probaré la mano sacando algún significado de estos extraños garabatos de aquí, con el calendario de Massachusetts. Aquí está el libro. Vamos a ver ahora. Signos *y* prodigios, *y* el sol va siempre entre ellos. Ejem, ejem, ejem; aquí están, aquí van... todos vivos: Aries o el Carnero; Taurus o el Toro; y ¡Jimimi!; el propio Géminis o los Gemelos. Bueno, el sol da vueltas entre ellos. Sí, aquí en la moneda acaba de cruzar el umbral entre dos de los saloncitos, todos en anillo. ¡Libro!, aquí estás: el hecho es que los libros debéis saber cuál es vuestro sitio. Vosotros servís para darnos las meras palabras y hechos, pero a nosotros nos toca proporcionar los pensamientos. Ésa es mi pequeña experiencia, en cuanto al calendario de Massachusetts, el tratado de navegación de Bowditch, y a la aritmética de Daboll. Signos y prodigios, ¿eh? ¡Lástima si no hay nada prodigioso en los signos, y nada significativo en los prodigios! En algún sitio hay una clave;

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

espera un poco; ¡chissst... escucha! ¡Por Júpiter, que ya lo tengo! Mira, Doblón, este zodíaco que tienes aquí es la vida del hombre en un solo capítulo redondo, y ahora lo voy a leer, tal como sale del libro. ¡Vamos, Almanaque! Para empezar: ahí está Aries, o el Carnero, animal lujurioso, que nos engendra; luego, Taurus, el Toro: nos embiste para empezar; luego Géminis, los Gemelos, esto es, la Virtud y el Vicio; tratamos de alcanzar la Virtud, cuando he aquí que viene Cáncer el Cangrejo, *y* nos arrastra detrás; *y* ahí, saliendo de Virtud, Leo, un León rugiente, se tiende en el camino: da unos pocos mordiscos feroces y lanza malhumorado un zarpazo; escapamos, y saludamos a Virgo, ¡la Virgen!; es nuestro primer amor; nos casamos y creemos ser felices para siempre, cuando, paf, sale Libra, o la Balanza: la felicidad pesada *y* hallada escasa; *y* mientras estamos muy tristes por eso, ¡Señor, qué rápidamente brincamos, cuando Scorpio, el Escorpión, nos pica en el trasero!; nos estamos curando la herida, cuando ¡bang! las flechas llueven alrededor: se está divirtiendo Sagitario, el Arquero. Mientras nos arrancamos las flechas, ¡a un lado!, ahí viene el ariete, Capricornio, el Macho Cabrío; lleno de ímpetu, llega precipitado, y somos lanzados de cabeza; entonces Acuarius, el Aguador, vierte todo su diluvio *y* nos inunda; *y* para terminar, dormimos con Piscis, los Peces. Hay ahora un sermón, escrito en el alto cielo, *y* el sol lo recorre todos los años, *y* sin embargo sale de él vivo *y* animado. Alegremente, allá arriba, rueda a través de fatiga *y* apuro; y así, aquí abajo, hace el alegre Stubb. ¡Ah, alegre es la palabra para siempre! ¡Adiós, Doblón! Pero, alto; ahí viene el pequeño "Puntal'; vamos a dar la vuelta a la destilería, entonces, y oigamos lo que tiene que decir. Ea; está delante del oro; terminará por salir con algo al fin. Eso, eso, ya está empezando.»

«No veo nada aquí, sino una cosa redonda hecha de oro; y quienquiera que señale una cierta ballena, esa cosa redonda le pertenece. Entonces ¿a qué viene todo ese mirar? Vale dieciséis dólares, es verdad; y a dos centavos el cigarro, son novecientos sesenta cigarros. No fumaré pipas sucias como Stubb, pero me gustan los cigarros, y aquí hay novecientos sesenta: así que allá va Flask a la cofa a acecharlos.»

« ¿He de llamarlo a esto sensato o necio, entonces? Si es realmente sensato, tiene aspecto necio; pero si realmente es necio, entonces tiene una especie de aspecto sensato. Pero, espera, ahí viene nuestro viejo de la isla de Man; el antiguo cochero de entierro, que es lo que debió ser antes de darse a la mar. Ahora orza ante el doblón; anda y da la vuelta al otro lado del mástil; bueno, en ese lado hay una herradura clavada; y ya vuelve: ¿qué significa eso? ¡Atención! Está murmurando: una voz como un viejo molinillo de café estropeado. ¡Aguza las orejas y escucha!»

«Si se descubre la ballena blanca, debe ser en tal mes y tal día que el sol se encuentre en algunos de estos signos. He estudiado los signos, y conozco sus marcas: me los enseñó, hace cuarenta años, la vieja bruja de Copenhague. Ahora ¿en qué signo estará entonces el sol? En el signo de la herradura, pues ahí está, enfrente mismo del oro. ¿Y cuál es el signo de la herradura? El león es el signo de la herradura: el león rugiente y devorador. ¡Barco, viejo barco! Mi vieja cabeza tiembla de pensar en ti.»

«Aquí hay ahora otra versión, pero sigue siendo un mismo texto. Ya veis, toda clase de hombres en una sola especie de mundo. ¡Apartarse otra vez! Ahí viene Queequeg..., todo tatuaje..., parece él mismo los signos del zodíaco. ¿Qué dice el caníbal? Como que estoy vivo, que compara notas; mira su hueso del muslo; piensa que el sol está en el muslo, o en la pantorrilla, o en las tripas, supongo, igual que las viejas de la aldea hablan de la astronomía del cirujano. Y, por Júpiter, que ha encontrado algo en la cercanía de ese muslo: supongo que es Sagitario, o el Arquero. No; él no entiende nada de ese doblón: lo toma por un viejo botón de unos pantalones de rey. Pero ¡otra vez a un lado!; ahí viene ese diablo fantasmal, Fedallah; con la

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

cola enrollada para que no se le vea, como de costumbre, y con estopa en las punteras de las botas, como de costumbre. ¿Qué dice, con ese aspecto suyo? Ah, sólo hace un signo al signo y se inclina: hay un sol en la moneda: adorador del fuego, podéis estar seguros. ¡Oh, más y más! Por ahí viene Pip... ¡pobre muchacho! ojalá hubiera muerto él, o yo; me da casi horror verle. Él también ha observado a todos estos intérpretes, incluido yo mismo... y mira ahora: viene a leer, con esa cara de idiota sobrenatural. Otra vez a un lado, y oigamos qué dice. ¡Atención!»

«Yo miro, tú miras, él mira; nosotros miramos, vosotros miráis, ellos miran.»

« ¡Por mi vida, si ha estudiado la Gramática de Murray! ¡Mejorando su espíritu, pobre muchacho! Pero veamos qué dice ahora... ¡chist!»

«Yo miro, tú miras, él mira; nosotros miramos, vosotros miráis, ellos miran.»

«Vaya, lo está aprendiendo de memoria; chissst, otra vez.»

«Yo miro, tú miras, él mira; nosotros miramos, vosotros miráis, ellos miran.»

«Bueno, es divertido.»

«*Y yo, y* tú, *y* él, *y* nosotros, vosotros *y* ellos, somos todos murciélagos, y yo soy un cuervo, sobre todo cuando me subo encima de ese pino. ¡Co, co, co, co, co, co! ¿No soy un cuervo? ¿Y dónde está el espantacuervos? Ahí está: dos huesos metidos en unos pantalones viejos, otros dos encajados en las mangas de una chaqueta vieja.» « ¿Si se referirá a mí? ¡Un cumplimiento! ¡Pobre muchacho! Podría irme a ahorcar. De todos modos, por ahora, dejaré la proximidad de Pip. Puedo aguantar a los demás, porque tienen la cabeza en su sitio, pero éste es demasiado loco y chistoso para mi cordura. Así, así; le dejo mascullando.»

«Ahí está el ombligo del barco, este doblón, y ahí están todos inflamados por desatornillarlo. Pero, desatornillaos el ombligo, y ¿cuál es la consecuencia? Pero, por otro lado, si sigue ahí, eso es feo, también, pues cuando se clava algo al mástil es signo de que las cosas se ponen desesperadas. ¡Ja, ja, viejo Ahab!, la ballena blanca: ¡ella os clavará! Ése es un pino. Mi padre, en el viejo condado de Tolland, cortó una vez un pino, y encontró un anillo de plata que le había crecido, el anillo de boda de algún viejo negro. ¿Cómo había llegado allí? Y eso dirán en la resurrección, cuando lleguen a pescar este viejo mástil, y encuentren un doblón metido *en él, con ostras incrustadas en vez de la corteza áspera. ¡Ah, el* oro, el precioso, precioso oro! El avaro verde pronto te atesorará. ¡Chist, chist! Dios va por los mundos buscando zarzamoras. ¡Cocinero! ¡Eh, cocinero! ¡Ven a guisarnos! ¡Jenny! ¡Eh, eh, eh, eh, Jenny! ¡Ven a hacernos nuestra torta de maíz!»

Pierna y brazo.
***El Pequod,* de Nantucket, encuentra**
al *Samuel Enderby,* de Londres

CAPITULO C

« ¡Ah del barco! ¿Habéis visto a la ballena blanca?» Así gritó Ahab, saludando una vez más a un barco que pasaba a popa, con pabellón inglés. Con el altavoz en la boca, el viejo estaba en su lancha izada, con la pierna de marfil claramente visible para el capitán recién llegado, que estaba descuidadamente reclinado en la proa de su propia lancha. Era un hombre de curtida piel oscura, corpulento, de buen humor y buen aspecto, de unos sesenta años, vestido con un espacioso gabán que colgaba a su alrededor en festones de azul paño de marina; y una manga vacía de ese chaquetón flotaba detrás de él como el brazo bordado de un dolmán de húsar.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

-¿Ha visto a la ballena blanca?

-¿Ve esto? -y sacándolo de los pliegues que lo ocultaban, levantó un brazo blanco de hueso de cachalote, que acababa en una cabeza de madera como un mazo.

-¡Hombres a mi lancha! -gritó Ahab, con ímpetu, y golpeando los remos que tenía a su lado-: ¡Preparados para arriar!

En menos de un minuto, sin abandonar su pequeña embarcación, él *y* sus remeros bajaron al mar *y* pronto estuvieron junto al costado del recién llegado. Pero allí se presentó una curiosa dificultad. En la excitación del momento, Ahab había olvidado que, desde que perdió la pierna, jamás había subido a bordo de otro barco que no fuera el suyo, y en este caso era siempre mediante un artefacto mecánico muy ingenioso *y* hábil, peculiar del *Pequoa* un objeto que no podía ser armado y embarcado en otro barco con pocos momentos de anticipación. Ahora, no es cosa muy fácil para nadie -excepto los que están acostumbrados a ello a todas horas, como los balleneros- trepar por el costado de un barco desde una lancha en alta mar, pues las grandes olas unas veces elevan la lancha hasta lo alto de las amuradas y luego, en un momento, la dejan caer a mitad de camino de la sobrequilla. Así, privado de una pierna, y como el barco forastero, desde luego, carecía en absoluto de la benévola invención, Ahab se encontró ahora reducido otra vez, de modo abyecto, a ser un torpe hombre de tierra adentro, observando con desesperanza la incierta altura cambiante que difícilmente podría alcanzar.

Se ha sugerido antes, quizá, que cualquier pequeña circunstancia contraria que le ocurriera, y que indirectamente procediera de su lamentable desgracia, casi siempre irritaba o desesperaba a Ahab. Y en el caso presente, todo se aumentó al ver a dos oficiales del barco recién llegado, asomados a la borda, y la escala de gato de flechaste claveteados, y, balanceándose hacia él, un par de guardamancebos decorados con mucho gusto, pues al principio no parecieron considerar que un hombre con una sola pierna debía estar demasiado mutilado para usar sus barandas marinas. Pero esta perplejidad sólo duró un momento, porque el capitán recién llegado, observando de una ojeada cómo estaban las cosas, exclamó:

-¡Ya veo, ya veo! ¡Dejad de echar nada! ¡Pronto, muchachos; fuera el aparejo de descuartizar!

Como si lo hubiera hecho la buena suerte, habían tenido una ballena al costado un día o dos antes, y los aparejos grandes estaban todavía arriba, *y* el macizo *y* curvado gancho de la grasa, ahora limpio y seco, todavía estaba amarrado al extremo. Éste se hizo bajar rápidamente hasta Ahab, que, comprendiéndolo enseguida, deslizó su solitario muslo en la curva del gancho (era como sentarse en la uña de un ancla, o en la horquilla de un manzano), y, entonces, dando la señal, se agarró fuerte, y al mismo tiempo ayudó a izar su propio peso tirando, una mano tras otra, de uno de los cabos móviles del aparejo. Pronto le balancearon cuidadosamente dentro de las altas batayolas, y se posó suavemente en el sombrero del cabrestante. Con su brazo de marfil cordialmente extendido en bienvenida, el otro capitan avanzó, y Ahab, adelantando su pierna de marfil y cruzándola con el brazo de marfil (como dos hojas de pez espada) exclamó, en su tono de morsa:

-¡Sí, sí, amigo! ¡Vamos a chocar los huesos! ¡Un brazo y una pierna! Un brazo que nunca se puede encoger, ya se ve; y una pierna que nunca puede correr. ¿Dónde ha visto la ballena blanca? ¿Cuánto tiempo hace?

-La ballena blanca -dijo el inglés, señalando con su brazo de marfil al este, y lanzando una mirada contrita a lo largo de él, como si hubiera sido un telescopio-: Allí la vi, en el ecuador, la temporada pasada.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

-¿Y fue la que le arrancó este brazo, no? -preguntó Ahab, deslizándose ahora del cabrestante, apoyado, al hacerlo, en el hombro del inglés.

-Sí, al menos, fue la causa de ello; ¿y esa pierna, también?

-Cuénteme la historia -dijo Ahab-: ¿cómo fue?

-Era la primera vez en mi vida que navegaba por el ecuador -empezó el inglés-. Entonces no sabía nada de la ballena blanca. Bueno, un día arriamos las lanchas por una manada de cuatro o cinco ballenas, y mi lancha hizo presa en una de ellas: un verdadero caballo de circo era, también, que empezó a dar vueltas y vueltas de tal modo que mis hombres sólo pudieron mantener el equilibrio plantando las popas en la borda. Al fin, salió del fondo del mar una enorme ballena saltando, con cabeza y joroba blancas como la leche, todas arrugas y patas de gallo.

-¡Era ésa, era ésa! -gritó Ahab, dejando escapar de repente el aliento contenido.

-Y con arpones clavados cerca de su aleta de estribor.

-Sí, sí... eran míos..., mis hierros -gritó Ahab, exultante-: pero ¡adelante!

-Déme una ocasión, entonces -dijo el inglés, de buen humor-. Bueno, ese viejo bisabuelo de cabeza y joroba blancas, se metió corriendo, todo espuma, en la manada, y empezó a dar mordiscos furiosos a la estacha del arpón.

-¡Sí, ya entiendo! Quería partirla; liberar el pez sujeto... Un viejo truco..., le conozco.

-Cómo fue exactamente -continuó el capitán manco, no lo sé, pero al morder la estacha, se le enredaron los dientes y se quedó atrapado no sé cómo; pero entonces no lo sabíamos, así que cuando luego remamos para recuperar estacha, ¡paf!, fuimos a posarnos en su joroba, en vez de en la joroba del otro pez que salió a barlovento, agitando la cola. Viendo cómo estaba la cosa, y qué ballena más grande *y* noble era -la más noble *y* grande que he visto en mi vida, capitán-, decidí capturarla, a pesar de que parecía tener una cólera hirviente. Y pensando que aquella estacha azarosa podía soltarse, o que podría arrancar el diente que se había enredado (pues tengo una tripulación diabólica para tirar de una estacha), viendo todo eso, digo, salté a la lancha de mi primer oficial, el señor Mountopp, aquí presente (por cierto, capitán..., el señor Mountopp; Mountopp, el capitán); como iba diciendo, salté a la lancha de Mountopp, que, ya ve, estaba borda con borda con la mía, entonces: y agarrando el primer arpón, se lo tire a ese viejo bisabuelo. Pero, dios mío, vea, capitan; por todos los demonios, hombre; un momento después, de repente, me quedé ciego como un murciélago... de los dos ojos..., todo en niebla y medio muerto de espuma negra... con la cola de la ballena levantándose derecha, vertical en el aire, como un campanario de mármol. No servía entonces echar atrás; pero como yo iba a tientas a mediodía, con un sol cegador, todo diamantes; mientras iba a tientas, como digo, buscando el segundo arpón para tirárselo por la borda, cae la cola como una torre de Lima, cortando en dos mi lancha, y dejando las dos mitades en astillas; y con las aletas por delante, la joroba blanca retrocedió por el desastre, como si todo fuera trozos. Todos salimos disparados. Para escapar a sus terribles azotes me agarré al palo de mi arpón, que llevaba clavado, y por un momento me sujeté a él como un pez que mama. Pero una ola, golpeándome, me separó, y en el mismo instante, el bicho, lanzando un buen arranque hacia delante, se zambulló como un pez, y el filo de ese segundo arpón maldito, remolcado junto a mí, me alcanzó por aquí (se apretó con la mano por debajo mismo del hombro), sí, me alcanzó por aquí, digo, y me bajó a las llamas del infierno, según creí: cuando en esto, de repente, gracias a Dios, el filo se abrió paso a través de la carne... a todo lo largo del brazo..., salió cerca de la muñeca, y yo volví a flote... y ese caballero les contará el resto (por cierto, capitán..., el doctor Bunger, médico del barco; Bunger, muchacho..., el capitán). Ahora, Bunger, chico, cuenta tu parte de la historia.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

El profesional señalado con esa familiaridad había estado todo el tiempo al lado de ellos sin nada específicamente visible que denotara su rango de caballero a bordo. Tenía una cara enormemente redonda, pero sobria; iba vestido con una blusa o camisa de desteñida lana azul, *y* pantalones remendados, *y* hasta entonces había distribuido su atención entre un pasador que tenía en una mano y una caja de píldoras que tenía en la otra, lanzando de vez en cuando una mirada crítica a los miembros de marfil de los dos capitanes mutilados. Pero al presentarle su superior a Ahab, se inclinó cortésmente, y pasó inmediatamente a cumplir la petición de su capitán.

-Era una herida terriblemente mala -empezó el médico ballenero- y, siguiendo mi consejo, el capitán Boomer, aquí presente, dirigió a nuestro viejo *Sammy*...

-*Samuel Enderby* es el nombre de mi barco -interrumpió el capitán manco, dirigiéndose a Ahab-: Sigue, muchacho.

-Dirigió a nuestro viejo *Sammy* al norte, para salir del abrasador tiempo caliente del ecuador. Pero no sirvió... e hice todo lo que pude, le velé por la noche; fui muy severo con él en cuestión de dieta...

-¡Ah, muy severo! -repitió el paciente; y luego, cambiando de pronto la voz-: Bebía conmigo todas las noches *toddies* de ron hasta que no veía para ponerme las vendas; y me mandaba a la cama, medio borracho, a las tres de la mañana. ¡Ah, estrellas! Me veló, desde luego, *y fue* muy severo en mi dieta. ¡Ah, un gran velador, *y muy* severo dietéticamente, este doctor Bunger! (Bunger, pícaro, ¡échalo a risa! ¿Por qué no? Ya sabes que eres un alegre sinvergüenza.) Pero sigue adelante, muchacho; prefiero que me mates tú a que me conserve vivo otro.

-Mi capitán, como ya debe haberse dado cuenta, mi respetado señor -dijo Bunger, con imperturbable solemnidad, inclinándose levemente hacia Ahab-, es propenso a la broma algunas veces; no cuenta muchas cosas divertidas de ese tipo. Pero bien podría decir... *en passant,* como observan los franceses..., que yo..., es decir, Jack Bunger, antes del reverendo clero..., soy un hombre totalmente abstemio; nunca bebo...

-¡Agua! -gritó el capitán-: nunca la bebe; es una especie de ataque; el agua dulce le produce hidrofobia; pero sigue... con la historia del brazo.

-Sí, sería lo mejor -dijo el médico, fríamente-. Iba a observar, señor, antes de la jocosa interrupción del capitán Boomer, que, a pesar de mis mejores y más severos esfuerzos, la herida se fue poniendo cada vez peor; la verdad fue, señor, que era una herida abierta tan fea como haya visto nunca un cirujano; de más de dos pies y varias pulgadas de larga. La medí con la sonda. En resumen, se puso negra; yo sabía qué era lo que amenazaba, y allá que fue. Pero yo no he intervenido en armar ese brazo de marfil: esa cosa va contra todas las reglas -señalándola con el pasador-; es obra del capitán, no mía; ordenó al carpintero que la hiciera; hizo que le pusieran en el extremo ese mazo para romperle los sesos a alguien con él, supongo, como ha intentado hacer con los míos una vez. De vez en cuando le entran cóleras diabólicas. ¿Ve usted esta mella, señor? -*y* se quitó el sombrero, *y* echando a un lado el pelo, dejó ver una cavidad como un recipiente, pero que no tenía la más leve huella de cicatriz ni señal ninguna de haber sido jamás una herida-: Bueno, el capitán, aquí presente, le dirá cómo ha llegado ahí esto: él lo sabe.

-No, no lo sé -dijo el capitán-, pero su madre lo sabía: nació con eso. Ah, grandísimo pícaro, tú..., ¡tú, Bunger! ¿Ha habido otro Bunger semejante en el mundo de las aguas? Bunger, cuando te mueras, deberías morirte en vinagreta, sinvergüenza; deberían conservarte para épocas futuras, bribón.

-¿Qué pasó con la ballena blanca? -exclamó entonces Ahab, que hasta entonces había escuchado con impaciencia la conversación marginal entre los dos ingleses.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

-¡Ah! -exclamó el capitán manco-, ¡ah, sí! Bueno; después de sumergirse, no la vimos durante algún tiempo; en realidad, como he indicado antes, yo no sabía entonces qué ballena era la que me había jugado tal pasada, hasta algún tiempo después, cuando, al volver al Ecuador, oímos hablar de Moby Dick, como la llaman algunos, entonces supe que era ella.

-¿Volvió a cruzar su estela otra vez? -Dos veces.

-Pero ¿no pudo hacer presa en ella?

-No quería probar; ¿no basta con un brazo? ¿Qué haría yo sin el otro? Y me parece que Moby Dick no muerde tanto como engulle.

-Bueno, entonces -interrumpió Bunger-, déle el brazo como cebo para sacar el derecho. ¿Ya saben ustedes, caballeros -inclinándose ante cada uno de los capitanes, de modo grave y matemático-, ya saben ustedes, caballeros, que los órganos digestivos de la ballena están tan inescrutablemente construidos por la Divina Providencia, que le resulta por completo imposible digerir del todo incluso un brazo de hombre? Y ella lo sabe también. Así que lo que toman por malicia de la ballena blanca es sólo su torpeza. Pues nunca pretende tragarse un solo miembro; sólo piensa aterrorizar con fintas. Pero a veces es como el viejo ilusionista, antiguo paciente mío en Ceilán, que haciendo como si se tragara navajas, una vez se dejó caer dentro una en serio, y allí se quedó un año o más, hasta que le di un vomitivo y entonces la echó fuera en tachuelas. No había modo de que pudiera digerir esa navaja e incorporarla del todo a su sistema corporal en conjunto. Sí, capitán Boomer, si es usted bastante rápido, y tiene idea de empeñar un brazo para obtener el privilegio de dar decente sepultura al otro, bien, en ese caso, el brazo es suyo; solamente, no tarde en dar a la ballena otra posibilidad de encontrarle; eso es todo.

-No, gracias, Bunger -dijo el capitán inglés-, que se quede en buena hora con el brazo que tiene, ya que no lo puedo remediar, y no lo sabía entonces; pero no con otro. Para mí, basta de ballenas blancas; he embarcado en la lancha una vez en su busca, y ya estoy satisfecho. Habría mucha gloria en matarla, ya lo sé, y lleva dentro todo un barco de precioso aceite de esperma, pero, escucha, mejor es dejarla sola; ¿no cree, capitán? -lanzando una mirada a la pierna de marfil.

-Sí, es mejor. Pero, con todo eso, aún será perseguida. Lo que es mejor dejar solo, esa cosa maldita, no es lo que menos incita. ¡Es todo un imán! ¿Cuánto tiempo hace que la vio por última vez? ¿Con qué rumbo iba?

-¡Bendita sea mi alma, y maldita la del enemigo malo! -gritó Bunger, andando encorvado alrededor de Ahab, y olfateando extrañamente, como un perro-: ¡La sangre de este hombre... traed el termómetro... está en el punto de ebullición!.. Su pulso hace latir estas tablas... ¡Capitán!

Y sacando una lanceta del bolsillo, se acercó al brazo de Ahab. -¡Alto! -rugió Ahab, lanzándole contra las batayolas-. ¡A la lancha! ¿Por qué rumbo iba?

-¡Dios mío! -gritó el capitán inglés a quien se hacía la pregunta-. ¿Qué pasa? Iba rumbo al este, creo. ¿Está loco vuestro capitán? -dijo en un susurro a Fedallah.

Pero Fedallah, poniéndose un dedo en los labios, se deslizó sobre las batayolas para tomar el remo de gobernalle de la lancha, y Ahab, haciendo balancearse hacia él el aparejo de descuartizar, ordenó a los marineros del barco que se prepararan a bajarle.

Un momento después, estaba de pie en la popa de la lancha, y los de Manila saltaban a los remos. En vano le llamó el capitán inglés. Dando la espalda al buque extranjero, y con la cara, como de pedernal, hacia el suyo, Ahab siguió erguido hasta llegar al costado del *Pequod.*

El frasco

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

CAPITULO Cl

Antes de que se pierda de vista el barco inglés, quede aquí anotado que había zarpado de Londres, y que llevaba el nombre del difunto Samuel Enderby, comerciante de esa ciudad, fundador de la famosa casa ballenera de Enderby & Hijos, casa que, en mi pobre opinión de ballenero, no queda muy por detrás de las casas reales reunidas de los Tudor y los Borbón, en punto a autentico interés histórico. Mis numerosos documentos pesqueros no dejan en claro cuántos años llevaba existiendo esta gran casa ballenera antes del año 1775 de Nuestro Señor; pero en ese año, 1775, armó los primeros barcos ingleses dedicados a la pesca del cachalote; aunque durante unas décadas antes (desde 1726), nuestros valientes Coffin *y* Macey, de Nantucket *y* del Vineyard, habían perseguido al leviatán en grandes flotas, pero sólo en el Atlántico Norte y Sur, y **no** en otro lugar. Conste aquí claramente que los de Nantucket fueron los primeros de la humanidad en arponear con civilizado acero al gran cachalote, y que durante medio siglo fueron la única gente del globo entero que así le arponeaba.

En 1778, un hermoso barco, el *Amelia,* armado con ese propósito preciso, y a cargo exclusivo de los vigorosos Enderby, dio la vuelta valerosamente al cabo de Hornos, y fue el primero, entre las naciones, en arriar una lancha ballenera de cualquier especie en el gran mar del Sur. El viaje fue hábil *y* con éxito; *y* como volvió a su puerto con la sentina llena del precioso aceite de esperma, el ejemplo del *Amelia* fue seguido pronto por otros barcos, ingleses *y ame*ricanos, y así se abrieron de par en par las vastas zonas de pesca del cachalote en el Pacífico. Pero no contenta con esta buena acción, la infatigable casa se puso en movimiento otra vez: Samuel y todos sus hijos -cuántos, sólo su madre lo sabe-; y, bajo sus auspicios inmediatos, y en parte, creo, a sus expensas, el gobierno británico fue inducido a enviar la corbeta *Rattler* en viaje de exploración ballenera al mar del Sur. Mandada por un oficial nombrado capitán de la Armada, la *Rattler* hizo un viaje resonante, *y* fue de alguna utilidad: no consta cuánta. Pero eso no es todo. En 1819, la misma casa armó un barco ballenero propio para exploración, para ir en viaje de prueba a las remotas aguas del Japón. El barco -bien llamado el Si*rena*- hizo un magnífico crucero experimental, *y* así fue como por primera vez se conoció universalmente la gran zona ballenera del Japón. El *Sirena,* en ese famoso viaje, iba mandado por un tal capitán Coffin, de Nantucket.

Todo honor a los Enderby, pues, cuya casa, creo, sigue existiendo hasta hoy, aunque sin duda el primer Samuel debe haber soltado amarras hace mucho tiempo rumbo al gran mar del Sur del otro mundo.

El barco cuyo nombre llevaba, era digno de ese honor, siendo un velero muy rápido y una noble embarcación en todos los sentidos. Una vez yo subí a bordo de él, a medianoche, en algún punto a lo largo de la costa de Patagonia, *y* bebí buen *flip* en el castillo de proa. Fue un estupendo *gam, y* todos, nos emborrachamos, hasta el último a bordo. Vida breve, para ellos, y muerte alegre. Y aquel estupendo *gam* que tuve -mucho, mucho después que el viejo Ahab tocase sus tablas con su pierna de marfil- me recuerda la noble y sólida hospitalidad sajona de ese barco; y que mi párroco me olvide *y* el demonio me recuerde si alguna vez lo pierdo de vista. *¿Flip?* ¿Dije que tomamos *flip?* Sí, *y* lo tomamos a razón de diez galones por hora, y cuando vino el chubasco (pues aquello es muy chubascoso, a lo largo de Patagonia), y todos los hombres -visitantes incluidos- fuimos llamados a rizar gavias, estábamos tan pesados de cabeza que nos tuvimos que atar arriba unos a otros con bolinas; y sin darnos cuenta, aferramos los faldones de nuestros

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

capotes a las velas, de modo que allí quedamos colgados, rizados y sujetos en la galerna aullante, como ejemplo admonitorio para todos los lobos de mar borrachos. Sin embargo, los mástiles no saltaron por la borda, y poco a poco nos revolvimos para bajar, tan despejados, que tuvimos que volver a pasar el *flip,* aunque las salvajes salpicaduras saladas que entraban por el portillo del castillo lo habían diluido demasiado, dándole demasiado sabor a salmuera, para mi gusto.

La carne estuvo muy bien; dura, pero con mucho cuerpo. Dijeron que era carne de toro; otros, que era de dromedario; pero yo no sé exactamente lo que era. Tenían también albóndigas; albóndigas pequeñas, pero sustanciosas, simétricamente globulares, e indestructibles. Me pareció que se podían sentir rodando por dentro después de habérselas tragado. Si uno se inclinaba mucho hacia delante, había peligro de que se salieran fuera como bolas de billar. El pan..., pero eso no se podía remediar: además era antiescorbútico; en resumen, el pan contenía el único alimento fresco que tenían. Pero el castillo no estaba muy iluminado, y era muy fácil meterse en un rincón oscuro al comerlo. No obstante, en conjunto, tomándolo de la galleta a la caña, y considerando las dimensiones de las calderas del cocinero, incluida su propia marmita viva de pergamino, a popa *y a* proa, digo, *el Samuel Enderby* era un hermoso barco, de buen alimento en abundancia, con buen *flip* fuerte, todos muchachos dispuestos y estupendos desde los tacones de las botas a la cinta del sombrero.

Pero ¿cómo es, pensaréis, que el *Samuel Enderby y* otros balleneros ingleses que conozco -aunque no son todos- eran barcos tan célebres *y* hospitalarios, que pasaban a la redonda la carne, el pan *y* la broma, y no se cansaban tan pronto de comer, beber y reír? Os lo diré. El rebosante buen alimento de estos balleneros ingleses es asunto para la investigación histórica. Y yo no he escatimado la investigación histórica ballenera cuando ha parecido necesario.

Los ingleses fueron precedidos en la pesca de la ballena por los holandeses, zelandeses y daneses, de los que tomaron muchos términos aún existentes en la pesca, y lo que es más, sus antiguas costumbres de abundancia en cuanto al comer y beber. Pues, en general, el barco mercante inglés es tacaño con su tripulación; pero no así el barco ballenero inglés. De aquí que, para los ingleses, ese buen trato en la balleneras no es normal y natural, sino incidental y particular, y por tanto, debe tener algún origen especial, que aquí se señala y se elucidará después.

En mis investigaciones sobre las historias leviatánicas, me tropecé con un antiguo volumen holandés, que, por su mohoso olor ballenáceo, comprendí que debía tratar de balleneros. Su título era *Dan Coopman,* por lo que deduje que debían ser las inestimables memorias de algún tonelero de Amsterdam en la pesca de ballenas, ya que todo ballenero debe llevar su tonelero. Me reforzó en esa opinión ver que era obra de un tal Fitz Swackhammer. Pero mi amigo el doctor Snodhead, hombre muy docto, profesor de bajo holandés *y* alto alemán en el colegio de Santa Claus *y* San Pott, a quien entregué la obra para su traducción, dándole una caja de velas de esperma por su molestia, este doctor Snodhead, tan pronto como vio el libro, me aseguró que *Dan Coopman* no significaba *The Cooper, el* tonelero, sino «el mercader». En resumen, ese antiguo y docto libro en bajo holandés trataba del comercio de Holanda, y, entre otros temas, contenía un informe muy interesante sobre la pesca de la ballena. Y en el capítulo *«Smee»>, o* sea, «grasa», encontré una lista larga *y* detallada de las provisiones para las despensas *y* bodegas de 120 naves balleneras holandesas; de cuya lista, traducida por el doctor Snodhead, copio lo siguiente:

400.000 libras de buey.
60. 000 libras de cerdo de Frisia.
150. 000 libras de bacalao.
550. 000 libras de galleta.

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

72.000 libras de pan tierno.
2.800 libras de barriletes de mantequilla.
20. 000 libras de queso de Texel & Leyden.
144. 000 libras de queso (probablemente un artículo inferior).
550 ankers *de ginebra.*
10. 800 barriles de cerveza.

La mayor parte de las tablas estadísticas son agotadoramente secas de leer; no así en el caso presente, sin embargo, en que el lector es inundado por enteros toneles, barriles, *cuartos y gills* de ginebra *y* buen alimento.

Por entonces, dediqué tres días a la estudiosa digestión de toda esta cerveza, carne y pan, durante la cual se me ocurrieron incidentalmente muchos profundos pensamientos, capaces de aplicación trascendental *y* platónica, *y* más aún, redacté mis propias tablas suplementarias en cuanto a la probable cantidad de bacalao, etc., consumida por cada arponero bajo-holandés en aquella antigua pesquería ballenera de Groenlandia y Spitzberg. En primer lugar, parece sorprendente la cantidad consumida de mantequilla y queso de Texol y Leyden. Pero yo lo atribuyo a sus condiciones naturalmente untuosas, que se hacen aún más untuosas por la naturaleza del oficio, y especialmente por perseguir la presa en esos frígidos mares polares, en las mismas costas del país esquimal, donde los nativos en sus convites brindan unos por otros con jarros de aceite de ballena.

También es muy grande la cantidad de cerveza: 10.800 barriles. Ahora, como esas pesquerías polares sólo podrían realizarse en el breve verano de ese clima, de modo que todo el crucero de uno de esos balleneros holandeses, incluido el corto viaje hacia y desde el mar de Spitzberg, no excedía mucho de tres meses, digamos, y calculando 30 hombres por cada uno de los 120 barcos de su flota, tenemos en total 5.400 marineros bajo-holandeses; por tanto, digo, salen precisamente dos barriles de cerveza por hombre, para una ración de doce semanas, aparte de su porción de esos *550 ankers* de ginebra. Y esos arponeros de cerveza y ginebra, tan cargados como uno se puede imaginar que estarían, es un tanto dudoso que fueran la clase más apropiada de hombres para ponerse en la proa de una lancha y apuntar bien a las ballenas fugitivas. Sin embargo, las apuntaban, y les daban también. Pero esto era muy al norte, recuérdese, donde la cerveza sienta bien al cuerpo: en el ecuador, en nuestra pesquería sureña, la cerveza serviría para dar sueño al arponero en la cofa y para embriagarle en la lancha, lo que acarrearía lamentables pérdidas para Nantucket y New Bedford.

Pero basta ya; ya se ha dicho bastante para mostrar que los antiguos balleneros holandeses de hace dos o tres siglos se daban la gran vida; y que los balleneros ingleses no han desperdiciado tan excelente ejemplo. Pues, dicen ellos, cuando se navega en un barco vacío, si no se puede sacar cosa mejor de este mundo, saquemos de él por lo menos una buena comida. Y con esto se vacía el frasco.

Una glorieta entre los arsácidas

CAPÍTULO CII

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Hasta aquí, al tratar descriptivamente del cachalote, me he demorado sobre todo en las maravillas de su aspecto exterior; o, por separado y en detalle, en unos pocos rasgos estructurales internos. Pero para una amplia comprensión, totalmente completa, me conviene seguir desabotonándole, y, desatacándole las agujetas de sus calzones, deshebillándole las ligas y soltando los corchetes de las junturas de sus huesos más íntimos, presentarle ante vosotros en su ultimidad, es decir, en su esqueleto definitivo.

Pero ¿cómo es eso, Ismael? ¿Cómo es que tú, simple remero en la pesca, pretendes saber algo de las partes subterráneas del pez? ¿Acaso el erudito Stubb, subido en vuestro cabrestante, pronunciaba conferencias sobre la anatomía de los cetáceos, y, con ayuda del molinete, levantaba una costilla de muestra para que se viera? Explícate, Ismael. ¿Puedes colocar un cetáceo adulto en cubierta para examinarlo, igual que un cocinero asa un cochinillo? Seguro que no. Hasta ahora has sido un testigo fidedigno, Ismael, pero ten cuidado de cómo te apoderas del privilegio exclusivo de Jonás; el privilegio de discurrir sobre las viguetas y maderos, las vigas, los arquitrabes, los travesaños, los puntales, que constituyen la armazón del 'leviatán; e igualmente, los toneles de sebo, las lecherías, las mantequerías y queserías de sus tropas.

Confieso que, de Jonás acá, pocos balleneros han penetrado muy por debajo de la piel de la ballena adulta; no obstante, yo he sido agraciado con una oportunidad de diseccionarla en miniatura. En un barco al que pertenecí, una vez se izó entero a cubierta un pequeño cachorro de cachalote, para quitarle el saco o bolsa, y hacer vainas para los filos de los arpones y las puntas de las lanzas. ¿Creéis que dejé escapar esa oportunidad sin usar mi hacha de lancha y mi navaja, *y* sin romper el sello *y* leer todos los contenidos de ese joven cachorro?

Y en cuanto a mi conocimiento exacto de los huesos del leviatán en todo su gigantesco desarrollo adulto, debo ese raro conocimiento a mi difunto amigo regio Tranquo, rey de Tranque, uno de los Arsácidas. Pues estando hace años en Tranque, cuando formaba parte del barco mercante *Dey de Argel,* fui invitado a pasar parte de las fiestas arsacidanas con el señor de Tranque, en su retirada villa de palmeras en Pupella, un vallecito costero no muy lejano de lo que nuestros marineros llaman Villa-Bambú, su capital.

Mi real amigo Tranquo, dotado de un devoto amor por todas las cuestiones de virtuosismo bárbaro, había reunido en Pupella todas las cosas raras que pudieron inventar los más ingeniosos de su pueblo; sobre todo, maderas esculpidas de maravillosas formas, conchas cinceladas, lanzas incrustadas, remos preciosos, canoas aromáticas; todas ellas distribuidas entre cuantos prodigios naturales habían arrojado a sus orillas las olas cargadas de maravillas y otorgadoras de tributos.

Entre estos últimos prodigios, destacaba un gran cachalote, que, después de una galerna insólitamente larga, se había hallado muerto y encallado, con la cabeza contra un cocotero, cuyas espesas ramas, colgantes como plumajes, parecían su chorro verdeante. Cuando el enorme cuerpo quedó por fin despojado de sus envoltorios, de varias brazas de espesor, y los huesos se desecaron como polvo al sol, entonces se transportó cuidadosamente el esqueleto al valle de Pupella, donde ahora lo cobijaba un grandioso templo de palmas señoriales.

Las costillas estaban engalanadas de trofeos; las vértebras tenían esculpidos los anales arsacidanos, en extraños jeroglíficos; en la calavera, los sacerdotes mantenían una inextinguida llama aromática, de modo que la mística cabeza volvía a lanzar su chorro vaporoso; mientras que, colgada de una rama, la terrorífica mandíbula inferior vibraba sobre todos los devotos como la espada colgada de un pelo que tanto espantó a Damocles.

Era un espectáculo prodigioso. El bosque estaba verde como los musgos del Valle Helado; los árboles se elevaban altos y altaneros, sintiendo su savia vital; abajo, la industriosa

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

tierra era como un telar de tejedor, con una espléndida alfombra en ella, en que los zarcillos de las plantas trepadoras formaban la urdimbre y la trama, y las flores vivas las figuras. Todos los árboles, con sus ramas cargadas; todos los matorrales, los helechos y céspedes; el aire, llevando mensajes; todos ellos estaban activos sin cesar. A través de los entrelazados de las hojas, el gran sol parecía una lanzadera volante tejiendo el verdor sin decadencia. ¡Oh, atareado tejedor, tejedor invisible!, ¡alto!, ¡una palabra!, ¿adónde fluye el tejido?, ¿qué palacio puede cubrirlo?, ¿para qué todas estas fatigas incesantes? ¡Habla, tejedor!, ¡detén tu mano!, ¡una sola palabra contigo! No; la lanzadera vuela; las figuras surgen del telar; la alfombra, con rapidez de torrente, se desliza marchándose para siempre. El dios tejedor va tejiendo, y ese tejer le ensordece tanto que no oye voces mortales; y con ese zumbido también nos ensordecemos los que miramos el telar; y sólo cuando escapemos de él, oiremos las mil voces que hablan por él. Pues siempre es así en todas las fábricas materiales. Las palabras habladas, que son inaudibles entre los husos volantes; esas mismas palabras, se oyen claramente desde fuera, saliendo por las ventanas abiertas. Así se han detectado delitos. ¡Ah, mortal, está atento, pues! Porque sí, en todo ese estrépito del gran telar del mundo, se pueden escuchar desde lejos tus más sutiles pensamientos.

Ahora, entre el verde telar, agitado de vida, de ese bosque arsacidano, está tendido ocioso el gran esqueleto blanco, objeto de adoración: ¡gigantesco holgazán! Pero, mientras la trama y urdimbre verdeantes, siempre entretejidas, se entremezclaban y zumbaban a su alrededor, el enorme holgazán parecía ser el vigilante tejedor, envuelto él mismo por encima con el tejido de plantas trepadoras, y cada mes tomando más verde y fresca vegetación, aunque permaneciendo él mismo como esqueleto. La Vida envolvía a la Muerte; la Muerte enrejaba a la Vida; la sombría diosa mortal se casaba con el juvenil genio de la Vida, y le paría glorias de cabeza rizada.

Ahora, cuando, con el regio Tranquo, visité ese prodigioso cetá*ceo y* vi al cráneo hecho altar, *y* el humo artificial subiendo de donde había salido el chorro real, me maravilló que el rey considerara una capilla como objeto de virtuosismo. Él se rió. Pero más me maravilló que los sacerdotes juraran que ese chorro humoso suyo era genuino. Anduve de un lado para otro ante este esqueleto -echando a un lado las plantas trepadoras-; me abrí paso entre las costillas, *y,* con un ovillo de bramante arsacidano, vagué *y* di vueltas largamente entre sus muchas columnatas *y* alamedas, retorcidas *y* sombreadas. Pero pronto se me acabó la cuerda; y retrocediendo por ella, salí a la abertura por donde entré. No vi dentro cosa viva; no había dentro sino huesos.

Cortándome una vara de medir verde, volví a zambullirme en el esqueleto. Por su aspillera en el cráneo, los sacerdotes me vieron tomar medidas de la última costilla.

-¡EA, cómo! -gritaron-. ¿Te atreves a medir a nuestro dios? Eso es cosa nuestra.

-Sí, sacerdotes; bueno, ¿qué largo decís que es, entonces?

Pero con esto surgió entre ellos una feroz disputa sobre pies y pulgadas; se golpearon las molleras con sus varas de medir -el gran cráneo les hizo eco- y yo, aprovechando esa feliz oportunidad, terminé rápidamente mis propias mediciones.

Ahora me propongo presentaros esas mediciones. Pero ante todo conste que, en este asunto, no soy libre para decir cualquier medida fantástica que se me antoje. Porque hay autoridades esqueletales a que os podéis remitir para comprobar mi exactitud. Hay un Museo Leviatánico, según he oído decir, en Hull, Inglaterra, uno de los puertos balleneros de ese país, donde tienen algunas hermosas muestras de ballenas de aleta dorsal y otros cetáceos. Igualmente, he oído decir que en el museo de Manchester, en New Hampshire, tienen lo que los propietarios llaman «la única muestra perfecta de ballena de Groenlandia, o de Río, que hay en Estados Unidos». Además, en un lugar de Yorkshire, Inglaterra, llamado Burton Contable, un tal sir

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Clifford Constable tiene en su posesión el esqueleto de un cachalote, pero de tamaño mediano, y en absoluto de la magnitud adulta del de mi amigo el rey Tranquo.

En ambos casos, los peces encallados a que pertenecieron esos dos esqueletos fueron reclamados en principio por sus propietarios según motivos análogos. El rey Tranquo se apoderó del suyo porque quiso; y sir Clifford, porque era señor de los dominios de aquellas partes. La ballena de sir Clifford está completamente articulada, de modo que, como un gran armario con cajones, se puede cerrar y abrir, en todas sus cavidades óseas, extendiendo sus costillas como un abanico gigantesco, y meciéndose todo el día en su mandíbula inferior. Habrán de ponerse cerraduras en algunas de sus trampillas y postigos, y un lacayo guiará a futuros visitantes con un manojo de llaves al costado. Sir Clifford piensa cobrar dos peniques por una ojeada a la galería de los susurros de la columna espinal; tres peniques por oír el eco en el hueco del cerebelo, y seis peniques por la vista sin rival desde la frente.

Las dimensiones del esqueleto que ahora voy a anotar están copiadas literalmente de mi brazo derecho, donde me las hice tatuar; ya que, en mis locos vagabundeos de ese período, no había otro modo seguro de conservar tan valiosas estadísticas. Pero como andaba escaso de espacio, y deseaba que las demás partes de mi cuerpo continuasen como páginas en blanco para un poema que entonces estaba componiendo -al menos, las partes no tatuadas que me quedaban-, no me molesté en las pulgadas fraccionarias, y desde luego, tampoco deben entrar en absoluto pulgadas en una medición adecuada del cetáceo.

Medidas del esqueleto del cachalote

CAPITULO CIII

En primer lugar, querría presentaros una declaración detallada y sencilla respecto a la mole viviente de este leviatán, *cuyo* esqueleto vamos a describir brevemente. Tal declaración podrá ser útil aquí.

Conforme a un cálculo cuidadoso que he hecho, y que baso en parte sobre la estimación del capitán Scoresby, de setenta toneladas para la mayor ballena de Groenlandia, de sesenta pies de longitud; conforme, digo, a mi cálculo cuidadoso, un cachalote de la máxima magnitud, entre ochenta *y* cinco *y* noventa pies de largo, *y* de algo menos de cuarenta pies en su más amplia circunferencia, pesará, semejante cetáceo, noventa toneladas por lo menos; de modo que, calculando trece hombres por tonelada, él pesa considerablemente más que una aldea entera de mil cien habitantes.

¿Pensais, entonces, que a este leviatán habría que ponerle unos sesos como bueyes enyugados para hacer que se moviera, según la imaginación de cualquier hombre de tierra adentro?

Como ya he puesto ante vosotros, de modos diversos, su cráneo, su agujero del chorro, su mandíbula, sus dientes, su frente, sus aletas y otras diferentes partes, ahora señalaré simplemente lo que es más interesante en la mole total de sus huesos más extensos. Pero como el colosal cráneo abarca tan gran proporción de todo el alcance del esqueleto; como es, con mucho, su parte más complicada, y como no se va a repetir nada sobre él en este capítulo, no debéis dejar de llevarlo en la memoria, bajo el brazo, mientras continuamos, pues de otro modo no obtendréis una noción completa de la estructura de conjunto que vamos a observar.

En longitud, el esqueleto del cachalote que había en Tranque cedía sesenta y dos pies, de

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

modo que, en vida, completamente revestido y extendido, debía haber tenido noventa pies de largo, pues n un cetáceo el esqueleto pierde cerca de un quinto de su longitud respecto al cuerpo vivo. De esos setenta y dos pies, el cráneo y la mandíbula comprendían unos veinte pies, dejando unos cincuenta pies de vértebras simples. Unido al espinazo, durante menos de tercera parte de su longitud, estaba el poderoso cesto circular de ostillas que antes encerró sus entrañas.

Para mí, ese enorme pecho de costillas marfileñas, con el largo spinazo sin relieve, extendiéndose a lo lejos en línea recta, se parecía no poco al *casco* de un gran barco recién colocado sobre la grada, cuando sólo se han insertado una veintena de sus desnudas cuadernas de proa, y la quilla, por su parte, no es por entonces sino un irgo madero mal empalmado.

Las costillas eran diez por cada lado. La primera, empezando por l cuello, tenía casi seis pies de largo; la segunda, tercera y cuarta tan cada cual más larga que la anterior, hasta que se llegaba al clíamax de la quinta, o costilla central, que medía ocho pies y unas pulgadas. Desde ahí, las siguientes costillas disminuían, hasta que la .écima *y* última sólo alcanzaba cinco pies *y* unas pulgadas. En espesor general, todas ellas mostraban una evidente correspondencia con la longitud. Las costillas centrales eran las más arqueadas. Entre algunos de los arsácidas, se usan como vigas en que apoyar puentes cara caminantes, sobre pequeños arroyos.

Al considerar estas costillas, no podía dejar de impresionarme otra vez la circunstancia, tan variadamente repetida en este libro, de que el esqueleto del cetáceo no es en absoluto el reflejo de su forma revestida. Las mayores costillas del de Tranque, una de las centrales, ¡ocupaba esa parte del pez que, en vida, es mayor en profundidad ahora, la mayor profundidad del cuerpo revestido, en esa determinada ballena, debía ser al menos de dieciséis pies, en tanto que esa ostilla daba sólo la mitad de la noción verdadera del tamaño vivo de esa parte. Además en otro aspecto, donde ahora yo sólo veía un espinazo desnudo, todo eso había estado antaño envuelto en más toneladas de masa de carne, músculo, sangre y tripas. Y aún más en las grandes aletas: allí sólo veían unas pocas coyunturas desordenadas; *¡y* en lugar de la pesada *y* majestuosa cola, aunque sin huesos, un absoluto vacío!

¡Qué vano y necio, pues, pensé, para el hombre tímido e inexperto, intentar comprender bien a este prodigioso cetáceo, sólo meditando su muerto esqueleto disminuido, tendido en este pacífico bosque! No. Sólo en el corazón de los más vivos peligros; sólo cuando se está metido en los remolinos de su iracunda cola; sólo en el profundo mar sin límites puede ser examinado, de modo vivo y verdadero, el cetáceo plenamente revestido.

Pero ¿y el espinazo? En cuanto a éste, el mejor modo de considerarlo es amontonar sus huesos, uno sobre otro, con una grúa. No es una empresa rápida. Pero una vez hecha, se parece mucho a la Columna de Pompeyo.

Hay cuarenta y tantas vértebras en total, que no están pegadas juntas en el esqueleto. La mayor parte se encuentra como los grandes bloques nudosos en un chapitel gótico, formando sólidas hileras de pesada albañilería. La mayor, una central, tiene algo menos de tres pies de anchura, y más de cuatro de profundidad. La más pequeña, en que el espinazo empieza a menguar desapareciendo hacia la cola, tiene sólo dos pulgadas de ancho, y parece algo así como una bola de billar blanca. Me han dicho que había aún otras más pequeñas, pero las han perdido unos pequeños caníbales traviesos, los niños del sacerdote, que las robaron para jugar a las canicas con ellas. Así vemos cómo incluso el espinazo de las más enormes cosas vivas va disminuyendo al fin hasta ser simple juego de niños.

La ballena fósil

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

CAPITULO CIV

Por su mole poderosa, la ballena ofrece un tema muy adecuado para extenderse en él, amplificarlo, y, en general, demorarse. Aunque quisierais, no podríais comprimirlo. En buen derecho, sólo debería tratarse en un *infolio imperial.* Para no repetir una vez más los estadios que mide desde el agujero del chorro a la cola, y las yardas que tiene de cintura, pensad sólo en las gigantescas circunvoluciones de sus intestinos, que yacen en ella como grandes cables y guindalezas guardados en adujas en el subterráneo sollado de un barco de guerra.

Puesto que me he propuesto manejar yo solo a este leviatán, me es preciso mostrarme exhaustivamente omnisciente en la empresa, sin olvidar los más menudos gérmenes seminales de su sangre, y desenrollándolo hasta el último rollo de sus tripas. Habiéndole ya descrito en la mayor parte de sus peculiaridades habitatorias y anatómicas, queda ahora ensalzarle desde un punto de vista arqueológico, fosilífero y antediluviano. Aplicados a cualquier otro animal que el leviatán -a una hormiga o una pulga- tan colosales términos podrían considerarse con justicia como inmerecidamente grandilocuentes. Pero cuando el texto trata del leviatán, la cosa cambia. Estoy contento de acercarme tambaleante a esta empresa bajo las palabras más pesadas del diccionario. Y aquí ha de decirse que siempre que ha sido conveniente consultar un diccionario en el curso de estas disertaciones, he usado sin falta una enorme edición en cuarto del de Johnson, comprado adrede para este propósito, porque el insólito tamaño personal de ese famoso lexicógrafo le hacía más que capaz de redactar un diccionario para ser usado por un autor ballenero como yo.

A menudo, uno oye hablar de escritores que se elevan y se hinchan chan con su tema, aunque éste parezca sólo ordinario. ¡Cómo, entonces, me pasará a mí, escribiendo sobre este leviatán! Inconscientemente, mi caligrafía se expansiona en mayúsculas de cartel. ¡Dadme una pluma de cóndor! ¡Dadme el cráter del Vesubio como tintero! ¡Amigos, sostenedme los brazos! Pues en el simple acto de movimiento, como para abarcar todo el círculo de las ciencias, y toda la generación de las ballenas, y los hombres, y los mastodontes, pasados, presentes y futuros, con todos los panoramas giratorios de imperios en la tierra, y a través del universo entero, sin excluir sus suburbios. ¡Tal, y tan magnificadora es la virtud de un tema amplio y liberal! Nos expansionamos hasta su tamaño. Para producir un libro poderoso, hay que elegir un tema poderoso. No se puede jamás escribir un volumen grande y duradero sobre la pulga, aunque haya muchos que lo han intentado.

Antes de entrar en mi tema de las ballenas fósiles presento mis credenciales como geólogo, declarando que en mis tiempos misceláneos he sido albañil, y también gran excavador de zanjas, canales y 'fuentes, bodegas de vino, sótanos y cisternas de todas clases. Igualmente, por vía preliminar, deseo recordar al lector que, mientras en los estratos geológicos primitivos se encuentran los fósiles de monstruos ahora casi por completo extinguidos, los restos sucesivos, descubiertos en lo que se llaman las formaciones terciarias, parecen ser los eslabones conectadores, o al menos interpuestos, entre las criaturas antecrónicas, y aquellas cuya remota posteridad se dice que entró en el Arca; todas las ballenas fósiles hasta ahora descubiertas pertenecen al período terciario, que es el último que precede a las formaciones superficiales. Y aunque ninguna de ellas responde exactamente a ninguna especie conocida de los tiempos presentes, sin embargo, todas son lo bastante afines a éstas, en aspectos generales, para justificar que tomen el rango de cetáceos fósiles.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Fósiles rotos y dispersos de ballenas preadamíticas, fragmentos de sus huesos y esqueletos, se han encontrado en los pasados treinta años, con intervalos diversos, en la base de los Alpes, en Lombardía, Francia, Inglaterra, Escocia, y en los Estados de Louisiana, Mississippi y Alabama. Entre los más curiosos de tales restos está parte de un cráneo, que el año 1779 se desenterró en la rue Dauphiné, de París, una breve calle que sale casi enfrente del Palacio de las Tullerías, y unos huesos desenterrados al excavar los grandes muelles de Amberes, en tiempos de Napoleón. Cuvier declaró que esos fragmentos pertenecieron a alguna especie leviatánica absolutamente desconocida.

Pero el hallazgo más prodigioso, con mucho, de restos de cetáceos, fue el enorme esqueleto, casi completo, de un monstruo extinguido, hallado el año 1842, en la plantación del juez Creagh, en Alabama. Los crédulos y aterrados esclavos de las cercanías lo tomaron por los huesos de uno de los ángeles caídos. Los médicos de Alabama dijeron que era de un enorme reptil, y le concedieron el nombre de basilosauro. Pero al llevar algunos huesos suyos de muestra, al otro lado del océano, a Owen, el anatomista inglés, resultó que el presunto reptil era una ballena, aunque de especie desaparecida: significativa ilustración del hecho, repetido una vez y otra en este libro, de que el esqueleto de la ballena proporciona escasas claves sobre la forma de su cuerpo totalmente revestido. Así, Owen volvió a bautizar al monstruo como Zeuglodon, y en su estudio leído ante la Sociedad Geológica de Londres, afirmó que era, en sustancia, una de las criaturas más extraordinarias que las mutaciones del globo han borrado de la existencia.

Cuando me pongo entre estos poderosos esqueletos leviatánicos, cráneos, colmillos, mandíbulas, costillas y vértebras, todos ellos caracterizados por sus parciales semejanzas con los géneros existentes á de monstruos marinos, pero al mismo tiempo mostrando por otra parte afinidades semejantes con los aniquilados leviatanes antecrónicos, sus incalculables antecesores, me siento llevado por una inundación a aquel prodigioso período antes de que se pudiera decir que había empezado el tiempo mismo, pues el tiempo empezó con el hombre. Aquí, el caos gris de Saturno rueda sobre mí, y obtengo vagos y estremecedores atisbos de esas eternidades polares, cuando bastiones de hielo, como cuñas, apretaban lo que ahora son los trópicos, y en todas las 25.000 millas de la circunferencia de este mundo, no era visible ni un palmo de tierra habitable. Entonces el mundo entero era de la ballena, y, reina de la creación, dejaba su estela a lo largo de las actuales líneas de los Andes y del Himalaya. ¿Quién puede mostrar un pedigrí como leviatán? El arpón de Ahab había derramado sangre más antigua que la de los faraones. Matusalén parece un niño de escuela. Miro a mí alrededor para estrechar la mano de Sem. Me abruma de terror esta existencia, antemosaica y sin fuentes, de los inexpresables terrores de la ballena, que, habiendo existido antes de todos los tiempos, por fuerza deberá existir después que pasen todas las eras humanas.

Pero este leviatán no sólo ha dejado sus huellas preadamíticas en las planchas estereotípicas de la naturaleza y ha perpetuado en piedra caliza y greda su antiguo busto; sino que en tabletas egipcias, cuya antigüedad parece reclamar para ellas un carácter casi fosilífe**ro,** encontramos la inconfundible huella de su aleta. En una sala del gran templo de Denderah, hace unos cincuenta años, se descubrió en el techo granítico un planisferio esculpido y pintado, abundante en centauros, grifos y delfines semejante a las grotescas figuras en la esfera celeste de los modernos. Deslizándose entre ellos, el viejo leviatán nadaba como antaño; allí nadaba en ese planisferio, siglos antes de que Salomón fuera mecido en la cuna.

Y tampoco debe omitirse aquí otro extraño testimonio sobre la antigüedad de la ballena, en su propia realidad ósea posdiluviana, según establece el venerable Juan Leo, el antiguo viajero

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

de Berberla.

«No lejos de la orilla del mar, tienen un templo, cuyas vigas y travesaños están hechos de huesos de ballena, pues a menudo se arrojan muertas a la orilla ballenas de tamaño monstruoso. La gente vulgar imagina que, por un secreto poder otorgado al templo por Dios, ninguna ballena puede pasar ante él sin muerte inmediata. Pero la verdad del asunto es que, a ambos lados del templo, hay rocas que se meten dos millas en el mar y hieren a las ballenas cuando se posan en ellas. Tienen como cosa milagrosa una costilla de ballena de increíble longitud, que, tendida en el suelo con su parte convexa hacia arriba, forma un arco, cuya cima no puede alcanzar un hombre a lomo de camello. Esa costilla (escribe Juan Leo) se dice que llevaba allí cien años antes que la viera yo. Sus historiadores afirman que un profeta que profetizó sobre Mahoma, salió de este templo, y algunos no rehúsan afirmar que el profeta Jonás fue arrojado por la ballena en la base del templo.»

En ese templo africano de la ballena te dejo, oh lector, y si eres de Nantucket, y ballenero, adorarás ahí en silencio.

¿Disminuye el tamaño de la ballena?
-Va a desaparecer?

CAPÍTULO CV

Así, pues, en cuanto que este leviatán desciende tropezando sobre nosotros como desde los manantiales de la Eternidad, podrá preguntarse pertinentemente, si, en el largo transcurso de las generaciones, no ha degenerado desde el primitivo tamaño de sus progenitores.

Pero al investigar encontramos que, no sólo las ballenas de los días actuales son superiores en magnitud a aquellas cuyos restos fósiles se encuentran en el sistema terciario (abarcando un definido período geológico anterior al hombre), sino que de las ballenas encontradas en este sistema terciario, las que pertenecen a las formaciones posteriores superan en tamaño a las de los anteriores.

De todas las ballenas preadamíticas exhumadas hasta ahora, la mayor, con mucho, es la de Alabama que se mencionó en el último capítulo, y tenía menos de setenta pies de longitud de esqueleto; en tanto que ya hemos visto que la cinta métrica da setenta y dos pies para el esqueleto de una ballena moderna de gran tamaño. Y he oído decir, según autoridad de balleneros, que se han capturado cachalotes de cerca de cien pies de largo en el momento de la captura.

Pero ¿no podría ser que, mientras las ballenas de la hora presente aventajan en magnitud a las de todos los períodos geológicos anteriores, no podría ser, repito, que hubieran degenerado desde la época de Adán?

Con seguridad hemos de concluir eso, si hemos de dar crédito a las noticias de caballeros tales como Plinio y los naturalistas antiguos en general. Pues Plinio nos cuenta de ballenas que abarcaban acres enteros de mole viviente, y Aldrovando, de otras que medían ochocientos pies de longitud: ¡Avenidas de Cabullería y túneles del Támesis de ballenas! E incluso en los días de Banks y Solander, naturalistas de Cook, encontramos un miembro danés de la Academia de Ciencias que anota ciertas ballenas de Islandia *(reydan-siskur, o* panzas arrugadas) de ciento veinte yardas, esto es, trescientos sesenta pies. Y Lacépède, el naturalista francés, en su detallada historia de las ballenas, al mismo comienzo de su obra (página 3) evalúa la ballena de Groenlandia en cien metros, trescientos veintiocho pies. Y esa obra se ha publicado

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

recientemente, en el año 1825 del Señor.

Pero ¿creerá esas historias ningún ballenero? No. La ballena de hoy es tan grande como sus antepasados de tiempos de Plinio. Y si alguna vez voy a donde está Plinio, yo, que soy más ballenero que él, tendré el valor de decírselo. Porque no puedo entender cómo es que mientras que las momias egipcias que se enterraron miles de años antes que naciera Plinio no miden tanto con sus ataúdes como un kentuckiano actual sin zapatos; *y* mientras que el ganado vacuno *y* los demás animales tallados en las más antiguas tablillas de Egipto y Nínive, conforme a las proporciones relativas en que se han trazado, demuestran, con la misma claridad, que el actual ganado premiado en Smithfield, bien criado y alimentado en el establo, no sólo iguala sino que excede con mucho en tamaño a las más gordas de las vacas gordas de los faraones; a la vista de todo eso, no he de admitir que, entre todos los animales, solamente la ballena haya degenerado.

Pero todavía queda otro interrogante, a menudo removido por los más recónditos investigadores de Nantucket. Bien sea debido a los casi omniscientes vigías en la cofa de los balleneros, que ahora penetran incluso por el estrecho de Behring, y hasta los más remotos cajones y compartimientos secretos del mundo, o bien debido a " los mil arpones y lanzas que se disparan a lo largo de todas las costas continentales, el punto a discutir es si Leviatán podrá aguantar mucho tiempo semejante persecución, y semejante agitación inexorable; *y* si no acabará por ser exterminado de las aguas, *y* la última ballena, como el último hombre, fumará su última pipa y luego se evaporará en la bocanada final.

Comparando los jibosos rebaños de ballenas con los jibosos rebaños de búfalos que, no hace cuarenta años, se extendían en decenas de millares por las praderas de Illinois y Missouri, y agitaban sus férreas melenas y miraban hurañamente con sus frentes cuajadas de truenos los asentamientos de las populosas ciudades fluviales, donde ahora el cortés agente os vende tierra a dólar la pulgada, tal comparación parecería ofrecer un argumento irresistible para mostrar que la perseguida ballena ya no puede escapar a su rápida destrucción.

Pero hay que mirar este asunto bajo todas las luces. Aunque haga tan breve período -ni una larga vida de hombre- que el censo de búfalos de Illinois excedía al censo de hombres que hay ahora en Londres, y aunque en el día presente no quede de ellos ni un cuerno ni una pezuña en toda esa región, y aunque la causa de esta prodigiosa exterminación haya sido la lanza del hombre, sin embargo, la naturaleza tan diversa de la caza de la ballena prohíbe perentoriamente un final tan poco glorioso para el leviatán. Cuarenta hombres en un barco persiguiendo al cachalote durante cuarenta *y* ocho meses creen que les ha ido enormemente bien, *y* dan gracias a Dios, si al fin se llevan a casa el aceite de cuarenta peces: mientras que, en los días de los viejos cazadores canadienses e indios y los tramperos del Oeste, cuando el Far West (en cuyo poniente siguen levantándose soles) era un desierto virgen, el mismo número de hombres con mocasines, durante el mismo número de meses, montados a caballo en vez de navegando en barcos, habrían matado, no cuarenta, sino más de cuarenta mil búfalos; un hecho que, si fuera necesario, podría comprobarse estadísticamente.

Y, bien mirado, tampoco parece un argumento a favor de la extinción gradual del cachalote, que, por ejemplo, en los últimos años (la parte final del siglo pasado, digamos) esos leviatanes, en pequeñas manadas, se encontrasen mucho más a menudo que actualmente, y, en consecuencia, los cruceros no fueran tan prolongados y fueran también mucho más remuneradores. Porque, como se ha hecho notar en otro lugar, esas ballenas, influidas por consideraciones de seguridad, ahora nadan por los mares en inmensas caravanas, de modo que, en buena medida, los solitarios dispersos, las parejas, las pequeñas manadas y las «escuelas» de

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

otros tiempos ahora se han congregado en ejércitos infrecuentes, vastos pero muy separados. Eso es todo. E igualmente falaz me parece la idea de que, porque las llamadas ballenas de «barbas de ballena» ya no aparecen en muchas zonas de pesca que en años anteriores abundaban en ellas, se deduzca de aquí que la especie está también declinando. Pues sólo son expulsadas de promontorio en promontorio, y si una costa ya no se anima con sus chorros, entonces es seguro que alguna otra orilla más remota acaba de ser sorprendida por este espectáculo insólito.

Además: en cuanto a los mencionados leviatanes, tienen dos firmes fortalezas que, con toda probabilidad humana, seguirán siendo siempre inexpugnables. Y así como, ante la invasión de sus valles, los escarchados suizos se retiraron a sus montañas, igualmente, expulsadas de las sabanas y páramos de los mares centrales, las ballenas de «barbas de ballena» pueden recurrir al fin a sus ciudadelas polares, *y* sumergiéndose allí bajo las últimas barreras *y* murallas cristalinas, emerger entre campos y bancos de hielo, y, en un círculo encantado de perenne diciembre, desafiar a toda persecución del hombre.

Pero como quizá se arponean cincuenta de esas ballenas de «barbas de ballena» por cada cachalote, algunos filósofos del castillo de proa han decidido que esta resuelta matanza ya ha disminuido seriamente sus batallones. Sin embargo, aunque durante hace algún tiempo se han matado un gran número de estas ballenas, no menos de 13.000 al año, en la costa del noroeste, sólo por americanos, hay consideraciones que hacen que incluso esta circunstancia tenga poco o ninguna importancia como argumento en este asunto.

Aun siendo natural una cierta incredulidad respecto a la populosidad de las más enormes criaturas del globo, ¿qué diremos, sin embargo, a Harto, el historiador de Goa, cuando nos dice que en una sola cacería el rey de Siam cobró 4.000 elefantes, y que en esas regiones los elefantes son tan numerosos como las manadas de ganado vacuno en los climas templados? Y no parece haber razón para dudar que si esos elefantes, que ya hace miles de años que fueron perseguidos, por Semíramis, Poro, Aníbal y todos los posteriores monarcas de Oriente, siguen sobreviviendo allí en grandes números, mucho más sobrevivirá la gran ballena a toda persecución, ya que tiene unos pastos en que extenderse que son exactamente el doble de grandes que toda Asia, ambas Américas, Europa, África, Nueva Holanda y todas las islas del mar reunidas.

Además: si hemos de considerar que, por la gran longevidad que se supone en las ballenas, probablemente alcanzan la edad de un siglo o más, por tanto, en cualquier momento, deben ser coetáneas varias generaciones adultas. Y de lo que es eso, podemos hacernos pronto alguna idea imaginando que todos los cementerios, camposantos y panteones familiares de la creación entregasen los cuerpos vivos de todos los hombres, mujeres y niños que vivían hace setenta y cinco años, añadiendo esta incontable hueste a la actual población humana del globo.

Por tanto, para todas estas cosas, consideramos a la ballena como inmortal en cuanto especie, por más que sea perecedera en su individualidad. Nadaba por los mares antes que los continentes salieran a la superficie; nadaba antaño sobre la sede actual de las Tullerías, del castillo de Windsor y del Kremlin. En el diluvio de Noé, despreciaba el Arca de Noé, y si alguna vez el mundo ha de inundarse otra vez, como los Países Bajos, para exterminar las ratas, entonces la eterna ballena seguirá sobreviviendo, y alzándose sobre la cresta más alta de la inundación en el ecuador, lanzará a los cielos el chorro de su desafío espumeante.

La pierna de Ahab

CAPÍTULO CVI

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

La manera precipitada como el capitán Ahab había abandonado el *Samuel Enderby* de Londres no dejó de ir acompañada de alguna ligera violencia para su propia persona. Se posó con tal empuje sobre una bancada de la lancha, que su pierna de marfil recibió un choque que la dejó medio astillada. Y cuando, después de alcanzar su cubierta, y su propio agujero de pivote en ella, giró vehementemente para dar una orden urgente al timonel (como siempre, era algo sobre que no gobernaba con la debida inflexibilidad), entonces el marfil ya transformado recibió de nuevo tal contorsión y retorcimiento que, aunque siguió entero y, según todas las apariencias, sólido, Ahab ya no lo juzgó del todo digno de confianza.

Y, en efecto, no había mucho de que extrañarse si, con toda su loca indiferencia general, Ahab a veces concedía cuidadosa atención al hueso muerto sobre el cual se apoyaba en parte. Pues no mucho antes de que el *Pequod* zarpase de Nantucket, le habían encontrado una noche tendido en el suelo, sin sentido: por algún accidente desconocido, inimaginable y al parecer inexplicable, su pierna de marfil se había desplazado tan violentamente, que le había herido como empalándole *y* casi le había perforado la ingle, *y* no sin grandes dificultades se curó por completo la dolorosa herida.

Entonces no dejó de metérsele en su monomaníaca cabeza que toda la angustia del sufrimiento entonces presente era sólo el resultado directo de una desgracia anterior, y le pareció ver con sobrada claridad que, del mismo modo que el más venenoso reptil del pantano perpetúa su especie tan inevitablemente como el más dulce cantor del bosque, así del mismo modo que las felicidades, todos los acontecimientos lamentables engendran su semejanza por naturaleza. Sí, y aún más todavía, pensaba Ahab, ya que, tanto los antecesores cuanto los descendientes del dolor llegan más lejos que los antecesores y descendientes de la alegría. Pues, para no aludir a lo que se puede inferir de ciertos escritos canónicos, que, mientras ciertos gozos naturales de aquí no tendrán hijos que les nazcan para el otro mundo, sino que, al contrario, han de ser seguidos Buidos por esa esterilidad de alegrías que será toda la desesperación del infierno, en tanto que ciertas culpables miserias mortales engendrarán con fecundidad una progenie eternamente progresiva
de dolores más allá de la tumba; para no aludir a esto en absoluto, parece seguir habiendo cierta desigualdad en el análisis más profundo de la cuestión. Pues, pensaba Ahab, mientras aun las más altas felicidades terrenas tienen siempre una cierta mezquindad insignificante acechando en ellas, y en cambio todos los dolores del corazón, en el fondo, tienen un significado místico, y, en algunos hombres, una grandeza arcangélica, del mismo modo la diligente averiguación de su ascendencia no desmiente esa deducción obvia. Rastrear las genealogías de tan altas miserias mortales nos lleva al menos hasta las primogenituras sin fuentes de los dioses; de modo que, frente a todos los alegres soles cosechadores de heno, *y* frente a todas las lunas de suaves címbalos *y* redondeadoras de las mieses, hemos de asentir a esto: que ni los propios dioses están alegres para siempre. La señal de nacimiento, imborrable y triste, en la frente del hombre, no es sino el sello de la tristeza que hay en los señaladotes.

Incautamente, se ha divulgado aquí un secreto, que quizá hubiera sido más adecuado revelarlo antes como era debido. Con otros muchos detalles referentes a Ahab, siempre siguió siendo un secreto para algunos que, durante cierto período, antes y después de zarpar el *Pequod*, se había escondido con hermetismo de Gran Lama; *y* que, durante ese intervalo había buscado refugio sin habla, por decirlo así, entre el marmóreo senado de los muertos. La razón que el capitán Peleg divulgó para este asunto no parecía en absoluto adecuada, aunque, ciertamente, en

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

cuanto se refiere a la parte más profunda de Ahab, cualquier revelación tenía más de tiniebla significativa que de luz explanatoria. Pero, al final, todo salió fuera: o al menos, esta cuestión. Esa desgracia atroz estaba en la base de su reclusión temporal. Y no sólo esto, sino que para el disperso y cada vez más reducido grupo de gente de tierra que, por cualquier razón, poseía el privilegio de acercarse a él sin tantos impedimentos, para ese tímido círculo, la desgracia antes aludida -al permanecer, como permaneció, malhumoradamente inexplicada por Ahab-, se revistió de terrores que no dejaban de provenir hasta cierto punto de la tierra de los espíritus y los gemidos. Así que, a causa de su celo por él, todos ellos se habían conjurado a silenciar ante los demás, en lo que de ellos dependiera, su conocimiento del asunto. Y por eso ocurrió que, hasta que no transcurrió un considerable intervalo, no se difundió por la cubierta del Pequod.

Pero sea todo esto como sea; dejemos que el invisible y ambiguo sínodo del aire, y los vengativos príncipes y potestades del fuego tengan que ver o no con el terrenal Ahab: con todo, en la cuestión presente de su pierna, él tomó sencillas medidas prácticas: llamó al carpintero.

Y cuando se presentó ante él dicho funcionario, le pidió que sin tardanza se pusiera a hacerle una nueva pierna, e instruyó a los oficiales para que le hicieran proveer de todas las viguetas y tablillas de marfil de mandíbula (del cachalote) que hasta entonces se habían acumulado en el viaje, para que pudiera asegurarse una cuidadosa selección del material más robusto y de grano más claro. Hecho esto, el carpintero recibió órdenes de que la pierna estuviera terminada esa noche, y que proveyera todos los accesorios, independientemente de los que pertenecían a la desacreditada pierna en uso. Además, se ordenó que se izara la forja del barco, saliendo de su temporal reposo en la sentina, y, para acelerar el asunto, se mandó al herrero que se pusiera en seguida a forjar cuantos dispositivos de hierro se pudieran necesitar.

El carpintero

CAPITULO CVII

Siéntate como un sultán entre las lunas de Saturno y toma al hombre a solas, en elevada abstracción: parecerá un prodigio, una grandeza, un dolor. Pero desde ese mismo punto de vista, toma a la humanidad en masa, y en su mayor parte, parecerá un populacho de duplicados innecesarios, tan simultáneos como hereditarios. Pero aun tan humilde como era, y tan lejos de ofrecer un ejemplo de la elevada abstracción humana, el carpintero del Pequod no era ningún duplicado; de aquí que ahora salga en persona a escena.

Como todos los carpinteros que se hacen a la mar, y más especialmente aquellos que pertenecen a barcos balleneros, éste, en cierta medida práctica y desenvuelta, estaba igualmente experimentado en numerosas industrias y actividades colaterales de la suya propia, ya que el trabajo de carpintero es el antiguo tronco ramificado de todas esas numerosas artesanías que tienen más o menos que ver con la madera como material auxiliar. Pero, además de que se le aplicara esa anterior observación genérica, este carpintero del Pequod era singularmente eficaz en esas mil innominadas emergencias mecánicas que ocurren continuamente en un barco grande, durante un viaje de tres o cuatro años, por mares lejanos y sin civilización. Pues, para no hablar de su prontitud en los deberes ordinarios -reparar lanchas desfondadas o perchas abatidas, corregir la forma de remos de pala tosca, insertar en el puente ojos de buey, o clavijas de madera nuevas en las tablas de los costados, y otros asuntos variados, más o menos directamente

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

pertenecientes a su oficio especial-, además, era experto sin vacilación en toda clase de aptitudes opuestas, tanto útiles como caprichosas.

La única grandiosa escena donde ejecutaba todos sus variados papeles, tan diversos, era su banco con tornillos: una larga mesa, ruda y pesada, provista de diversos tornillos, de diferentes tamaños, tanto de hierro como de madera. En todo momento, excepto cuando había ballenas al costado, este banco estaba sólidamente sujeto de través, junto a la parte de atrás de la refinería.

Se encuentra que una cabilla es demasiado gruesa para insertarse fácilmente en su agujero: el carpintero la sujeta en uno de sus tornillos siempre dispuestos, e inmediatamente la reduce con la lima. Un extraviado pájaro terrestre, de extraño plumaje, cae a bordo y es cautivado: con limpias varas cepilladas de hueso de ballena franca, y con travesaños de marfil de cachalote, el carpintero le hace una jaula en forma de pagoda. Un remero se disloca la muñeca: el carpintero cuece una loción aliviadora. Stubb desea que se pinten estrellas de bermellón en la pala de cada remo: atornillando los remos en su gran tornillo de madera, el carpintero proporciona con simetría la constelación. A un marinero se le antoja llevar en las orejas aros de hueso de tiburón: el carpintero le perfora las orejas. A otro le duelen las muelas: el carpintero saca las tenazas, y dando una palmada en el banco, le manda sentarse allí, pero el pobre hombre, sin poderlo remediar, retrocede a mitad de la operación: haciendo girar el mango de su tornillo de madera, el carpintero le hace señas de que meta en él la mandíbula, si quiere que le saque la muela.

Así, este carpintero estaba preparado en todos los puntos, e igualmente indiferente y sin respeto en todos. Las muelas las consideraba como trozos de marfil; las cabezas las tomaba por montones de virador; a los hombres mismos, los trataba con tanta ligereza como cabrestantes. Pero entonces, con tal variadas dotes en tan ancho campo, y con tal vivacidad de experiencia, además, todo ello parecería exigir alguna extraordinaria vivacidad de inteligencia. Sin embargo, no era exactamente así. Pues lo más notable de este hombre era cierta estolidez impersonal, por así decir; impersonal, digo; pues se difumaba tanto en el circundante infinito de las cosas, que parecía unido a la estolidez general discernible en todo el mundo visible, el cual, a la vez que incesantemente activo en incontables modos, sigue externamente conservando su calma, y os ignora aunque excavéis cimientos de catedrales. Pero esa estolidez casi horrible que había en él, implicando también, al parecer, una falta de sensibilidad que se ramificaba por todo, sin embargo, a veces se entreveraba extrañamente de un antiguo humor, antediluviano, jadeante, como una muleta, no exento de vez en cuando de una cierta ingeniosidad casi encanecida, tal como habría servido para pasar el tiempo durante la guardia de medianoche en el barbudo castillo de proa del arca de Noé. ¿Era que ese viejo carpintero había sido un vagabundo vitalicio, que, con tanto rodar de acá para allá, no sólo no había criado musgo, sino, lo que es más, se había despojado con el roce de cualquier pequeña adherencia exterior que en principio le hubiera correspondido? Era una abstracción desnuda; una integral sin fracciones; sin compromiso, como un niño recién nacido; viviendo sin referencia premeditada a este mundo ni al siguiente. Casi podríais decir que esta extraña ausencia de compromiso en él implicaba una suerte de falta de inteligencia; pues, en sus numerosas actividades, no parecía trabajar por razón o instinto, o simplemente porque le hubieran enseñado, o por cualquier mixtura de estas cosas, igual o desigual, sino meramente por una especie de proceso sordo y mudo, espontáneamente literal. Era un puro manipulador; su cerebro, si es que lo tenía, debía haberse filtrado a los músculos de los dedos. Era como uno de esos artilugios de Sheffield, irracionales, pero altamente útiles, *multum in parvo,* que toman el aspecto exterior -aunque un poco hinchado- de una navaja corriente de bolsillo, pero contienen no sólo

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

filos de varios tamaños, sino también sacacorchos, destornilladores, tenacillas, leznas, plumas, reglas, limas de uñas y gubias. Así, si sus superiores querían usar al carpintero como destornillador, no tenían que hacer más que abrir esa parte suya, y el tornillo quedaba en su sitio; o si como tenacillas, le tomaban por las piernas, y ya estaba.

Con todo, como se ha sugerido anteriormente, este carpintero herramienta universal *y* plegable no era, después de todo, ninguna simple máquina autómata. Si no tenía un alma corriente, tenía un algo sutil que, no se sabe cómo, cumplía de modo anómalo esa función. No es posible decir qué era, si esencia de mercurio, o unas pocas gotas de amoníaco. Pero ahí estaba, y ahí había permanecido durante sesenta años o más. Y era eso, ese mismo inexplicable y astuto principio vital en él, era eso lo que le hacía estar gran parte del tiempo en soliloquio, pero sólo como una rueda irracional, que también zumbaba en soliloquio; o más bien, su cuerpo era una garita y ese soliloquizador estaba allí de guardia, hablando todo el tiempo para mantenerse despierto.

Ahab y el carpintero

CAPITULO CVIII

En cubierta. Cuarto de guardia deprima.

El carpintero, de pie ante su banco con tornillos, y a la luz de dos faroles, limando diligentemente el trozo de marfil para la pierna, que está é firmemente sujeto en el tornillo. Placas de marfil, correas de cuero, al mohadillas, tornillos y diversas herramientas de todas clases están dis persas por la mesa. Delante, se ve la llama roja de la forja donde trabaja el herrero

-¡Maldita la lima y maldito el hueso! Es duro lo que debería ser blando, y es blando lo que debería ser duro. Así vamos nosotros, los que limamos viejas mandíbulas y huesos de espinilla. Probemos otro. Eso, ahora eso funciona mejor *(estornuda).* Hola, este polvo de hueso es... *(estornuda),* sí, es... *(estornuda)* ¡Válgame Dios, no me va a dejar hablar! Eso es lo que saca ahora un viejo por trabajar en leño muerto. Serrad un árbol vivo, y no se saca este polvo; amputad una pierna viva, *y* no se saca *(estornuda).* Vamos, vamos, viejo Smut; ea, mete mano y tengamos esa férula *y* ese tornillo de hebilla; *yo ya* estoy casi listo para ellos. Suerte ahora *(estornuda)* que no hay que hacer juntura de la rodilla; eso podría desconcertar un poco, pero un simple hueso de espinilla, vaya, es tan fácil como hacer pértigas para rodrigones; sólo que me gustaría darle un buen acabado. Tiempo, tiempo, sólo con que tuviera tiempo, le podría hacer una pierna tan bonita como jamás *(estornuda)* haya hecho una reverencia a una dama en un salón. Esas piernas y pantorrillas de cabritilla que he visto en los escaparates no se le compararían en absoluto. Absorben el agua, desde luego, *y* claro, se vuelven reumáticas, *y* hay que curarlas *(estornuda)* con lavados y lociones, igual que las piernas vivas. Ea; antes de serrarla tengo que llamar al viejo de Su Mongolidad, a ver si va bien de largo; en todo caso, estará corta, me parece. ¡Ah, ése es su tranco!; tenemos suerte; ahí viene, o si no, es otro; eso es seguro.

AHAB *(avanzando)*

Durante la siguiente escena, el carpintero sigue estornudando de vez en cuando.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

-¡Bueno, constructor de hombres!

-Muy a tiempo, capitán. Si le parece bien, voy ahora a marcar la longitud. Déjeme tomar medidas, capitán.

-¡Medidas para una pierna! Bueno. En fin, no es la primera vez. ¡A ella! Ea; pon un dedo encima. Es un tornillo fuerte el que tienes aquí, carpintero; déjame sentir por una vez cómo aprieta. Eso, eso; pellizca bastante.

-Ah, capitán, rompe los huesos: ¡cuidado, cuidado!

-No temas, me gusta un buen apretón, me gusta sentir algo a que pueda agarrarme en este mundo resbaloso, hombre. ¿Qué hace ahí Prometeo? El herrero, quiero decir... ¿Qué hace?

-Debe de estar forjando ahora el tornillo de hebilla, capitán.

-Muy bien. Es una asociación: él aporta la parte muscular. ¡Está haciendo una terrible llamarada roja!

-Sí, señor; tiene que ponerlo al rojo blanco para esa clase de trabajo delicado.

-Hum... Sí que tiene. Me parece, ahora, una cosa muy significativa que ese antiguo griego, Prometeo, el que hizo los hombres, según dicen, fuera un herrero, y les animara con fuego, pues lo que está hecho en fuego debe pertenecer propiamente al fuego; así que el infierno no es probable. ¡Cómo vuela el hollín! Esto debe de ser el resto con que el griego hizo a los africanos. Carpintero, cuando ése acabe con la hebilla, dile que forje un par de hombreras de acero; tenemos a bordo un vendedor ambulante con una carga abrumadora.

-¿Capitán?

-Espera, ya que Prometeo anda en ello, le encargaré un hombre completo según un modelo deseable. Ante todo, de cincuenta pies del alto, sin zapatos; luego, el pecho modelado conforme al túnel del Támesis; luego, piernas con raíces, para quedarse en el mismo sitio; luego, brazos de tres pies a través de la muñeca; sin corazón en absoluto, la frente de bronce, y cerca de un cuarto de acre de buenos sesos; y vamos a ver..., ¿encargaré unos ojos que miren hacia fuera? No, pero ponle una claraboya en lo alto de la cabeza para iluminar el interior. Ea, recibe el encargo y vete.

-Pero ¿de qué habla, y a quién habla? Me gustaría saberlo. ¿He de seguir aquí quieto? *(Aparte.)*

-Es una arquitectura muy mediocre hacer una cúpula ciega; aquí hay una. No, no, no; hace falta una linterna.

-¡Ah, ah! ¿Es eso, entonces? Aquí hay dos, capitan; me basta una.

-¿Para qué me metes en la cara este atrapa ladrones, hombre? Apuntar con una luz es peor que apuntar con una pistola.

-Creía, capitan, que hablaba al carpintero.

-¿Al carpintero? Bueno, eso es..., pero no; es un asunto muy elegante y, podría decir, extremadamente señorial el que traes entre manos, carpintero...; ¿o preferirías trabajar en arcilla?

-¿Capitán? ¿Arcilla, arcilla, capitán? Eso es fango; dejemos la arcilla a los cavadores de zanjas, capitán.

-¡Ese compadre es muy irreverente! ¿De qué estornudas?

-El hueso es bastante polvoriento, capitán.

-Entiende entonces la alusión, y cuando estés muerto, no te entierres jamás debajo de las narices de la gente viva.

-¿Eh, capitán? ¡Ah, sí! Ya supongo... Sí... ¡Ah, caramba!

-Mira, carpintero; supongo que te consideras un artesano hábil como es menester, ¿eh?

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Bueno, entonces, hablará mucho a favor de tu trabajo si, cuando me ponga encima de la pierna que me haces, siento, no obstante, otra pierna en el mismísimo sitio que ella; esto es, carpintero, mi antigua pierna perdida; la de carne y hueso, quiero decir. ¿No puedes expulsar a ese viejo Adán?

-La verdad, capitán, ahora empiezo a comprender algo. Sí, he oído decir algo curioso por ese lado, capitán: cómo un hombre desarbolado nunca pierde por completo la sensación de su vieja percha, sino que a veces le sigue picando. ¿Puedo preguntarle humildemente si es de verdad, capitán?

-Sí, lo es, hombre. Mira, pon tu pierna viva aquí, en el sitio donde estaba la mía; así, ahora hay sólo una pierna visible para los ojos, pero dos para el alma. Donde siente la vida hormigueante, ahí, exactamente ahí, por un pelo, yo la siento también. ¿Es una adivinanza?

-Yo lo llamaría humildemente un rompecabezas, capitán.

-Oye, entonces. ¿Cómo sabes tú que una cosa entera, viva, pensante, no puede estar de modo visible y sin interpretación precisamente donde estabas tú ahora, sí, y que no esté ahí a pesar tuyo? En tus horas más solitarias, entonces, ¿no temes que alguien esté escuchando? ¡Alto, no hables! Y si siento todavía el escozor de mi pierna aplastada, aunque ya hace tanto que se ha disuelto, entonces, ¿por qué ahora tú, carpintero, no puedes sentir las feroces penas del infierno para siempre, y sin cuerpo? ¡Ah!

-¡Dios mío! La verdad, señor, si vamos a eso, tengo que volver a calcular; creo que no tenía una cifra corta, capitán.

-Mira, los imbéciles no deben nunca hacer suposiciones. ¿Cuánto tardará en estar hecha la pierna?

-Quizá una hora, capitán.

-¡Date prisa con ella, entonces, *y* tráemela! *(Se vuelve para marcharse.)* ¡Ah, Vida! ¡Aquí estoy yo, orgulloso como un dios griego, *y* sin embargo quedo deudor a este estúpido de un hueso en que erguirme! ¡Maldito sea ese endeudamiento recíproco que no deja prescindir de libros mayores! Querría ser tan libre como el aire, y estoy apuntado en los libros del mundo entero. Soy tan rico que podría haber rivalizado con los más ricos pretorianos en la subasta del Imperio romano (que fue la del mundo), y sin embargo debo la carne de la lengua con que presumo. ¡Por los Cielos! Tomaré un crisol *y* me meteré en él, *y* me disolveré en una sola pequeña vértebra compendiadora. Eso.

CARPINTERO *(continuando su trabajo).- ¡Bueno,* bueno, bueno! Stubb le conoce mejor que nadie, y Stubb siempre dice que es raro; no dice nada sino esa palabrita suficiente: «raro», es raro, dice Stubb; es raro..., raro, raro; y no deja de machacárselo al señor Starbuck todo el tiempo...; raro, sí, señor..., raro, raro, muy raro. ¡Y aquí está su pierna! Sí, ahora que lo pienso, aquí está su compañera de cama: ¡tiene un bastón de mandíbula de ballena por esposa! Y ésta es su pierna: sobre ella se erguirá. ¿Qué era aquello de una sola pierna que estaba en tres sitios, y los tres sitios estaban en un solo infierno...; cómo era eso? ¡Ah, no me extraña que me mirara con tanto desprecio! A veces tengo ideas extrañas, dicen; pero eso es sólo por azar. Luego, un tipo viejo, bajo, pequeño, como yo, no debería nunca meterse a vadear en aguas profundas con capitanes altos como avutardas, el agua le llega a uno en seguida a la barbilla, y se arma un griterío pidiendo lanchas de salvamento. ¡Y aquí está mi pierna de avutarda! ¡Larga y esbelta, cómo no! Ahora a la mayor parte de la gente, un par de piernas les dura toda la vida, y eso debe de ser porque las usan con cuidado, como una anciana de corazón tierno usa a sus viejos y bien comidos caballos de tiro. Pero Ahab, ¡ah!, es un cochero muy duro. Mira, ha conducido una

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

pierna a la muerte, *y* la otra la ha estropeado de por vida, *y* ahora gasta las piernas de hueso por cestos. ¡Ea, vamos, Smut! Echa una mano aquí con esos tornillos, y vamos a terminar antes que el tío de la resurrección venga con su trompeta a llamar a todas las piernas, verdaderas o postizas, igual que los hombres de la cervecería van por ahí recogiendo los barriles viejos de cerveza para volverlos a llenar. ¡Qué pierna es ésta! Parece una pierna viva de verdad, limada hasta el mismo núcleo; él se apoyará mañana en ella; tomará posiciones sobre ella. ¡Hola! Casi me olvidaba la plaquita ovalada de marfil pulido donde calcula la latitud. ¡Ea, ea; cincel, lima y papel de lija, vamos!

Ahab y Starbuck en la cabina

CAPITULO CIX

Según la costumbre, a la mañana siguiente estaban achicando el barco con las bombas, cuando he aquí que salió no poco aceite con el agua: los toneles de abajo debían de perder bastante. Se notó mucha preocupación, y Starbuck bajó a la cabina a informar de ese asunto desfavorable.

Ahora, desde el suroeste, el *Pequod* se acercaba a Formosa y a las islas Bashi, entre las cuales se abre uno de los pasos tropicales desde los mares de China al Pacífico. Y así, Starbuck encontró a Ahab con una carta general de los archipiélagos orientales extendida ante él, y otra parte mostraba las largas costas orientales de las islas japonesas, Niphon, Matsmai y Sikoke. Con su nívea pierna nueva de marfil apoyada contra la pata atornillada de la mesa, y con una larga navaja, en forma de gancho jardinero, en la mano, el portentoso viejo, con la espalda hacia la porta, arrugaba la frente y volvía a trazar antiguos recorridos.

-¿Quién está ahí? -dijo al oír los pasos en la puerta, pero sin volverse-. ¡A cubierta! ¡Fuera!

-El capitán Ahab se equivoca; soy yo. El aceite en la sentina se está saliendo, capitán. Tenemos que izar los *Burtons, y* desestibar.

-¿Izar los *Burtons y* desestibar? ¿Ahora que nos acercamos al Japón, ponernos al pairo una semana para lañar un montón de barriles viejos?

-O hacemos eso, capitán, o perdemos en un solo día más aceite que el que podamos ganar en un año. Lo que hemos navegado veinte mil millas para conseguir, vale la pena conservarlo, capitán.

-Eso es, eso es; si llegamos a conseguirlo.

-Hablaba del aceite en la sentina, capitán.

-Y yo no hablaba de eso en absoluto. ¡Fuera! Deja que se pierda. Yo mismo estoy perdiendo todo. ¡Sí!, pérdidas en pérdidas; no sólo lleno de barriles que pierden, sino que esos barriles que pierden están en un barco que pierde; y ésa es una situación mucho peor que la del *Pequod,* hombre. Pero no me paro a tapar la vía de agua; pues ¿quién la puede encontrar en un casco tan cargado, o cómo esperar taparla, aunque la encuentre, en la galerna aullante de esta vida? ¡Starbuck! No voy a izar los *Burtons.*

-¿Qué dirán los propietarios, capitán?

-Que los propietarios se pongan en la playa de Nantucket a gritar más que los tifones. ¿Qué le importa a Ahab? ¿Propietarios, propietarios? Siempre me estás fastidiando, Starbuck, con esos tacaños de propietarios, como si los propietarios fueran mi conciencia. Pero mira, el único

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

propietario verdadero de algo es su jefe; y escucha, mi conciencia está en la quilla de este barco. ¡A cubierta!

-Capitán Ahab -dijo el oficial, enrojeciendo y entrando más en la cabina, con una osadía tan extrañamente respetuosa y cauta que no sólo parecía casi tratar de evitar la más leve manifestación externa, sino que también parecía más que a medias desconfiada de sí misma-: un hombre mejor que yo podría perdonarle lo que le ofendería en seguida en un hombre más joven; sí, o en un hombre más feliz, capitán Ahab.

-¡Demonios! Entonces, ¿te atreves a pensar críticas contra mí? ¡A cubierta!

-No, capitán, todavía no; se lo ruego. Me atrevo, capitán... a

: perdonar. ¿No vamos a entendernos mejor que hasta ahora, capitán Ahab?

Ahab agarró un mosquete cargado del armero (que forma parte del mobiliario de cabina en la mayor parte de los barcos del mar del Sur) y apuntando con él a Starbuck, exclamó:

-¡Hay un solo Dios que sea Señor de la tierra, y un solo capitán que sea señor del *Pequod!* ¡A cubierta!

Durante un momento, por los ojos centelleantes del oficial y sus mejillas encendidas se habría creído casi que realmente había recibido el estampido del tubo que le apuntaba. Pero, dominando su emoción, se levantó casi tranquilo y, al abandonar la cabina, se detuvo un momento y dijo:

-¡Me ha ultrajado, no me ha ofendido, capitán! Pero no le pido que se cuide de Starbuck; se reiría; sino que Ahab se cuide de Ahab; cuidado consigo mismo, viejo.

-Se pone valiente, pero obedece sin embargo, ¡una valentía muy cuidadosa ésa! -murmuró Ahab, cuando Starbuck desaparecía-. ¿Qué es lo que ha dicho: que Ahab se cuide de Ahab? ¡Debe de haber algo ahí!

Entonces, usando sin darse cuenta el mosquete como bastón, con ceño de hierro dio vueltas de un lado para otro por la pequeña cabina, pero al fin los gruesos pliegues de la frente se ablandaron y, devolviendo el mosquete al armero, salió a cubierta.

-Eres un muchacho demasiado bueno, Starbuck -dijo en voz baja al oficial; y luego levantó la voz hacia los tripulantes-: ¡Aferrar juanetes, rizar gavias *y* velachos; braza mayor; arriba los *Burtons, y a* desestibar la bodega!

Quizá sería vano preguntarse por qué exactamente actuó así Ahab, respetando a Starbuck. Quizá habría sido por un destello de honradez en él; o por mera política de prudencia, que, en esas circunstancias, prohibía imperiosamente el más leve síntoma de desafecto, aunque fuera pasajero, en alguien tan importante como el primer oficial de su barco. Como quiera que fuese, se ejecutaron las órdenes *y* se izaron los *Burtons.*

Y un pozo, más bien una fresquera, resultó ser para él, no se sabe cómo, pobre pagano; pues allí, por extraño que parezca, a pesar de todo el calor de sus sudores, le entró un terrible enfriamiento que se convirtió en fiebre, y por fin, después de sufrir varios días, le hizo caer en su hamaca, cerca del umbral de la puerta de la muerte. ¡Cómo se consumió, cada vez más, en aquellos pocos días lentos, hasta que pareció quedar de él poco más que su esqueleto y su tatuaje! Pero todo lo demás en él se adelgazó, y sus mandíbulas se pusieron más salientes, aunque sus ojos parecían volverse cada vez más llenos: adquirieron una extraña suavidad y lustre, y, con benevolencia, a la vez que con profundidad, se asomaban a miraros desde su enfermedad, prodigioso testimonio de esa salud inmortal en él, que no podía morir o debilitarse. Y como círculos en el agua, que se expansionan al debilitarse, así sus ojos parecían extenderse en redondo como los anillos de la Eternidad. Un horror que no puede nombrarse os invadía al sentaros al lado

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

de aquel salvaje que se extinguía, tinguía, y veíais tantas cosas extrañas en su cara como las que pudieron observar los que estaban al lado de Zoroastro cuando murió. Pues cuanto es de veras prodigioso y temible en el hombre, jamás se ha puesto aún en palabras o libros. Y el acercamiento de la muerte, que nivela a todos por igual, igualmente infunde en todos una última revelación que sólo podría contar adecuadamente un escritor de entre los muertos. Así que -digámoslo una vez más- ningún caldeo o griego agonizante tuvo pensamientos más altos y sagrados que aquellos cuyas misteriosas sombras veíais deslizarse sobre la cara del pobre Queequeg, tendido tranquilamente en su hamaca oscilante, mientras el mar agitado parecía mecerle suavemente para su reposo final, y la invisible marea desbordada del océano le elevaba cada vez más hacia su destino celestial.

No hubo marinero en la tripulación que no le diese por perdido, y, en cuanto al pobre Queequeg, lo que pensaba de su situación se manifestó de modo impresionante por un curioso favor que pidió. Llamó a uno, en el grisáceo cuarto de guardia de alba, y aferrándole por la mano, dijo que cuando estaba en Nantucket había visto por casualidad ciertas pequeñas canoas de madera oscura, como la lujosa madera de guerra de su isla nativa; y, al preguntar, había sabido que a todos los balleneros que morían en Nantucket les ponían en esas canoas oscuras, y le había gustado mucho la idea de ser sepultado así, pues no se diferenciaba mucho de la costumbre de los de su propia raza, que, después de embalsamar a un guerrero muerto, le tendían en su canoa, y le dejaban así derivar flotando hacia los archipiélagos de las estrellas, pues no sólo creen que las estrellas son islas, sino que más allá de todos los horizontes visibles, sus propios mares benévolos y sin límites afluyen a los cielos azules, y así forman las blancas rompientes de la Vía Láctea. Añadió que se estremecía a la idea de ser sepultado en su hamaca, conforme a la habitual costumbre marinera, lanzado, como algo vil, a los tiburones devoradores de la muerte. No: él deseaba una canoa como las de Nantucket, tanto más adecuadas para él, como ballenero, porque, igual que las lanchas balleneras, esas canoas-ataúdes no tenían quilla, aunque ello implicaba un rumbo incierto y mucha deriva por las eras de tiniebla.

Ahora, cuando se hizo saber a popa esta extraña circunstancia, el carpintero recibió orden en seguida de cumplir la petición de Queequeg, implicara lo que implicara. Había a bordo alguna vieja madera exótica, de color ataúd, que, en un largo viaje anterior, se había cortado de los bosques aborígenes de las islas Laquedivas, y se recomendó que se hiciera el ataúd con esas oscuras tablas. Tan pronto como el carpintero conoció la orden, tomó la regla y, con la indiferente prontitud de su temperamento, marchó al castillo de proa y tomó medidas a Queequeg con gran exactitud, marcando sistemáticamente con tiza la persona de Queequeg cuando trasladaba la regla.

-¡Ah, pobre muchacho! Ahora se tendrá que morir -exclamó el marinero de Long Island.

Al volver a su banco de los tornillos, el carpintero, para su comodidad y para referencia general, trasladó a él la medida de la longitud exacta que había de tener el ataúd, y luego hizo permanente el traslado cortando dos muescas en sus extremos. Hecho esto, requirió las tablas *y* las herramientas *y* se puso al trabajo.

Una vez clavado el último clavo, *y* debidamente alisada *y* encajada la tapa, se echó ligeramente a hombros el ataúd y marchó a proa con él, preguntando si estaban preparados ya para él en aquella parte.

Dándose cuenta de los gritos indignados, pero casi jocosos, con que la gente de cubierta empezó a rechazar el ataúd, Queequeg, con consternación de todos, mandó que le trajeran al momento aquel objeto, y no cupo negárselo, visto que, de todos los mortales, ciertos agonizantes

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

son los más tiránicos; y la verdad es que, puesto que dentro de poco nos molestarán tan poco para siempre, hay que tener indulgencia con esos pobres hombres.

Asomándose desde la hamaca, Queequeg observó largamente el ataúd con ojos atentos. Luego pidió el arpón, hizo que le sacaran el palo y que pusieran la parte de hierro en el ataúd, junto con uno de los canaletes de la lancha. También a petición suya, se pusieron galletas dentro, alrededor de los costados: en la cabecera se colocó un frasco de agua dulce, y una bolsita de tierra leñosa rascada en el fondo de la sentina; y, enrollado en un trozo de lona de vela a modo de almohada, Queequeg pidió que le subieran a su lecho final, para poder probar sus comodidades, si es que las tenía. Estuvo tendido unos minutos sin moverse, *y* luego dijo a uno que fuera a su bolsa *y* le trajera su diosecillo Yojo. Después, cruzando los brazos sobre el pecho, con Yojo en medio, pidió la tapa del ataúd (la escotilla, la llamó) para que se la pusieran. La parte de la cabeza se doblaba con un gozne de cuero, y allí quedó Queequeg en su ataúd, dejando a la vista poco más que su rostro sereno.

-*Rarmai* («sirve, es cómodo») -murmuró por fin, e hizo una señal de que le volvieran a poner en su hamaca.

Pero antes que se hiciera esto, Pip, que había andado dando vueltas furtivamente por allí cerca durante todo este tiempo, se aproximó adonde estaba tendido, y, con suaves sollozos, le tomó de la mano, sosteniendo en la otra su pandereta.

-¡Pobre vagabundo! ¿Nunca habrás acabado todo ese fatigoso vagabundeo? ¿Adónde vas ahora? Pero si las corrientes no te llevan a esas dulces Antillas cuyas aguas sólo están batidas por lirios de agua, ¿me harás un recadito? Busca a un tal Pip, que se ha perdido hace mucho; creo que está en esas Antillas lejanas. Si le encuentras, consuélale, pues debe de estar muy triste, porque, ¡mira!, se ha dejado olvidada la pandereta: y la he encontrado. ¡Tan, tan, tarantán! Ea, Queequeg, muérete; y yo te tocaré la marcha fúnebre.

-He oído decir -murmuró Starbuck, mirando por el portillo- que, en fiebres violentas, hombres muy ignorantes han hablado en lenguas antiguas, y que, cuando se examina ese misterio, resulta siempre que en su niñez, completamente olvidada, esas antiguas lenguas las hablaban realmente algunos elevados sabios al alcance de sus oídos. Así, mi confianza más amorosa es que Pip, en esta extraña dulzura de su demencia, nos ofrece celestes garantías de todos nuestros hogares celestes. ¿Dónde ha aprendido esto, si no allí? ¡Oíd! Vuelve a hablar, pero ahora más agitado.

-¡Formad de dos en fondo! ¡Hagámosle general! ¡Eh!, ¿dónde está su arpón? Ponedlo aquí cruzado. ¡Tan, tan, tarantán! ¡Hurra! ¡Ah, si un gallo de pelea se le posara ahora en la cabeza y cantara! ¡Queequeg muere como un valiente! Fijaos en esto: ¡Queequeg muere como un valiente! Atentos a esto: ¡Queequeg muere como un valiente! Eso digo: ¡valiente, valiente, valiente! ¡Pero el vil del pequeño Pip murió como un cobarde, murió todo temblando! ¡Fuera con Pip! Oíd, si encontráis a Pip, decid a todas las Antillas que es un desertor; ¡un cobarde, un cobarde, un cobarde! ¡Decidles que saltó de una ballenera! Nunca tocaría yo la pandereta por el vil Pip, ni le saludaría como general, si se muriera otra vez aquí. ¡No, no! Vergüenza para todos los cobardes: ¡vergüenza para ellos! Que se ahoguen como Pip, que saltó de una ballenera. ¡Vergüenza, vergüenza!

Durante todo esto, Queequeg seguía tendido con los ojos cerrados, como si soñara. Se llevaron a Pip, y volvieron a poner al enfermo en su hamaca.

Pero ahora que al parecer había hecho todos los preparativos para la muerte; ahora que se había visto que el ataúd le venía bien, Queequeg de repente mejoró; pronto pareció no haber

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

necesidad de la caja del carpintero; y por tanto, cuando algunos expresaron su complacida sorpresa, él dijo, en sustancia, que la causa de su súbita convalecencia era ésta: en un momento crítico, se había acordado de una pequeña obligación en tierra que dejaba sin cumplir; y por tanto, había cambiado de intención en cuanto a morir: no se podía morir todavía, aseguró. Le preguntaron si vivir o morir era asunto de su propio albedrío y gusto soberano. Contestó que ciertamente. En resumen, Queequeg se imaginaba que si un hombre se decidía a vivir, la mera enfermedad no podía matarle; nada sino una ballena, o una galerna, o algún destructor violento, ingobernable e ininteligentee de este tipo.

Ahora, hay esta notable diferencia entre el salvaje y el civilizado: que mientras un hombre civilizado enfermo puede pasar seis meses convaleciente, hablando en general, un salvaje enfermo se pone casi bien en un día. Así, en poco tiempo mi Queequeg recobró fuerza, y por fin, después de estar sentado en el molinete durante unos pocos días de indolencia (pero comiendo con apetito vigoroso), se puso de pie de repente, extendió los brazos y las piernas, se estiró bien, bostezó un poco y luego, saltando a la proa de su lancha izada y blandiendo un arpón, se declaró capaz de pelea.

Con salvaje extravagancia, ahora usó el ataúd como cofre marinero, y vaciando la ropa de su saco, la puso en orden allí. Pasó muchas horas de ocio tallando la tapa con toda clase de figuras y dibujos grotescos, y pareció que con eso intentaba copiar, a su tosca manera, partes del retorcido tatuaje de su cuerpo. Y ese tatuaje había sido obra de un difunto profeta y vidente de su isla, que, con esos signos jeroglíficos, había escrito en su cuerpo una completa teoría de los cielos *y* la tierra, *y* un tratado místico sobre el arte de alcanzar la verdad; de modo que Queequeg, en su misma persona, era un enigma por resolver; una prodigiosa obra en un solo volumen; pero cuyos misterios no sabía leer él mismo, aunque su propio corazón vivo latiera contra ellos; y esos misterios, por tanto, estaban destinados a disiparse con el pergamino vivo en que estaban inscritos, y quedar así sin resolver en definitiva. Y esta idea debió ser lo que sugirió a Ahab aquella salvaje exclamación suya, una mañana, al volverse de espaldas después de inspeccionar al pobre Queequeg:

-¡Ah, diabólico suplicio de Tántalo de los dioses!

El Pacífico

CAPITULO CXI

Cuando, pasando a lo largo de las islas Bashi, salimos al fin al gran mar del Sur, si no fuera por otras cosas, podría haber saludado a mi querido Pacífico con gracias incontables, pues ahora hallaba respuesta la larga súplica de mi juventud; ese sereno océano se extendía al este de mí en mil leguas de azul.

Hay, no se sabe qué, un dulce misterio en este mar, cuyos movimientos suaves y aterradores parecen hablar de alguna oculta alma de debajo; como esas legendarias ondulaciones del suelo de Efeso sobre el sepulcro del evangelista san Juan. Y justo es que sobre estos pastos marinos, estas praderas acuáticas de anchos oleajes, estos campos de alfarero de los cuatro continentes, las olas se levanten y caigan, *y* avancen *y* refluyan constantemente; pues aquí yacen, sofiando *y* soñando en silencio, millones de sombras *y* siluetas mezcladas, sueños ahogados, sonambulismos, ensueños, todo lo que llamamos vidas y almas, agitándose las olas, como

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

durmientes con sueños en sus camas, sólo por la inquietud de todas esas cosas.

Para cualquier meditativo vagabundo mágico, este sereno Pacífico, una vez observado, debe ser para siempre el mar de su adopción. Hace mecerse las aguas centrales del mundo, ya que el océano índico y el Atlántico son sólo sus brazos. Las mismas olas bañan los muelles de las ciudades de California recién construidas, plantadas ayer mismo por la más reciente raza de los hombres, y mojan las borrosas, pero aún espléndidas faldas de países asiáticos más viejos que Abraham; mientras que, por en medio, flotan vías lácteas de islas de coral, *y* archipiélagos bajos, inacabables, desconocidos, *y* japonés impenetrables. Así este misterioso y divino Pacífico ciñe toda la mole del mundo, hace que todas las costas sean bahía suya, y parece el corazón de la tierra, latiendo en mareas. Elevados por esas eternas hinchazones, por fuerza debéis confesar al seductor dios, inclinando vuestra cabeza ante Pan.

Pero pocos pensamientos sobre Pan agitaban el cerebro de Ahab, plantado como una estatua de hierro en su acostumbrado lugar junto a los obenques de mesana, y con un agujero de la nariz aspirando sin pensar el dulce almizcle de las islas Bashi (en cuyos placenteros bosques debían pasear dulces amantes), mientras con el otro inhalaba, dándose cuenta, el aliento salado del mar recién hallado, ese mar en que debía de estar nadando entonces la odiada ballena blanca. Lanzado al fin sobre esas aguas casi finales, y deslizándose hacia la zona pesquera del Japón, el propósito del viejo se intensificaba. Sus firmes labios se unían como los labios de un tornillo de carpintero; el delta de las venas de su frente se hinchaba como con torrentes rebosantes; en su mismo sueño, su grito vibrante atravesaba la bóveda del casco

-¡Cía! ¡La ballena blanca chorrea sangre espesa!

El herrero

CAPÍTULO CXII

Aprovechando el tiempo suave, frescamente estival, que entonces reinaba en esas latitudes, y como preparación para los trabajos especialmente activos que se esperaban para pronto, Perth, el viejo herrero tiznado y encallecido, no se había vuelto a llevar la forja portátil a la bodega, tras de concluir su trabajo de contribución a la pierna de Ahab, sino que la seguía teniendo en cubierta, firmemente sujeta a unos cáncamos junto al palo trinquete, ya que ahora era casi incesantemente requerido por los jefes de lancha, arponeros y remeros de proa, para que les hiciera algún pequeño trabajo; alterando, reparando o dando nueva forma a sus diversas armas y adminículos de las lanchas. A menudo estaba rodeado por un círculo ansioso, todos en espera de que les sirvieran, sosteniendo azadas de lancha, puntas de pica, arpones, lanzas, y vigilando celosamente todos sus enhollinados movimientos mientras trabajaba. No obstante, el martillo de este hombre era un martillo paciente blandido por un brazo paciente. De él no salían murmullos, ni impaciencias, ni petulancias. Silencioso, lento y solemne, inclinando aún más su espalda de vez en cuando rota, seguía trabajando como si el trabajo fuera la vida misma, y el pesado golpear del martillo fuera el pesado golpear de su corazón. Y así era. ¡Qué desdichado!

Unos peculiares andares de este viejo ciertas guiñadas leves pero al parecer dolorosas, en

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

su paso, habían excitado al principio la curiosidad de los marineros. Y por fin había cedido al importunar de sus insistentes preguntas, y así había llegado a ocurrir que todos conocían ya la vergonzosa historia de su mísero destino.

Habiéndose retardado, y no de modo inocente, una dura noche de invierno, en el camino entre dos aldeas, el herrero, en semiestupidez, había notado la mortal insensibilidad que le invadía, y había buscado refugio en un cobertizo torcido y echado a perder. El resultado fue la pérdida de los dedos de ambos pies. De esa revelación, poco a poco, salieron por fin los cuatro actos de alegría, y el quinto acto, largo, pero todavía sin catástrofe, del dolor del drama de su vida.

Era un viejo que, casi a la edad de sesenta años, había encontrado tardíamente eso que en la técnica de la tristeza se llama ruina. Había sido un artesano de afamada excelencia, y con mucho que hacer; había tenido casa y jardín; había abrazado a una esposa cariñosa *y* juvenil, que parecía su hija, y a tres niños alegres *y* sanos; todos los domingos iba a una iglesia de alegre aspecto, situada en un bosquecillo. Pero una noche, bajo la defensa de la oscuridad, y oculto también bajo astuto disfraz, un ladrón terrible se había deslizado en ese hogar feliz y se lo había robado todo. Y lo que es aún más triste de contar, el propio herrero, de modo ignorante, había llevado aquel ladrón al corazón de su familia. ¡Era el Brujo de la Botella! Al abrirse el tapón fatal, salió volando el enemigo, y arrasó la casa. Ahora: por prudentes, sabias y económicas razones, la tienda del herrero estaba en el piso bajo de su casa, pero con entrada separada, de modo que la joven, cariñosa y saludable esposa, escuchaba, no con nerviosismo desgraciado, sino con placer vigoroso, el fuerte son del martillo de su viejo marido de brazos jóvenes, *cuyas* repercusiones, veladas al pasar por suelos y paredes, subían hasta ella con dulzura, en el cuarto de los niños; y así, con la férrea nana del robusto trabajo, los niños del herrero se dormían arrullados.

¡Ah, desgracia sobre desgracia! ¡Ah, Muerte!, ¿por qué no puedes ser oportuna a veces? Si te hubieras llevado contigo al viejo herrero antes que cayese sobre él toda su ruina, entonces la joven viuda hubiera tenido un dolor con delicia, y los huérfanos hubieran tenido un progenitor verdaderamente venerable y legendario con que soñar en sus años venideros; y todos ellos, una herencia que matara los cuidados. Pero la Muerte se llevó a algún virtuoso hermano mayor, de cuyo trabajo diario, entre silbidos, pendían por completo las responsabilidades de alguna otra familia, y dejó en pie a aquel viejo, peor que inútil, hasta que la horrible putrefacción de la vida le hiciera más fácil de cosechar.

¿Para qué contarlo todo? Los golpes del martillo en el piso bajo se espaciaron cada día más, y, cada día, cada golpe se hacía más débil que el anterior: la esposa se sentó helada junto a la ventana, con ojos sin lágrimas, mirando refulgentes a las caras llorosas de los niños; el fuelle cayó: la forja se atragantó de cenizas; la casa se vendió; la madre se hundió en la larga hierba del camposanto; los hijos, en dos veces la siguieron allí; y el viejo, sin casa ni familia, se fue tambaleando, vagabundo enlutado; sin respeto para sus dolores, y con su cabeza encanecida hecha desprecio de los rizos de oro.

La muerte parece la única consecuencia deseable para una carrera como ésta: pero la Muerte es sólo un lanzamiento a la región de lo extraño No-probado; es sólo el primer saludo a las posibilidades de lo inmensamente Remoto, lo Salvaje, lo Acuático, lo Sin Orillas; por tanto, para los ojos, ávidos de muerte, de tales hombres, que todavía tienen algún reparo interior contra el suicidio, el océano, que todo lo recibe y a que todo contribuye, extiende incitantemente toda su llanura de inimaginables terrores subyugadores, y maravillosas aventuras de nueva vida; y, desde

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

los corazones de infinitos Pacíficos, las mil sirenas les cantan: «Ven aquí, tú, el de corazón destrozado; aquí hay otra vida sin la deuda del intermedio de la muerte: aquí hay maravillas sobrenaturales sin morir por ellas. ¡Ven acá!, sepúltate en una vida que, para tu mundo de tierra, igualmente aborrecido y aborrecedor, está más llena de olvido que la muerte. ¡Ven acá! Erige también tu lápida en el cementerio, y ¡ven acá, hasta que nos casemos contigo!».

Escuchando esas voces, al oeste *y* al este, al amanecer *y* al caer el sol, el alma del herrero respondió: « ¡Sí, *ya voy!*». Y así Perth se fue a la caza de ballenas.

La forja

CAPITULO CXIII

Con barba enredada, y fajado en un hirsuto delantal de piel de tiburón, hacia mediodía, Perth estaba entre su forja y su yunque, éste situado en un tronco de palo-de-hierro, metiendo con una mano una punta de pica entre los carbones, y con la otra dándole al fuelle cuando llegó el capitán Ahab con una pequeña bolsa de cuero, de aspecto herrumbroso, en la mano. Todavía a breve distancia de la forja, el malhumorado Ahab se detuvo, hasta que por fin Perth retiró el hierro del fuego y empezó a martillarlo en el yunque, con la roja masa enviando las centellas en densos enjambres volantes, algunos de los cuales pasaban junto a Ahab.

-¿Son ésos tus pájaros de tormenta, Perth? Siempre vuelan en tu estela: pájaros de buen agüero, también, pero no para todos: mira, queman, pero tú..., tú vives entre ellos en una chamuscadura.

-Porque estoy chamuscado entero, capitán Ahab -contestó Perth, apoyándose por un momento en el martillo-: estoy más allá de las chamusquinas, y no es fácil chamuscar una cicatriz.

-Bueno, bueno, basta. Tu voz encogida suena para mí de un modo demasiado tranquilo, sensatamente doloroso para mí. Yo, que no estoy en ningún paraíso, me impaciento de todas las desgracias en los demás que no estén locos. Tú deberías volverte loco, herrero; di, ¿por qué no te vuelves loco? ¿Cómo puedes aguantar sin volverte loco? ¿Te odian todavía los cielos, que no te pueden volver loco?... ¿Qué estabas haciendo ahí?

-Soldando una vieja punta de pica, capitán: tenía grietas y mellas.

-¿Y puedes volverla a dejar toda lisa, herrero, después de tan duro empleo como ha tenido?

-Creo que sí, capitán.

-Y supongo que puedes pulir otra vez, herrero, cualquier grieta o mella, por duro que sea el metal, ¿no, herrero?

-Sí, capitán, creo que puedo: todas las grietas y mellas, menos una.

-Mira, entonces -exclamó Ahab, avanzando apasionadamente y apoyándose con las dos manos en los hombros de Perth-, mira aquí..., aquí..., ¿puedes alisar una grieta como ésta, herrero? -pasándose una mano por la frente surcada-: Si pudieras, herrero, de buena gana pondría la cabeza en tu yunque, y sentiría tu martillo más pesado entre los ojos. ¡Contesta! ¿Puedes alisar esta grieta?

-¡Ah! ¿Es ésa, capitán? ¿No dije que todas las grietas y mellas menos una?

-Sí, herrero, ésa es; así, hombre, ésa no se puede alisar; pues aunque sólo la veas aquí, en mi carne, se ha metido hasta el hueso del cráneo..., ¡ése está todo arrugado! Pero basta de juegos

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

de niños; basta por hoy de ganchos y picas. ¡Mira aquí! -agitando la bolsa de cuero, como si estuviera llena de monedas de oro-: Yo también quiero que me hagas un arpón; uno que no puedan partir mil yuntas de demonios, Perth; algo que se le pegue a la ballena como su propio hueso de la aleta. Este es el material -sacudiendo la bolsa sobre el yunque-. Mira, herrero, aquí he reunido pedazos de clavos de las herraduras de acero de caballos de carreras.

-¿Trozos de clavos de herraduras, capitán? Vaya, capitán Ahab, entonces tiene aquí el material mejor y más duro con que trabajamos jamás los herreros.

-Ya lo sé, viejo; estos trozos se soldarán como cola sacada de huesos fundidos de criminales. ¡Deprisa! Fórjame el arpón. Y fórjame primero doce puntas para el hierro y martilla juntas esas doce como las filásticas y cabos de guindaleza. ¡Deprisa! ¡Yo atizaré el fuego!

Cuando por fin estuvieron hechas las doce varillas, Ahab las probó, una tras otras, curvándolas con su propia mano en torno a un largo y pesado perno de hierro.

-¡Un defecto! -dijo, rechazando la última-. Vuelve a trabajar ésta, Perth.

Hecho esto, Perth se disponía a empezar a soldar las doces en una, cuando Ahab le sujetó la mano, y dijo que quería soldar su propio hierro. Mientras él, con jadeos regulares, martillaba en el yunque, Perth, pasándole las puntas candentes, una tras otra, con la atizada forja lanzando intensa llama vertical, el Parsi pasó silencioso, e inclinó la cabeza hacia el fuego, pareciendo invocar alguna maldición o alguna bendición sobre el trabajo. Pero, al levantar Ahab la mirada, se deslizó a un lado.

-¿Qué hace así esa pandilla de luciferes? -murmuró Stubb, mirando desde el castillo de proa-: Ese Parsi huele el fuego como una mecha, y él mismo huele a fuego como la cazoleta caliente de mosquete.

Por fin el hierro, en una sola tira completa, recibió el calor final; y Perth lo sumergió todo siseante en el barril de agua que tenía al lado, y el vapor abrasador se disparó a la cara inclinada de Ahab.

-¿Me quieres marcar, Perth? -dijo, echándose atrás un momento, de dolor-; entonces, ¿no he hecho más que forjar mi propio hierro de marcar?

-No lo quiera Dios, pero me temo algo, capitán Ahab. ¿No es este arpón para la ballena blanca?

-¡Para el demonio blanco! Pero ahora, el filo; tienes que hacerlo tú mismo, hombre. Aquí están mis navajas de afeitar: el mejor acero: toma, y haz el filo tan agudo como las agujas de la nevisca del mar de Hielo.

Por un momento, el viejo herrero miró las navajas como si no tuviera deseos de usarlas.

Tómalas, hombre, no me hacen falta: pues ahora ni me afeito, ni ceno, ni rezo hasta que..., pero ¡vamos!..., ¡al trabajo!

Configurado al fin en forma de flecha, y soldado por Perth al asta, el acero pronto remató el extremo del hierro, y el herrero, al ir a dar su calor final al filo, antes de templarlo, gritó a Ahab que le pusiera cerca el tonel de agua.

-*¡No, no...,* nada de agua para eso! Lo quiero de temple de auténtica muerte. ¡Eh, escuchad! ¡Tashtego, Queequeg, Daggoo! ¿Qué decís, paganos? ¿Me daréis bastante sangre como para cubrir este filo? -y lo levantó en alto.

Un montón de inclinaciones replicaron «Sí». Tres pinchazos se dieron en la carne pagana, y el filo para la ballena blanca quedó entonces templado.

-*Ego non baptizo te en nomine Patris, sed en nomine diaboli!* -aulló Ahab en delirio, cuando el malévolo hierro devoró la sangre bautismal.

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Entonces, trayendo de abajo las pértigas de repuesto, y seleccionando una de *hickory,* con la corteza todavía alrededor, Ahab adaptó el extremo al hueco del hierro. Se desenrolló entonces una aduja de cabo nuevo, se pasaron unas cuantas brazas de él en torno al molinete, y se estiraron con gran tensión. Apretando con el pie, hasta que al cabo vibró como una cuerda de arpa, luego inclinándose ávidamente sobre él, y no viendo rozaduras, Ahab exclamó:

-¡Bueno! Ahora, vamos a trincarlo.

Por un extremo, se destrenzó el cabo, y los cordones separados se trenzaron y tejieron en torno al hierro de arpón: luego se metió fuertemente el palo en el agujero del hierro; desde el extremo inferior, el cabo fue alineado hasta la mitad de la longitud del palo y firmemente sujeto así, con trenzado de hilo de vela. Hecho esto, palo, hierro y cabo -como las tres parcas- quedaron inseparables, y Ahab se marchó sobriamente a grandes zancadas con el arma; sonando a hueco en cada tabla el ruido de su pierna de marfil y el ruido del palo de *hickory.* Pero antes de que entrara en la cabina, se oyó un ruido ligero, poco natural, medio burlón, pero muy lamentable. ¡Ah, Pip, tu mísera risa, tus miradas ociosas, pero inquietas; todas tus extrañas mímicas se fundían, no sin significación, con la negra tragedia del melancólico barco y se burlaban de ella!

El dorador

CAPITULO CXIV

Penetrando cada vez más en el corazón de la zona pesquera del Japón, el *Pequod* estuvo pronto atareado por completo en la pesca. A menudo, en tiempo suave y placentero, y durante veinte horas seguidas, estaban ocupados en las lanchas, remando de firme, o navegando a vela o con los canaletes tras los cetáceos, o, en un interludio de sesenta o setenta minutos, esperando con calma su salida, aunque con poco éxito por su molestia.

En tales ocasiones, bajo un sol caído, tras de flotar todo el día por olas suaves que se hinchaban lentamente, en la lancha, ligera como una canoa de abedul, y mezclándose con tanta sociabilidad con las propias olas que, como gatos junto al fuego, ronronean contra la regala, ésos son momentos de quietud soñadora, en que, al observar la tranquila belleza y el brillo de la piel del océano uno olvida el corazón de tigre que jadea por debajo, y no querría recordar de buena gana que la zarpa de terciopelo esconde una garra inexorable.

Ésas son las ocasiones en que, en la ballenera, el vagabundo siente suavemente respecto al mar cierto sentimiento filial, confiado, como si fuera tierra, y lo considera como si fuera tierra florida, y el barco lejano que sólo muestra los topes de los palos, parece esforzarse en su avance, no a través de altas olas balanceantes, sino a través de la hierba de una pradera ondulante, igual que cuando los caballos de los emigrantes del Oeste muestran sólo las orejas aguzadas mientras que cuerpos ocultos vadean ampliamente a través del verdor desconcertante.

En esos extensos valles vírgenes, en esas laderas suavemente azuladas, mientras por encima se desliza el zumbido, el susurro, casi juraríais que hay niños, cansados de jugar, tendidos a dormir en esas soledades, en algún alegre mayo, mientras buscaban las flores de los bosques. Y todo eso se mezcla con vuestro humor místico, de tal modo que realidad y fantasía, encontrándose a medio camino, se interpenetran y forman un conjunto inconsútil.

Tales escenas suavizadoras, por más que pasajeras, no dejaron de producir al fin un efecto igualmente pasajero sobre Ahab. Pero si las secretas llaves de oro parecieron abrir en él sus secretos tesoros de oro, su aliento sobre ellos se mostró empañador.

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

¡Ah, claros herbosos! ¡Ah, pasajes sin fin, siempre primaverales en el alma! En vosotros -aunque largamente agotados por la sequía cerrada de la vida terrenal- en vosotros, los hombres pueden aún revolverse, como potros jóvenes en los tréboles recientes del amanecer; y durante unos pocos momentos huidizos, sentir el fresco rocío de la vida inmortal sobre ellos. ¡Ojalá quisiera Dios que duraran estas calmas benditas! Pero los mezclados y enredados hilos de la vida se tejen en trama y urdimbre; calmas cruzadas por tormentas, una tormenta por cada calma. No hay avance constante y sin retroceso en esta vida; no avanzamos a través de gradaciones fijas, descansando en la última: a través del inconsciente hechizo de la infancia, de la despreocupada fe de la niñez, de la duda de la adolescencia (el destino común), luego el escepticismo, luego la incredulidad, para descansar por fin, con la virilidad, en el meditativo reposo del Si. Pero una vez atravesado todo, volvemos a trazar el círculo; y eternamente somos niñitos, muchachos y hombres, y Si. ¿Dónde se encuentra el puerto final, de donde ya no soltaremos amarras? En ¿qué extático éter navega el mundo de que no se fatigará ni el más fatigado? ¿Dónde está escondido el padre del expósito? Nuestras almas son como esos huérfanos cuyas madres solteras murieron al parirles: el secreto de nuestra paternidad yace en su tumba, y tenemos que ir a ella para saberlo.

Y en ese mismo día, también mirando desde el costado en su lancha a ese mismo mar dorado, Starbuck exclamó en voz baja:

-¡Delicia insondable, como ningún amador vio jamás en los ojos de su joven esposa! No me hables de tus tiburones con varias filas de dientes, *y* tus maneras canibalescas *y* secuestradoras. Que la fe expulse a los hechos; que la fantasía expulse a la memoria: yo miro a lo hondo y creo.

Y Stubb, como un pez de escamas centelleantes, saltó en la misma luz dorada:

-Soy Stubb, y Stubb tiene su historia; ¡pero ahora Stubb presta juramento de que siempre ha sido alegre!

La ballena agonizante

CAPITULO CXVI

No raras veces, en esta vida, cuando, a nuestra derecha, nos adelantan los favoritos de la fortuna navegando junto a nosotros, aunque antes estábamos inmóviles, recibimos un poco de la brisa de ese avance y sentimos gozosamente llenarse nuestras velas deshinchadas. Así pareció ocurrir con el *Pequod.* Pues al día siguiente de encontrar el alegre *Soltero,* se vieron ballenas *y* se mataron cuatro, y una de ellas la mató Ahab.

Era a la tarde bien avanzada, y cuando acabaron todas las lanzadas del rojo combate, *y,* flotando en el delicioso mar *y* cielo del poniente, el sol y el pez murieron sosegadamente a la vez; entonces, en ese aire rosado se elevaron, rizándose, tal dulzura y tal quejumbre, tales oraciones entrelazadas, que casi pareció como si, desde muy lejos, desde los profundos y verdes valles conventuales de las islas de Manila, la brisa de tierra española, hecha marinera por extravagancia, se hubiera hecho a la mar, cargada de esos himnos de vísperas.

Ablandado otra vez, pero sólo ablandado para mayor tristeza, Ahab, que se había apartado del cetáceo, se sentó a observar atentamente su extinción desde la lancha ya tranquila. Pues ese extraño espectáculo que se observa en todos los cachalotes agonizantes -volver la cabeza hacia el

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

sol, y expirar así-, ese extraño espectáculo, observando en tan plácido atardecer, le imponía a Ahab, sin saberse cómo, una sensación de prodigio hasta entonces desconocida.

«Se vuelve y vuelve hacia el sol -qué lentamente, pero qué firmeza-, su frente homenajeadora e invocadora, con sus últimos ademanes de agonía. Él también adora el fuego; ¡fidelísimo, amplio, baronial vasallo del sol! ¡Ah, que estos ojos míos, demasiado favorecedores, hayan de ver estas visiones demasiado favorecedoras! ¡Mira! que, muy recluida en medio de las aguas; más allá de todo bien o ~, al humano; en esos mares tan sinceros e imparciales; donde ni tradiciones ni rocas ofrecen tablas escritas; donde, durante largas eras chinas, las olas se han mecido sin hablar y sin que les hablaran, como estrellas que brillan sobre la desconocida fuente del Níger; aquí, también, la vida muere vuelta hacia el sol, llena de fe; pero :mira' apenas muerta, la muerte gira en torno al cadáver y lo orienta de algún otro modo.

»Ah, tú, oscura mitad india de la naturaleza, que con huesos de ahogados has construido, no se sabe dónde, tu trono apartado en el corazón de estos mares sin vegetación; tú eres una descreída, oh, reina, *y me* hablas con excesiva veracidad en el tifón ampliamente matador, y en el callado funeral de la calma que le sucede. Y no sin lección para mí ha vuelto esta agonizante ballena la cabeza hacia el sol, luego ha dado otra vuelta.

» ¡Ah, caldera de energía, tres veces rodeada de aros de metal y soldada! ¡Ah, chorro irisado de alta aspiración! Aquélla la esfuerzas, éste lo lanzas en vano. En vano, oh ballena, buscas intercesiones de aquel sol que todo lo vivifica, que sólo da lugar a la vida, pero no la vuelve a producir. Y sin embargo, tú, mitad más oscura, me meces con una fe más orgullosa, aunque más sombría. Todas tus innombrables mixturas flotan aquí debajo de mí; me hacen flotar hálitos de cosas antaño vivas, exhalados como aire, pero que ahora son agua.

»Entonces, ¡salve, para siempre salve, oh, mar, en cuyos eternos zarandeos encuentra su único reposo el ave salvaje! Nacido yo de la tierra, pero amamantado por el mar: aunque montaña y valle me parieron, ¡vosotras, olas, sois mis hermanas adoptivas!»

La guardia a la ballena

CAPITULO CXVII

Los cuatro cetáceos muertos aquella tarde habían muerto muy alejados: uno, muy a barlovento; otro, menos distante, a sotavento, uno, a proa; otro, a popa. Estos tres últimos se arrimaron al costado antes de que cayera la noche, pero el de barlovento no pudo alcanzarse hasta por la mañana, y la lancha que lo había matado quedó a su lado toda la noche; y esa lancha era la de Ahab.

El palo de marcado se había metido derecho en el agujero del chorro de la ballena, y el farol que colgaba de lo alto de él lanzaba un turbado fulgor tembloroso sobre el negro *y* brillante lomo, *y,* a lo lejos, sobre las olas de medianoche, que golpeaban suavemente el ancho flanco de la ballena, como suaves oleadas en una playa.

Ahab y todos los tripulantes de su lancha parecían dormidos, menos el Parsi; quien, acurrucado junto a la proa, permanecía observando a los tiburones que jugaban espectralmente en torno a la ballena y daban leves golpes con las colas en las ligeras tablas de cedro. Por el aire corrió, en escalofrío, un sonido como los gemidos en escuadrones, sobre el Asfaltites, de fantasmas condenados de Gomorra.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Sobresaltado de su sopor, Ahab, cara a cara, vio al Parsi; y con el aro, a su alrededor, de la tiniebla nocturna, ambos parecían los últimos hombres en un mundo inundado.

-Lo he vuelto a soñar otra vez -dijo aquél.

-¿Los coches fúnebres? ¿No te he dicho, viejo, que para ti no puede haber coche fúnebre ni ataúd?

-¿Y quién que muera en el mar puede tener coche fúnebre?

-Pero dije, viejo, que antes que puedas morir, debe haber tres á que vean claramente dos coches fúnebres en el mar: el primero no hecho por manos mortales; el segundo, de una madera visible que haya crecido en América.

-¡Sí, sí! Extraña visión ésa, Parsi; un coche fúnebre y sus plumas flotando por el océano, con las olas como portadoras. ¡Ah! No veremos pronto tal espectáculo.

-Lo creas o no, no puedes morir hasta que se vea, viejo.

-¿Y qué era eso que decías de ti?

-Aunque sea al fin, yo todavía iré por delante, como tu piloto.

-Y cuando te hayas ido por delante..., si ocurre eso jamás..., entonces, antes que te pueda seguir, ¿debes aparecérteme para seguirme pilotando? ¿No era eso? Bueno, ¡entonces, si yo creyese todo lo que dices, oh, mi piloto! Tengo aquí dos prendas de que todavía mataré a Moby Dick y sobreviviré.

-Toma otra prenda, viejo -dijo el Parsi, mientras sus ojos se encendían como luciérnagas en la tiniebla-: Sólo te puede matar el cáñamo.

-La horca, quieres decir: entonces, soy inmortal, por tierra y por mar -gritó Ahab, con una carcajada de burla-: ¡Inmortal por tierra y por mar!

Ambos quedaron otra vez callados, como un solo hombre. Llegó alba gris; la tripulación soñolienta se levantó del fondo de la lana, y antes de mediodía, la ballena muerta quedaba junto al barco.

El cuadrante

CAPITULO CXVIII

Por fin se acercaba la temporada de pesca del ecuador, y todos los días, cuando Ahab salía de su cabina y levantaba los ojos arriba, vigilante timonel movía ostentosamente las cabillas del timón, *y* ávidos marineros corrían rápidamente a las brazas, y se quedaran allí con los ojos concéntricamente fijos en el doblón clavado; impacientes de la orden de poner proa al barco hacia el ecuador. En su momento, llegó la orden. Era casi mediodía, y Ahab, sentado en la proa de su lancha izada bien alto, se puso a tomar su usual observación diaria del sol para determinar su latitud.

Ahora, en ese mar del Japón, los días de verano son como torrentes de refulgencias. Ese sol del Japón, vivido sin pestañear, parece el foco ardiente de la inconmensurable lente del océano brillante. El cielo parece lacado; no hay nubes; el horizonte se difama, y su desnudez de radiosidad sin alivio es como los insufribles esplendores del trono de Dios. Suerte que el cuadrante de Ahab estuviera provisto de cristales de color, a través de los cuales observar ese fuego solar. Así, balanceando su figura sentada con el vaivén de la nave, y con su instrumento,

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

como de astrólogo, colocado ante el ojo, se quedó en esa postura unos momentos necesarios para captar el preciso instante en que el sol alcanzara su meridiano exacto. Mientras que toda su atenuación estaba absorbida, el Parsi se arrodillaba abajo, en la cubierta del barco y, con la cara vuelta hacia arriba, como la de Ahab, observaba el mismo sol con él, sólo que los párpados de sus ojos medio recubrían sus órbitas, y su salvaje rostro estaba sometido a un desapasionamiento terrestre. Por fin se tomó la observación deseada; y con el lápiz en su pierna de marfil, pronto calculó Ahab cuál debía ser su latitud en ese momento exacto. Entonces, cayendo en un rato de ensueño, volvió a levantar la mirada al sol, y murmuró para sí:

« ¡Necio juguete! ¡Diversión pueril de altaneros almirantes, comodoros *y* capitanes! El mundo se jacta de ti, de tu astucia *y* poder; pero, después de todo, ¿qué puedes tú sino decir el pobre punto lastimoso donde tú mismo te encuentras por casualidad sobre este ancho planeta, y donde está la mano que te sostiene? ¡No, ni una jota más! No puedes decir dónde estará mañana al mediodía una gota de agua o un solo grano de arena; ¡y sin embargo, con toda tu impotencia, insultas al sol! ¡La ciencia! Maldito seas, juguete vano; y malditas sean todas las cosas que elevan los ojos del hombre arriba, hacia el cielo. ¡Maldito seas, cuadrante! -lanzándolo a cubierta-; así te pisoteo, objeto vil que débilmente señalas a, lo alto; ¡así te parto y destrozo!»

Mientras el frenético viejo hablaba así, pisoteando con su pie viejo y su pie muerto, una mueca de triunfo que parecía referirse a Ahab, y una desesperación fatalista que parecía referirse a él mismo, pasaron por la silenciosa e inmóvil cara del Parsi. Sin ser observado, se levantó y se deslizó fuera, mientras, abrumados de terror por el aspecto de su capitán, los marineros se agolparon en el castillo de proa, hasta que Ahab, andando agitado por la cubierta, gritó:

-¡A las brazas! ¡Caña a barlovento!

En un momento, las vergas giraron, y al girar el barco casi sobre sí mismo, sus tres graciosos palos, firmemente asentados y equilibradamente verticales sobre su largo casco acostillado, parecieron los tres Horacios haciendo una pirueta en un solo corcel suficiente para los tres.

Situado entre los «apóstoles», Starbuck observaba la tumultuosa ruta del *Pequod, y* también la de Ahab, que iba tambaleándose por cubierta.

-Me he sentado ante un denso fuego de carbón y lo he visto refulgente, lleno de su atormentada vida llameante; y lo he visto al fin desvanecerse, bajando, bajando hasta el más mudo polvo. ¡Viejo de los océanos! De toda esta tu vida impetuosa, ¡qué quedará por fin sino un montoncito de cenizas!

-Eso es -gritó Stubb-, pero cenizas de carbón de mar, no lo olvide, señor Starbuck; carbón de mar, no el vulgar carbón de leña. Bueno, bueno; he oído murmurar a Ahab: «Ahora, alguien me ha puesto estas cartas en mis viejas manos, y ha jurado que debo ser yo quien las juegue, y no otro». Y ¡maldito sea yo, Ahab, si no haces bien! ¡Vive en el juego, y muere en juego!

Las candelas

CAPITULO CXIX

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Los climas más cálidos ocultan las más crueles garras: el tigre de Bengala se esconde en perfumados bosquecillos de verdor incesante.

Los cielos más refulgentes no son sino un cesto de los más letales truenos; la espléndida Cuba conoce ciclones que jamás barren los mansos países norteños. Así también ocurre que en esos resplandecientes mares del Japón el navegante encuentra la más terrible de todas las tormentas, el tifón. A veces estalla desde ese cielo sin nubes, como una bomba que estalla sobre una ciudad deslumbrada y soñolienta.

Hacia la caída de la tarde de ese día, el *Pequod* tenía desgarrado el velamen, y quedó a palo seco para combatir contra un tifón que le había golpeado directamente de cara. Cuando llegó la tiniebla, el cielo y el mar rugían *y* se partían de truenos, *y* destellaban de rayos que mostraban los palos inutilizados, ondeando acá y allá los jirones que la primera furia de la tempestad había dejado para divertirse después.

Agarrado a un obenque, Starbuck estaba en el alcázar, y a cada, destello de los rayos miraba arriba para ver qué nuevo desastre podría haber ocurrido entre los intrincados aparejos de allá, mientras Stubb *y* Flask dirigían a los marineros que izaban más alto *y ama*rraban más firme las lanchas. Pero todos sus trabajos parecían inútiles. Aunque elevada hasta el extremo de sus pescantes, la lancha de popa a sotavento (la de Ahab) no se salvó. Una gran ola levantada, lanzándose desde muy alto contra el elevado costado del barco tambaleante, destrozó el fondo de la lancha por la popa, y la dejó luego toda goteante como un cedazo.

-¡Mal trabajo, mal trabajo! Señor Starbuck -dijo Stubb, contemplando la ruina-: el mar se saldrá con la suya. Stubb, por su parte, no puede pelear con él. Ya ve, señor Starbuck, una ola tiene mucha carrerilla tomada antes de saltar; corre alrededor del mundo entero, ¡y luego viene el salto! En cambio por mi parte, toda la carrerilla que puedo tomar contra ella es sólo a lo largo de esta cubierta. Pero no importa: todo es en broma: así dice la vieja canción *(canta):*

Oh, qué alegre es la tormenta;
la ballena está contenta
su gran cola al agitar:
qué gracioso, hermoso,
gozoso, mimoso, cariñoso
es el mar, es el mar, es el mar.

El nublado va volando,
con un solo golpe blando
tanta espuma al levantar:
qué gracioso, hermoso, gozoso, mimoso, cariñoso
es el mar, es el mar, es el mar.
El trueno parte la nave:
se relame y bien le sabe
al probar ese manjar:
qué gracioso, hermoso, gozoso, mimoso, cariñoso
es el mar, es el mar, es el mar.

-Basta, Stubb -gritó Starbuck-: que cante el tifón, y que toque el arpa en nuestras jarcias, pero usted, si es hombre valiente, estése callado,

-Pero yo no soy valiente; nunca he dicho que fuera valiente: soy cobarde, y canto para no

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

perder el ánimo. Y le diré lo que pasa, señor Starbuck: no hay modo de parar mi canción en este mundo, sino cortándome el cuello. Y una vez hecho eso, apuesto diez a uno que le cantaré de remate un himno de acción de gracias.

-¡Loco! Mire por mis ojos, si no los tiene usted.

-¡Qué! ¿Cómo puede, en una noche oscura, ver mejor que otro, por tonto que sea?

-¡Eso! -gritó Starbuck, agarrando a Stubb por el hombro, y señalando con la mano a proa hacia barlovento-: ¿no ve que la galerna viene del este, el mismo rumbo que tiene que recorrer Ahab hacia Moby Dick?, ¿el mismo rumbo que tomó hoy a mediodía? Ahora fíjese en esta lancha: ¿dónde está desfondada? En las planchas de popa: donde él suele ponerse... ¡Su punto de apoyo se ha desfondado, hombre! Ahora, ¡salte por la borda y échelo en canciones, si puede!

-No lo entiendo ni a medias: ¿qué hay en el viento?

-Sí, sí, doblando el cabo de Buena Esperanza es el camino más corto a Nantucket -monologó de repente Starbuck, sin atender a la pregunta de Stubb-: La galerna que ahora nos martilla para desfondarnos, la podemos convertir en un viento propicio que nos llevará a casa. Allá, a barlovento, todo es negrura de condenación; pero a sotavento, hacia casa..., veo que por allí aclara, y no con relámpagos.

En este momento, en uno de los intervalos de profunda oscuridad que seguían a los rayos, se oyó una voz a su lado, y casi en el mismo instante resonó en lo alto una salva de truenos.

-¿Quien va?

-¡El viejo Trueno! -dijo Ahab, avanzando a tientas por las bacayolas hasta su agujero de pivote, pero de repente encontró que le hacían visible el camino bifurcadas lanzas de fuego.

Ahora, así como en tierra firme un pararrayos en una torre está destinado a desviar al suelo el peligroso fluido, igualmente la varilla semejante que llevan algunos barcos en cada palo está destinada a llevarlo al agua. Pero como este conductor debe bajar a considerable profundidad para que su extremo evite todo contacto con el casco, y además, si se llevara continuamente a remolque daría lugar a muchas desgracias, aparte de interferir no poco con parte de las jarcias y estorbar más o menos el avance del barco por el agua, por todo ello, las partes inferiores de los pararrayos de un barco no siempre están dispuestas en largas cadenas de eslabones delgados para ser más rápidamente haladas a los cadenotes de fuera, o echadas al mar, según lo requiera la ocasión.

-¡Los pararrayos, los pararrayos! -gritó Starbuck a los tripulantes, repentinamente requerido a la vigilancia por la vívida exhalación que acababa de disparar antorchas para alumbrar hasta su sitio a Ahab-• ¿Están a bordo? Fondeadlos, a popa y a proa. ¡Deprisa!

¡Alto! -gritó Ahab-: vamos aquí a jugar limpio, aunque estemos en el lado más débil. Sin embargo, contribuiré para que se pongan pararrayos en el Himalaya y en los Andes, para que todo el mundo quede a salvo, pero ¡nada de privilegios! Déjalos estar.

-¡Mire allá arriba! -gritó Starbuck-. ¡El fuego de san Telmo!

Todos los penoles tenían puntas de un pálido fuego, y, tocados en cada uno de los extremos trifurcados de los pararrayos por tres puntiagudas llamas blancas, los tres mástiles ardían silenciosamente en ese aire sulfuroso, como tres gigantescos cirios de cera ante un altar.

-¡Condenada lancha!, ¡que se vaya! -gritó Stubb en ese momento, mientras una destructora oleada se levantaba debajo mismo de su pequeña embarcación, de tal modo que la regala le golpeó violentamente en la mano, mientras él le pasaba una trinca- ¡Maldita sea! -pero al resbalar hacia atrás por la cubierta, sus ojos alzados vieron las llamas, y cambiando inmediatamente de tono, exclamó-: ¡Que san Telmo tenga misericordia de todos nosotros!

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Para los marineros, las maldiciones son palabras domésticas; juran en el éxtasis de la calma, y en las fauces de la tempestad; imprecan maldiciones desde los penoles de gavia, cuando más se balancean sobre un mar furioso; pero, en todos mis viajes, raramente he oído un juramento vulgar cuando el ardiente dedo de Dios se posa en el barco, *y* su *«Mane, Tecel, Fare »* se entreteje en los obenques *y* la cabullería.

Mientras arriba ardía ese pálido fuego, se oyeron pocas palabras entre la hechizada tripulación, que, en un solo grupo apretado, estaba en el castillo de proa, con todos los ojos centelleantes en esa pálida fosforescencia, como una remota constelación. Recortado contra la espectral luz, el gigantesco negro de azabache, Daggoo, se elevaba hasta el triple de su estatura verdadera, y parecía la nube negra de que había salido el trueno. La boca entreabierta de Tashtego mostraba sus dientes blancos de tiburón que destellaban extrañamente, como si también tuvieran fuegos de san Telmo en las puntas; en tanto que, iluminado por la luz sobrenatural, el tatuaje de Queequeg ardía como satánicas llamas azules en su cuerpo.

La escena se desvaneció al fin con la pálida luz de arriba, y una vez más, el *Pequod y* todas las almas en cubierta quedaron envueltos en un sudario. Pasaron unos momentos, y Starbuck, al ir a proa, tropezó con alguien. Era Stubb.

-¿Qué piensa ahora, hombre? He oído el grito: no era lo mismo que en la canción.

-No, no lo era. Dije que san Telmo tenga misericordia de todos nosotros, y espero que la tendrá. Pero ¿tiene misericordia solamente de las caras largas? ¿No tiene tripas para reír? Y mire, señor Starbuck... Pero está demasiado oscuro para mirar. Óigame, entonces: considero que esa llama que hemos visto en los palos es una señal de buena suerte, pues esos palos están arraigados en una sentina que va a estar rebosante de aceite de esperma, *ya ve; y así,* todo ese aceite se subirá por los palos, como la savia en un árbol. Sí, nuestros tres palos serán como tres candelas de aceite de esperma: ésa es la buena promesa que hemos visto.

En ese momento Starbuck distinguió la cara de Stubb, que lentamente empezaba a entreverse con luz. Mirando arriba, gritó:

-¡Ved, ved!

Y una vez más, las altas llamas puntiagudas se observaron con lo que parecía redoblada sobrenaturalidad en su palidez.

-San Telmo tenga misericordia de todos nosotros -volvió a gritar Stubb.

En la base del palo mayor, debajo mismo del doblón y la llama, el Parsi estaba arrodillado delante de Ahab, pero con la cara desviada de él; mientras que cerca, desde los arqueados y colgantes obenques donde acababan de ocuparse en aferrar una jarcia que colgaba, un grupo de marineros, inmovilizados por el fulgor, se habían reunido y colgaban pendularmente, como un enjambre de avispas ateridas en la rama inclinada de un frutal. En variadas actitudes hechizadas, como los esqueletos de Herculanum, de pie, marchando o corriendo, otros habían quedado enraizados a la cubierta, pero todos con los ojos en lo alto.

-¡Eso, eso, muchachos! -gritó Ahab-. ¡Levantad los ojos, miradlo bien! ¡La llama blanca no hace más que alumbrar el camino hacia la ballena blanca! Dadme esa cadena del palo mayor: querría tomarle el pulso y hacer que el mío latiera contra ella: ¡sangre contra fuego! Así.

Luego se volvió, con el último eslabón bien sujeto en la mano, puso el pie sobre el Parsi, *y, con* los ojos fijos en lo alto *y* el brazo derecho extendido hacia arriba, quedó erguido ante la elevada trinidad trifurcada de llamas.

-¡Ah tú, claro espíritu del claro fuego, a quien en estos mares yo adoré antaño como persa, hasta que me quemaste tanto en el acto sacramental que sigo llevando ahora la cicatriz! Te

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

conozco, y ahora conozco que tu auténtica adoración es el desafío. No has de ser propicio ni al amor ni a la reverencia; e incluso al odio, no puedes sino matarlo, y todos ellos son matados. No hay necio sin miedo que ahora te haga frente. Yo confieso tu poder mudo y sin lugar, pero hasta el último hálito de mi terremoto, la vida disputará el señorío incondicional e integral sobre mí. En medio de lo impersonal personificado, aquí hay una personalidad. Aunque sólo un punto, como máximo: de donde quiera que haya venido; a donde quiera que vaya; pero mientras vivo terrenalmente, esa personalidad, como una reina, vive en mí, y siente sus reales derechos. Pero la guerra es dolor, *y* el odio es sufrimiento. Ven a tu más baja forma de amor, *y* me arrodillaré ante ti y te besaré; pero en tu punto más alto, ven como mero poder de arriba; y aunque lances armadas de mundos cargados hasta los topes, hay algo aquí que sigue indiferente. Ah tú, claro espíritu, de tu fuego me hiciste, y, como auténtico hijo del fuego, te lo devuelvo en mi aliento.

(Súbitos, repetidos destellos de rayos; las nueve llamas se alzan a lo largo hasta tres veces su anterior altura; Ahab, con los demás, cierra los ojos, y se los aprieta fuertemente con la mano derecha.)

-Confieso tu poder sin lenguaje ni lugar; ¿no lo he dicho así? Y eso no se me arrancó a la fuerza, ni ahora suelto estos eslabones. Puedes cegar, pero entonces puedo andar a tientas. Puedes consumir, pero entonces puedo ser cenizas. Recibe el homenaje de estos pobres ojos, y estas manos que los cubren. Yo no lo recibiría. Los rayos destellan a través de mi cráneo; mis ojos me duelen cada vez más; todo mi sacudido cerebro parece como degollado, y balanceándose sobre un terreno que lo aturde. ¡Ah, ah! Pero aun cegado, te seguiré hablando. Aunque seas luz, saltas saliendo de la tiniebla; ¡pero yo soy tiniebla que sale de la luz, que salta de ti! Cesan esas jabalinas; abríos, ojos; ¿veis o no? ¡Ahí arden las llamas! ¡Ah, magnánimo! Ahora me glorio de mi genealogía. Pero tú eres sólo mi padre feroz: a mi dulce madre no la conozco. ¡Ah, cruel!, ¿qué has hecho de ella? Ahí está mi enigma: pero el tuyo es mayor. Tú no sabes cómo has nacido, y por ello te llamas inengendrado; ciertamente no conoces tu comienzo, y por ello te llamas incomenzado. Yo conozco de mí lo que tú no conoces de ti mismo, oh tú, omnipotente. Hay algo que no se difunde más allá de ti, oh tú, claro espíritu, para quien toda tu eternidad no es sino tiempo, y toda tu creatividad es mecánica. A través de ti, de tu ser llameante, mis ojos abrasados te ven confusamente. Ah tú, fuego expósito, ermitaño inmemorial, tú también tienes tu enigma incomunicable, tu dolor sin participación. Otra vez aquí con mi altiva agonía, leo a mi progenitor. ¡Salta, salta y lame el cielo! Yo salto contigo; ardo contigo; querría soldarme contigo; ¡te adoro en desafío!

-¡La lancha, la lancha! -gritó Starbuck-: ¡mira tu lancha, viejo!

El arpón de Ahab, el forjado en el fuego de Perth, permanecía firmemente amarrado en su visible horquilla, de modo que salía más allá de la proa de su lancha, pero el mar que la había desfondado había hecho que se le cayera la floja vaina de cuero, y del agudo filo de acero ahora salía una llama horizontal de pálido fuego bifurcado. Mientras el silencioso arpón ardía allí como una lengua de serpiente, Starbuck agarró a Ahab por el brazo:

-¡Dios, Dios está contra ti, viejo! ¡Abandona! ¡Es un mal viaje! ¡Mal empezado, mal continuado! ¡Déjame bracear las vergas, mientras podemos, viejo, y convertir esto en un buen viento de regreso, para hacer mejor viaje que éste!

Al escuchar a Starbuck, la tripulación aterrorizada corrió al momento a las vergas; aunque no se izó una sola vela. Por un momento, todos los pensamientos del horrorizado oficial parecieron suyos, y levantaron una gritería casi de motín. Pero Ahab, tirando a cubierta las chasqueantes cadenas, y agarrando el arpón ardiente, lo blandió como una antorcha entre ellos,

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

jurando que atravesaría al primer marinero que largara la punta de un cabo. Petrificados por su aspecto, y aún más aterrorizados por el feroz dardo que sostenía, los hombres se echaron atrás con consternación, y Ahab volvió a hablar:

-Todos vuestros juramentos de perseguir a la ballena blanca son tan obligatorios como el mío; y, en corazón, alma, cuerpo, pulmones y vida, el viejo Ahab está comprometido. Y para que podáis saber a qué compás late este corazón, mirad aquí: así apago de un soplo el último temor.

Y de un solo aliento, extinguió la llama.

Como, bajo el huracán que barre la llanura, los hombres huyen de la vecindad de algún gigantesco olmo solitario, cuya misma altura y robustez lo hacen mucho más inseguro, como mejor blanco para los rayos, así, ante estas últimas palabras de Ahab, muchos de los marineros huyeron de él corriendo en pánico consternado.

La cubierta, hacia el final del primer cuarto de guardia de noche

CAPÍTULO CXX

AHAB, *de pie junto al timón.* STARBUCK, *acercándose a él*

-Capitán, debemos arriar la verga de gavia. La faja de rizos se está soltando, y el amantillo de sotavento está medio deshecho, ¿la arrío?

-No arríes nada; amárralo. Si tuviera espigas de mastelerillo de sosobre, las guindaría ahora.

-¡Capitán! ¡En nombre de Dios, capitán!

-¿Qué pasa?

-Las anclas ceden, capitán. ¿Las izo a bordo?

-No arríes nada, no muevas nada, sino amárralo todo. El viento se levanta, pero todavía no ha llegado a mis mesetas. Rápido, y ocúpate de eso. ¡Por mástiles y quillas! Me toma por el patrón jorobado de algún pesquero de cabotaje. ¡Arriar la verga de gavia! ¡Vaya pegotes! Los palos de galleta más alta se han hecho para los vientos más salvajes, y la galleta de mis sesos ahora avanza navegando entre el nublado. ¿Voy a arriarla? Ah, solamente los cobardes arrían las vergas de los sesos en tiempo de tempestad. ¡Qué estrépito hay allí arriba! Lo tomaría por sublime, si no supiera que el cólico es una enfermedad ruidosa. ¡Ah, toma medicina, toma medicina!

STUBB y FLASK, *en lo alto, reforzando amarras a las anclas allí pendientes*

-No, Stubb, podrá golpear ese nudo todo lo que le plazca, pero jamás me hará entrar a golpes lo que acaba de decir. ¿Y cuánto tiempo hace que ha dicho exactamente lo contrario? ¿No decía una vez que el barco en que navegue Ahab tendría que pagar algo extra de póliza de seguro, como si estuviera cargado de barriles de pólvora a popa y cajas de fósforos a proa? Vamos a ver; ¿no decía eso?

-Bueno, supongamos que sí. ¿Y qué? En parte, he cambiado de carne desde entonces: ¿por qué no de pensamiento? Además, suponiendo que estemos cargados de barriles de pólvora a popa y cajas de fósforos a proa, ¿cómo diablos iban a prenderse los fósforos en esta lluvia que nos cala? Vea, amiguito, usted, con su bonito pelo rojo, no podría ahora prenderse fuego. Sacúdase, Flask; es Acuario, el Aguador: podría llenar cántaros en el cuello del capote. ¿No ve, entonces, que para esos peligros extra, las compañías de seguros marítimos tienen garantías extra? Aquí

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

están las bocas de agua, Flask. Pero escuche, otra vez, y le contestaré a lo otro. Pero primero quite la pierna de esa cruz de ancla, para que pueda pasar el cabo; y ahora escuche. ¿Cuál es la gran diferencia entre levantar en la tormenta un pararrayos de mástil, o estar en una tormenta al lado de un mástil que no tiene en absoluto pararrayos? ¿No ve, cabeza de leño, que no le puede pasar nada al que sostiene el pararrayos, si antes no cae el rayo en el mástil? ¿De qué habla entonces? Ni un barco de cada cien lleva pararrayos, *y* Ahab -sí, hombre, *y* todos nosotros- no estábamos en mayor peligro, en mi pobre opinión, que todos los tripulantes de diez mil barcos que ahora navegan por el mar. Vaya, «Puntal», supongo que usted haría que todos en el mundo fueran por ahí con un pequeño pararrayos saliendo del pico del sombrero, como esa pluma de asador de un oficial de la milicia, y con el cable arrastrando atrás como la banda. ¿Por qué no es sensato, Flask? Es fácil ser sensato; ¿por qué no lo es, entonces? Cualquier hombre con medio ojo puede ser sensato.

-No lo sé, Stubb. A veces a usted le resulta bastante difícil.

-Sí, cuando uno está calado hasta los huesos, es difícil ser sensato, eso es cierto. Y yo estoy calado con esta lluvia. No importa; doble el cabo ahí, páselo. Me parece que estamos amarrando estas anclas como si no se fueran a usar nunca jamás. Atar estas dos anclas aquí, Flask, parece como atarle a un hombre las manos a la espalda. Y ¡qué manos tan generosas y grandes, desde luego! Son sus puños de hierro, ¿eh? ¡Qué cabida tienen, también! Me pregunto, Flask, si el mundo estará anclado a algo; pero si lo está, tiene un cable extraordinariamente largo. Ea, golpee ese nudo, y hemos terminado. Eso es: después de tocar tierra, lo más satisfactorio es pisar la cubierta. Oiga, ¿quiere retorcerme los faldones del chaquetón? Gracias. Se ríen mucho de los trajes de tierra, Flask, pero me parece que en el mar debía llevarse en las tormentas un frac de colas largas. Las colas, menguando así al bajar, sirven para desviar el agua, ya ve. Y lo mismo con los sombreros de tres picos: los picos forman canalones y gárgolas, Flask. Yo ya no quiero más chaquetones ni suestes: tengo que ponerme unas colas de golondrina y encasquetarme un sombrero de copa: eso. ¡Hola, eh! Ahí sale por la borda mi sueste: ¡Señor, Señor! ¡Que los vientos que vienen del cielo sean tan groseros! Es una noche asquerosa, muchacho.

Medianoche; arriba. Truenos y rayos

CAPÍTULO CXXII
La verga de gavia. TASHTEGO *le pasa alrededor nuevas trincas*

-¡Pon, pon, pon! ¡Basta de truenos! Demasiado trueno hay aquí arriba. ¿Para qué sirven los truenos? Pon, pon, pon. No queremos truenos; queremos ron; dadnos un vaso de ron. ¡Pon, pon, pon!

El mosquete

CAPÍTULO CXXIII

Durante las más violentas sacudidas del tifón, el marinero con la caña de mandíbula *del Pequod* había sido lanzado varias veces tambaleante a la cubierta por sus movimientos espasmódicos, aunque se había sujetado preventivamente la caña con aparejos, porque no se habían tensado, siendo indispensable un poco de juego en el timón.

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

En una galerna fuerte como ésta, mientras el barco no es más que un volante zarandeado por el huracán, no es nada raro ver que las agujas de las brújulas, de vez en cuando, dan vueltas y vueltas. Eso le pasó al *Pequod:* casi a cada sacudida, el timonel no había dejado de observar la velocidad de torbellino con que giraban en la rosa: es un espectáculo que difícilmente puede observar nadie sin alguna suerte de emoción insólita.

Unas horas después de medianoche, el tifón disminuyó tanto, que, con los robustos esfuerzos de Starbuck y Stubb -el uno ocupado a proa, el otro a popa- los desgarrados restos del foque, de la vela de trinquete y de las gavias se cortaron de las vergas, a la deriva, y salieron en remolino a sotavento, como las plumas de un albatros, que a veces se lanzan a los vientos en el vuelo de ese pájaro tan sacudido por las tormentas.

Las tres velas nuevas correspondientes se envergaron *y* rizaron *y* se puso más a proa una cangreja de capa, de modo que pronto el barco volvió a nadar por el agua con cierta precisión, y se dio una vez más al timonel el rumbo -por el momento, Este-Sud-Este- que debía tomar si era posible. Pues, durante la violencia de la galerna, había gobernado conforme a sus vicisitudes. Pero ahora, mientras ponía el barco tan próximo a su rumbo como era posible, mirando al mismo tiempo la brújula, he aquí, ¡buena señal!, que el viento pareció venir de popa: ¡sí, el viento contrario se volvió propicio!

Al momento se bracearon en cruz las vergas, al vivo canto de *¡Ah, el buen viento; ah, ah, fuerza, marineros!,* con los tripulantes cantando de alegría de que tan prometedor acontecimiento hubiera desmentido tan pronto los malos prodigios que lo precedieron.

De acuerdo con la orden constante del capitán -informar inmediatamente, en cualquiera de las veinticuatro horas, sobre cualquier cambio importante en los asuntos de cubierta-, Starbuck, en cuanto orientó las vergas a la brisa -por más que de modo reluctante y sombrío- bajó maquinalmente a dar noticias al capitán Ahab sobre el hecho.

Antes de llamar a la puerta de la cabina, se detuvo involuntariamente un momento ante ella. La lámpara de la cabina -balanceándose largamente a un lado y a otro- ardía de modo irregular, lanzando sombras irregulares sobre la cerrada puerta del viejo, puerta delgada, con postigos cerrados, en lugar de paneles superiores. El aislamiento subterráneo de la cabina hacía que allí reinara cierto silencio zumbador, aunque estaba cercado alrededor por todo el rugido de los elementos. Los mosquetes cargados, en el armero, resaltaban de modo refulgente, erguidos verticalmente contra el mamparo de proa. Starbuck era un hombre honrado y recto, pero, en el momento en que vio los mosquetes, brotó extrañamente del corazón de Starbuck un mal pensamiento, aunque tan mezclado con sus acompañamientos neutrales o buenos, que por el momento apenas lo reconoció como tal.

-Una vez él me iba a disparar -murmuró-; sí, ahí está el mismo mosquete con que me apuntó, el de la culata claveteada; voy a tocarlo... a levantarlo. Es extraño que yo, que he manejado tantas lanzas mortales; es extraño que tiemble ahora así. ¿Cargado? Debo ver. Eso, eso; y pólvora en la cazoleta... eso no está bien. ¿Mejor verterla?... Espera. Me curaré de esto. Agarraré firme el mosquete mientras pienso. Vengo a informarle de un viento propicio. Pero propicio ¿cómo? Propicio para la muerte y la condenación..., eso es propicio para Moby Dick. Viento propicio es el que sólo es propicio para ese pez maldito... El mismo cañón con que me apuntó... el mismísimo, ése... lo tengo aquí; él me iba a matar con lo mismo que tengo ahora... Sí, y le gustaría matar a toda su tripulación. ¿No dice que no arriará las vergas contra ninguna galerna? ¿No ha tirado su cuadrante celeste? Y en estos mismos mares peligrosos ¿no recorre su camino a tientas por la simple estima de la corredera, tan abundante en errores? Y en este mismo

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

tifón, ¿no juró que no quería tener pararrayos? Pero ¿se consentirá mansamente que este viejo loco arrastre consigo a la condenación de todos los tripulantes de un barco? Sí, eso le haría el terco asesino de treinta y tantos hombres, si este barco sufre daño mortal; y mi alma jura que este barco sufrirá daño mortal si Ahab se sale con la suya. Entonces, si en este instante, él fuera... echado a un lado, ese delito no sería suyo. ¡Ah! ¿está murmurando en su sueño? Sí, ahí mismo... ahí, está durmiendo. ¿Durmiendo? Sí, pero todavía vivo, y pronto volverá a despertar. No te puedo soportar, entonces, viejo. Ni razonamientos, ni protestas, ni amenazas quieres escuchar; todo eso lo desprecias. Obediencia absoluta a tus mandatos absolutos, es todo lo que respiras. Sí, y dices que los marineros han jurado tu juramento: dices que todos nosotros somos Ahabs. ¡No lo quiera el gran Dios! Pero ¿no hay otro modo? ¿No hay modo legal? ¿Hacerle prisionero para llevarle al puerto? ¡Qué! ¿tienes esperanzas de arrancar la fuerza viva de este viejo de entre sus propias manos vivas? Sólo un loco lo intentaría. Supongamos que estuviera en grillos; ligado todo él con cabos y estachas; encadenado a cáncamos en el suelo de la cabina: sería entonces más horrible que un tigre enjaulado. No podría yo aguantar ese espectáculo: toda comodidad, el mismo sueño, la inapreciable cordura me abandonarían en el largo e intolerable viaje, ¿Qué queda entonces? La tierra está a centenares de leguas, y la más cercana es el cerrado Japón. Estoy aquí solo en un mar abierto, con dos océanos y un continente entero entre la ley y yo. Eso, eso, así es. ¿Es el cielo un asesino cuando su rayo hiere en la cama a uno que intenta ser un asesino, haciendo cenizas a la vez las sábanas y la piel? ¿Y sería yo un criminal, entonces, si...?

Y de modo lento y furtivo, y mirando de medio lado, apoyó contra la puerta el mosquete cargado.

-A esta altura pende ahí dentro la hamaca de Ahab; su cabeza está en esta dirección. Un toque, y Starbuck sobrevivirá para abrazar otra vez a su mujer y su hijo. ¡Ah, Mary, Mary; niño, niño, niño! Pero si no te despierto a la muerte, viejo, ¿quién puede decir a qué insondadas profundidades se hundirá el cuerpo de Starbuck en la próxima semana, con toda la tripulación? Gran Dios ¿dónde estás? ¿Lo haré, lo haré...? el viento ha caído y ha saltado, capitán; se han erizado y cazado la vela de trinquete y las gavias; el barco sigue el rumbo.

-¡Cía! ¡Ah, Moby Dick, por fin estrecho tu corazón!

Tales fueron los sonidos que ahora salieron violentamente del atormentado sueño del viejo, como si la voz de Starbuck hubiera hecho hablar al sueño largamente mudo.

El mosquete, todavía apuntado, se agitó contra el mamparo como el brazo de un borracho; Starbuck pareció luchar con un ángel; pero, separándose de la puerta, puso en el armero el tubo mortal y abandonó el sitio.

-Señor Stubb, está demasiado dormido; baje a decírselo usted. Yo debo ocuparme aquí de la cubierta. Usted sabe qué decir.

La aguja

CAPITULO CXXIV

A la mañana siguiente, el mar, aún no sosegado, se agitaba en largas y lentas olas de poderosa mole, y, agolpándose en el gorgoteante rastro de Pequod, lo empujaba como las manos extendidas de un gigante. La fuerte brisa sin vacilación era tan abundante que el cielo y el aire parecían vastas velas panzudas: el mundo entero corría viento en popa. Velado en la plena luz matinal, el invisible sol se daba a conocer sólo por la difusa intensidad de su sitio, de donde las

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

bayonetas de sus rayos salían en haces. Por encima de todo reinaban blasones como de coronados reyes y reinas babilónicos. El mar era un crisol de oro fundido, que saltaba en burbujas con luz y calor.

Observando largamente un silencio encantado, Ahab se mantenía aparte, y cada vez que el barco balanceante hacía bajar el bauprés, volvía a mirar los claros rayos del sol lanzados por delante; y cuando se agachaba profundamente por la popa, se volvía atrás, y veía el lugar del sol a retaguardia, y cómo los mismos rayos amarillos se fundían con su estela sin desvío.

-¡Ah, ah, barco mío! Se te podría tomar muy bien por el carro marino del sol. ¡Oh, oh, vosotras, todas las naciones ante mi proa, os llevo el sol! Enyugad aquellas olas: ¡hola! Conduzco el mar como un tiro de caballos.

Pero de repente se refrenó por algún pensamiento contrario, se apresuró al timón, preguntando roncamente qué rumbo llevaba el barco.

-Este-Sud-Este, capitán -dijo el asustado timonel.

¡Mientes! -golpeándole con el puño cerrado-. ¿Rumbo al este a estas horas de la mañana y con el sol a popa?

Ante esto, todo el mundo quedó confundido, pues el fenómeno recién observado de Ahab se les había escapado inexplicablemente a todos los demás, aunque la causa debía ser la misma palpabilidad cegadora.

Metiendo la mitad de la cabeza en la bitácora, Ahab lanzó una ojeada a las brújulas; su brazo levantado cayó lentamente, y por un momento pareció casi tambalearse. Detrás de él, Starbuck miró y ¡ved! las dos brújulas señalaban este, mientras que el ***Pequod,*** sin duda, iba al oeste.

Pero antes que se pudiera extender entre la tripulación la primera alarma loca, el viejo exclamó, con rígida risa:

-¡Ya lo tengo! Ha ocurrido otras veces. Starbuck, los rayos de anoche, han invertido nuestras brújulas... eso es todo. Creo que otras veces habrás oído hablar de tal cosa.

-Sí, capitán, pero no me había ocurrido nunca -dijo sombríamente el pálido oficial.

Aquí es preciso decir que accidentes como éste, en más de un caso, han ocurrido a barcos en violentas tempestades. La energía magnética que se despliega en la aguja de navegar es, como todos saben, esencialmente la misma que la electricidad observada en el cielo, por lo que no hay que asombrarse mucho de que pasen tales cosas. En casos en que el rayo ha caído efectivamente sobre el barco, destruyendo algunas de las vergas y jarcias, el efecto en la aguja ha sido a veces aún más pernicioso: toda su virtud magnética ha quedado aniquilada, de modo que el acero, antes magnetizado, ya no servía más que la aguja de zurcir de una vieja comadre. Pero en un caso y en otro, la aguja nunca vuelve, por sí misma, a recobrar la virtud original así estropeada o perdida; y si son afectadas las brújulas de la bitácora, la misma suerte alcanza a todas las demás que pueda haber en el barco, aun la más profunda, inserta en la sobrequilla.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Plantado deliberadamente ante la bitácora, y observando las agujas invertidas, el viejo, con la punta de la mano extendida, tomó entonces la posición exacta del sol, y se cercioró de que las agujas estaban exactamente invertidas, gritando sus órdenes para que se cambiara en consecuencia el rumbo del barco. Las vergas se pusieron a barlovento, *y* una vez más, el *Pequod* lanzó su impertérrita proa al viento opuesto, pues el que se supuso propicio no había hecho más que burlarse de él.

Mientras tanto, cualesquiera que fueran sus secretos pensamientos, Starbuck no decía nada, sino que daba tranquilamente las órdenes necesarias, mientras Stubb y Flask -que en pequeña medida parecían compartir sus sentimientos- asentían igualmente sin murmurar. En cuanto a los marineros, aunque algunos de ellos gruñían sordamente, su miedo a Ahab era mayor que su miedo al destino. Pero, como siempre, los arponeros paganos permanecieron casi totalmente sin impresionar, o si se impresionaron, fue sólo con un cierto magnetismo metido en sus corazones afines por el inflexible Ahab.

Durante algún tiempo, el viejo recorrió la cubierta en ensueños vacilantes. Pero al resbalar por casualidad con su talón de marfil, vio los aplastados tubos de cobre del cuadrante que el día antes había aplastado contra la cubierta.

-¡Tú, pobre *y* soberbio observador del cielo *y* piloto del sol! Ayer te destrocé, y hoy las brújulas querían haberme destrozado a mí. Eso, eso. Pero Ahab todavía es señor del plano imán. Starbuck, una lanza sin palo, una mandarria y la más pequeña de las agujas del velero. ¡Pronto!

Añadiéndose, quizá, al impulso que dictaba lo que iba a hacer, había ciertos motivos de prudencia cuyo objeto podría haber sido reanimar los ánimos de los tripulantes con un golpe de su sutil habilidad, en un asunto tan prodigioso como el de las brújulas invertidas. Además, el viejo sabía muy bien que seguir el rumbo con agujas invertidas, no era cosa, aunque toscamente practicable, que hubiera de ser admitida por marineros supersticiosos sin algunos estremecimientos y malos presagios.

-Muchachos -dijo, volviéndose firmemente hacia la tripulación, cuando el oficial le entregó las cosas que había perdido-: muchachos, el rayo ha cambiado las agujas del viejo Ahab; pero, con este trozo de acero, Ahab puede hacerse una que señalará tan segura como cualquiera.

Al decir esto, entre los marineros se cambiaron miradas avergonzadas de asombro servil, y con ojos fascinados aguardaron la magia que viniera a continuación. Pero Starbuck apartó la mirada.

Con un golpe de martillo, Ahab sacó de la lanza la punta de acero y luego, dándole al oficial la larga vara de hierro que quedaba, le mandó que la sostuviera derecha sin que tocara la cubierta. Entonces, con el martillo, tras de golpear repetidamente la parte superior de esa vara de hierro, colocó la aguja despuntada en su extremo, y la martilló varias veces, con menos fuerza, mientras el oficial seguía sosteniendo la vara como antes. Luego, realizando varios extraños movimientos con ello -no es seguro si eran indispensables a la magnetización de la aguja, o si estaban simplemente destinados a aumentar la reverencia de los tripulantes- pidió hilo de lino, y, acercándose a la bitácora, sacó las dos agujas invertidas y suspendió horizontalmente la aguja de vela por la mitad sobre una de las rosas de los vientos. Al principio, el acero dio vueltas y vueltas, temblando y vibrando por los dos extremos, pero al fin se fijó en su sitio; entonces Ahab, que había observado atentamente el resultado, se echó atrás decididamente de la bitácora, y señalando a ella con su brazo extendido, exclamó:

-¡Mirad vosotros mismos si Ahab no es señor de la piedra imán! El sol está al este, y esta brújula lo jura.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Uno tras otro se asomaron, pues sólo sus propios ojos podían convencer a una ignorancia como la suya, y uno tras otro se marcharon.

Entonces se vio a Ahab en todo su fatal orgullo, con sus fieros ojos de desprecio y triunfo.

La corredera y el cordel

CAPÍTULO CXXV

En tanto tiempo como el predestinado *Pequod* llevaba navegando en este viaje, la corredera y el cordel se habían usado muy rara vez. Debido a una confianza tranquila en otros medios de determinar la situación de la nave, algunos barcos mercantes y muchos balleneros, especialmente en crucero, desdeñan por completo echar la corredera, aunque al mismo tiempo, y a menudo más por cubrir las formas que por otra cosa, anotan regularmente en la habitual pizarra el rumbo mantenido por el barco, así como la presunta media de avance en cada hora. Así había pasado con el *Pequod*. El carretel de madera, con la angular corredera, pendían, sin tocar desde hace mucho, debajo mismo del pasamanos de las batayolas de popa. Lluvias *y* salpicaduras los habían humedecido; el sol *y* el viento los habían torcido: todos los elementos se habían conjurado para pudrir una cosa que colgaba tan ociosa. Pero sin prestar atención a nada de esto, Ahab fue invadido por su humor, al mirar por casualidad el carretel, pocas horas después de la escena de la brújula, y recordó que ya no había cuadrante, y rememoró su frenético juramento sobre la corredera y el cordel. El barco navegaba a zambullidas; a popa, las olas se mecían amotinadas.

-¡Eh, a proa! ¡Echad la corredera!

Vinieron dos marineros: el tahitiano de tez dorada y el de la isla de Man, con su pelo gris.

-Tomad el carretel, uno de vosotros; yo la echo.

Fueron al extremo de la popa, en el lado de sotavento, donde la cubierta, con la energía oblicua del viento, ahora casi se metía en el cremoso mar que huía de lado.

El de Man tomó el carretel, y sosteniéndolo en alto por los extremos salientes del mango del huso, en torno al cual se enrollaba el ovillo de cordel, se quedó así, con la corredera angular colgando, hasta que Ahab se adelantó hacia él.

Ahab se le puso delante, y ya desenrollaba ligeramente treinta o cuarenta vueltas para hacer un rollo preliminar en la mano y tirarlo por la borda, cuando el viejo de Man, que le observaba atentamente a él y al cordel, se atrevió a hablar.

-Capitán, no me fío de ello; este cordel parece muy pasado; el largo calor y la humedad lo han estropeado.

-Aguantará, señor mío. El largo calor y la humedad ¿acaso te han estropeado a ti? Pareces aguantar. O quizás es más verdad que la vida te aguanta a ti; no tú a ella.

-Yo aguanto el ovillo. Pero como quiera mi capitán. Con este pelo gris que tengo, no vale la pena discutir, sobre todo con un superior, que nunca se dará por vencido.

-¿Qué es eso? Aquí tenemos un catedrático remendado del Colegio de la Reina Naturaleza, de cimientos de granito; pero me parece que es demasiado sumiso. ¿Dónde has nacido?

-En la pequeña y rocosa isla de Man.

-¡Estupendo! Con eso has acertado en el blanco del mundo.

-Yo sólo sé, capitán, que he nacido allí.

-En la isla de Man, ¿eh? Bueno, de la otra manera, está bien. Aquí hay un hombre de

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Man; un hombre nacido en la antaño independiente Man, y ahora sin nada de Man; que es absorbido por... ¿por qué? ¡Arriba con el carrete! La pared cerrada y ciega, al fin choca con todas las cabezas que preguntan. ¡Arriba con él! Así.

Se echó la corredera. Los rollos sueltos se extendieron deprisa en un cordel arrastrado largamente a popa, y luego, al momento, el carretel empezó a girar. A su vez, levantada y bajada en sacudidas por las olas mecidas, la resistencia de la corredera a remolque hacía vacilar extrañamente al viejo del carretel.

-¡Sujeta fuerte!

¡Chac! El cordel, con el exceso de tensión, se extendió en largo festón: la corredera a remolque desapareció.

-Aplasto el cuadrante, el rayo invierte las agujas, y ahora el loco mar se lleva la corredera. Pero Ahab lo puede arreglar todo. Iza acá, tahitiano; tú, el de Man, enrolla. Y mirad que el carpintero haga otra corredera, y arregla tú el cordel. Ocúpate de eso.

-Ahí va ya; para él no ha pasado nada, pero para mí parece que se está saliendo el asador del eje del mundo. ¡Iza, iza, tahitiano! Esos cordeles corren enteros *y* en un momento: vuelven rotos *y* arrastrándose despacio. ¿Eh, Pip? Vienes a ayudar, ¿eh, Pip?

-¿Pip? ¿A quién llama usted Pip? Pip saltó de la lancha, Pip ha desaparecido. Vamos a ver ahora si todavía no le habéis pescado, pescador. Es duro de arrastrar; me parece que se ha agarrado. ¡Sacúdele, tahitiano! Aquí no izamos cobardes a bordo. ¡Oh! Ahí está el brazo, saliendo a flor de agua. ¡Un hacha, un hacha! ¡Córtaselo...! Aquí no izamos cobardes a bordo. ¡Capitán Ahab, capitán!, ahí está Pip, tratando de subir otra vez a bordo.

¡Silencio, loco lunático! -gritó el de Man, agarrándole por el brazo-: ¡Fuera del alcázar!

-El mayor idiota siempre riñe al menor -murmuró Ahab, avanzando-: ¡Quita las manos de esa santidad! ¿Dónde decías que estaba Pip, muchacho?

-¡A popa, ahí, a popa, capitán! ¡Vea, vea!

-¿Y quién eres tú, muchacho? ¡No veo mi reflejo en las pupilas vacías de tus ojos! ¡Oh, Dios!, ¡que el hombre sea una cosa para que le pasen a través de las almas inmortales como por un cedazo! ¿Quién eres, muchacho?

-El campanero, capitán, el pregonero del barco: ¡tin, tan, tin! ¡Pip, Pip, Pip! Cien libras de tierra de recompensa por Pip: cinco pies de altura, aspecto cobarde: ¡se le conoce en seguida por eso! ¡Tin, tan, tin! ¿Quién ha visto a Pip el cobarde?

-No puede haber corazones por encima de la línea de las nieves. ¡Ah, helados cielos, inclinad aquí vuestra mirada! Vosotros engendrasteis a este desventurado niño, y le habéis abandonado, oh creativos libertinos. Aquí, muchacho; la cabina de Ahab será el hogar de Pip en lo sucesivo, mientras viva Ahab. Tú me tocas lo más hondo de las entrañas, muchacho; estás atado a mí por cuerdas tejidas con las fibras de mi corazón. Ven, vamos abajo.

-¿Qué es eso? Aquí hay piel de tiburón aterciopelada -observando atentamente la mano de Ahab, y tocándola-. ¡Ah, ya, si el pobre Pip hubiera tocado sólo una cosa tan cariñosa como ésta, quizá no se habría perdido nunca! Esto me parece, capitán, un guardamancebo: algo a que se pueden agarrar las almas débiles. Ah capitán, haga venir al viejo Perth y que remache juntas estas dos manos, la blanca y la negra, porque no la voy a soltar.

-¡Ah, muchacho, yo tampoco te soltaré, a no ser que con eso te vaya a arrastrar a peores horrores que los de aquí! Ven, entonces, a mi cabina. ¡Ved! los que creéis que en los dioses está toda la bondad, y en el hombre toda la maldad, ¡ved!, ved a los omniscientes dioses olvidados del hombre que sufre; *y* al hombre, aunque idiota *y* sin saber lo que hace, lleno de dulces cosas de

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

cariño y gratitud. ¡Vamos! ¡Me siento más orgulloso llevándote de tu negra mano que si estrechara la de un emperador!

-Ahí van ahora dos chiflados -murmuró el viejo de Man-: uno chiflado de energía, el otro chiflado de debilidad. Pero aquí está el extremo del cordel podrido... todo goteante, además. ¿Arreglarlo, eh? Creo que sería mejor que pusiéramos otro cordel nuevo. Ya hablaré de eso con el señor Stubb.

La boya de salvamento

CAPÍTULO CXXVI

Tomando ahora rumbo a sudeste, según el acero en vilo de Ahab, y con el avance solamente determinado por la corredera de Ahab, el

" *Pequod* continuaba su camino hacia el ecuador. En tan larga travesía, a través de aguas tan poco frecuentadas, sin señalar barcos, y antes de mucho tiempo, impelido por alisios constantes, sobre olas monótonamente benignas, todas estas cosas parecían las cosas extrañamente sosegadas que preludian a alguna escena amotinada y desesperada.

Al fin, cuando el barco se acercó al borde, por decirlo así, de la zona ecuatorial de pesca, y en la profunda oscuridad que precede al alba, navegando junto a un grupo de islotes rocosos, la guardia, mandada entonces por Flask- se sobresaltó con un grito tan í; plañideramente salvaje y sobrenatural -como los gemidos medio articulados de los fantasmas de todos los inocentes asesinados por Herodes- que, como un solo hombre, se sobresaltaron de sus ensueños, y quedaron, durante unos momentos, de pie, sentados o tendidos, todos escuchando en trance, como aquel esclavo romano de la escultura, mientras el loco grito seguía oyéndose. La parte cristiana o civilizada de los tripulantes dijo que eran sirenas, y se estremecieron, pero los arponeros paganos permanecieron impertérritos. Sin embargo, el encanecido hombre de Man -el más viejo de todos los marineros- declaró que los locos ruidos estremecedores que se oían eran las voces de hombres recién ahogados en el mar.

Abajo, en su hamaca, Ahab no oyó nada de esto hasta el gris amanecer, cuando subió a cubierta; entonces se lo contó Flask, no sin acompañarlo de sombrías sugerencias. Él se rió con risa hueca, y explicó así el prodigio: esas islas rocosas que había pasado el barco eran refugio de grandes números de focas, y algunas focas jóvenes que habrían perdido a sus madres, o algunas madres que habrían perdido a sus cachorros, debían haberse acercado al barco, acompañándole, con gritos y gemidos de los suyos, que parecen humanos.

Pero esto no hizo sino afectarles aún más a algunos de ellos, porque la mayor parte de los marineros abrigan un sentimiento muy supersticioso sobre las focas, no sólo por sus peculiares ruidos cuando están en apuros, sino también por el aspecto humano de sus cabezas redondas y seminteligentes, al verse asomando a atisbar, en

T las aguas junto al barco. En ciertas circunstancias, en el mar, se han tomado más de una vez las focas por hombres.

Pero los presentimientos de los tripulantes estaban destinados a recibir una confirmación muy plausible con uno de ellos mismos, aquella mañana. Ese marinero, al salir el sol, se levantó de su hamaca para ir a su cofa en el trinquete, y ahora no es posible saber si fue porque todavía no se había despertado del todo de su sueño (pues los marineros a veces suben en estado de

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

transición), pero, fuera como fuera, no llevaba mucho tiempo en su percha cuando se oyó un grito -un grito y una caída- y, al mirar a lo alto, vieron un fantasma que caía por el aire; y mirando abajo, un montoncito de burbujas acumuladas en el azul del mar.

La boya de salvamento -un largo y estrecho barrilete- fue lanzada desde la popa, donde colgaba siempre, obedeciendo a un hábil resorte: pero no hubo una mano que subiera a agarrarla, y el barrilete quedó tanto tiempo al sol que se encogió de tal modo que se llenó por todos los poros, hasta que el barrilete, claveteado y con aros de hierro, siguió al marinero al fondo, como para darle almohada, aunque bien dura en verdad.

Y así el primer hombre del *Pequod* que subió al palo a otear en busca de la ballena blanca, en la zona propia y peculiar de la ballena blanca, fue tragado por la profundidad. Pero quizá pocos pensaron en ello en ese momento. En efecto, no se sabe por qué, no se afligieron ante este suceso, al menos como cosa portentosa, pues lo consideraron no como presagio de un mal en el futuro, sino como cumplimiento de un mal ya presagiado. Declararon que ahora ya sabían el motivo de esos locos aullidos que habían oído la noche anterior. Pero una vez más, el viejo de Man dijo que no.

Había que reemplazar ahora la boya de salvamento perdida: se dieron instrucciones a Starbuck para que se ocupara de ello, pero como no se encontró un barril de suficiente ligereza, y, con la febril ansiedad de lo que parecía la crisis inminente del viaje, todos los marineros se impacientaban con cualquier trabajo que no estuviera en relación directa con su objetivo final, cualquiera que resultara ser, por todo ello, se iba a dejar la popa del barco desprovista de boya, cuando, con ciertos extraños signos e insinuaciones, Queequeg insinuó algo sobre su ataúd.

-¡Un ataúd por boya de salvamento! -gritó Starbuck, sobresaltado.

-Un poco extraño, yo diría -dijo Stubb.

-Servirá bastante bien -dijo Flask-, el carpintero puede arreglarlo fácilmente.

-Súbelo; no hay otra cosa que sirva -dijo Starbuck, después de una pausa melancólica-. Arréglalo, carpintero, no me mires así... el ataúd, quiero decir. ¿Me oyes? Arréglalo.

-¿Tengo que clavar la tapa, señor Starbuck? -moviendo la mano como un martillo.

-Sí.

-¿Y tengo que calafatear las junturas? -moviendo la mano como con un hierro de calafate.

-Sí.

-¿Y tengo que darle pez por encima? -moviendo la mano como con una olla de pez.

-¡Fuera! ¿Qué te ha entrado para ponerte así? ¡Haz una boya salvavidas con el ataúd, y basta! Señor Stubb, señor Flask; vengan a proa conmigo.

-Se marcha enfurecido. El conjunto, lo puede aguantar; pero las partes le hacen echarse atrás. Ahora, no me gusta esto. Yo le hago una pierna al capitán Ahab, y la lleva como un caballero, pero le hago una caja a Queequeg, y no quiere meter la cabeza dentro. ¿Se van a perder todas mis molestias con este ataúd? Y ahora me mandan que lo convierta en una boya salvavidas. Es como volver un gabán viejo: poner la carne del otro lado, ahora. No me gusta esta tarea de remendón... no me gusta nada; es poco digna; no es mi sitio. Que los muchachos de los leñadores pongan lañas; nosotros estamos por encima de ellos. No me gusta poner manos sino en trabajos limpios, vírgenes, claros y rectos, matemáticos; algo que empieza como es debido por el principio, y está en la mitad cuando se llega a medio camino, y se acaba en la conclusión, no un trabajo de remendón, que se acaba por en medio, y empieza por el final. Es un truco de vieja, dar trabajos de remendón. ¡Señor! qué cariño tienen todas las viejas a los lañadores. Conozco una vieja de sesenta y cinco años que se escapó una vez con un joven lañador calvo. Y ésa es la razón

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

por la que nunca quería yo trabajar para las viejas viudas solitarias de tierra adentro, cuando tenía mi taller en el Vineyard, se les podría haber metido en sus viejas cabezas solitarias escaparse conmigo. Pero ¡ahí va! En el mar no hay más cofias que la espuma de las olas. Vamos a ver. Clavar la tapa, calafatear las junturas, darle pez por encima, ponerle los listones en las costillas, bien cerrados, y colgarlo con el resorte de disparo en la popa del barco. ¿Se han hecho nunca tales cosas con un ataúd? Pues algunos viejos carpinteros supersticiosos se dejarían colgar atados de las jarcias, antes que hacer este trabajo. Pero yo soy de abeto nudoso de Aroostook, yo no me agito. ¡Con un ataúd por baticola! ¡Navegando por ahí con una bandeja de cementerio! Pero no importa. Los que trabajamos la madera, hacemos camas de matrimonio y mesas de juego, igual que ataúdes y coches fúnebres. Trabajamos por la mesada, o por encargo o a destajo; *y* no es cosa nuestra preguntar el por qué *y* para qué de nuestro trabajo, a no ser que sea una cosa de remendón demasiado condenada, y entonces si podemos nos lo quitamos de encima. ¡Ejem! Ahora haré este trabajo con cariño. Pondré... vamos a ver... ¿cuántos hay en la tripulación del barco, en total? Pero se me ha olvidado. De cualquier modo, haré treinta cables salvavidas separados, con nudos de cabeza de turco, cada cual de tres pies de largo, cabalgando alrededor del ataúd. Entonces, si el casco se va a pique, habrá treinta tipos animados peleando por un solo ataúd, ¡un espectáculo que no se ve a menudo bajo el sol! ¡Vengan martillo, hierro de calafate, olla de pez y pasador! Vamos a ello.

En cubierta

CAPÍTULO *CXXVII*

El ataúd, puesto sobre dos barriletes de cable, entre el banco de los tornillos y la escotilla abierta; el carpintero, calafateando las junturas, con la ristra de estopa retorcida saliendo lentamente de un gran rollo metido en el pecho de la blusa. AHAB sale lentamente por la porta de la cabina, y oye a Pip que le sigue.

-¡Atrás, muchacho! En seguida vuelvo contigo. ¡Allá va! Ni esta mano obedece a mi humor más dócilmente que ese muchacho. ¡La nave central de una iglesia! ¿Qué hay ahí?

-Boya de salvamento, capitán. Órdenes del señor Starbuck.

¡Eh, mire, capitán! Cuidado con la escotilla.

-Gracias, hombre. Tu ataúd está muy cerca de la fosa. -¿Capitán? ¿La escotilla? ¡Ah, así es, capitán, así es!

-¿No eres tú el fabricante de piernas? Mira, ¿este muñón no procede de tu taller?

-Creo que sí, capitán: ¿aguanta bien el zuncho?

-Bastante bien. Pero ¿no eres también el enterrador?

-Sí, señor; yo arreglé esta cosa de aquí como ataúd para Queequeg, pero ahora me han puesto a convertirla en otra cosa. -Entonces, dime: ¿no eres un redomado entremetido intruso, un monopolizador pícaro impío, para estar un día haciendo piernas *y* al otro día ataúdes para encerrarlas, *y* luego boyas salvavidas con esos mismos ataúdes? Tienes la misma falta de

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

principios que los dioses, y eres un enredador para todo, igual que ellos.

-Pero yo no lo hago con intención, capitán. Lo hago por hacer.

-Como los dioses, también. Escucha, ¿no cantas siempre, cuando trabajas en un ataúd? Los titanes, según dicen, canturreaban melodías cuando hacían astillas los cráteres para convertirlos en volcanes, y el sepulturero de la función canta azada en mano. ¿No lo haces tú?

-¿Cantar, capitán? ¿Canto yo? Ah, en eso soy bastante mediano; pero el motivo por el que el sepulturero hacía música debe ser porque su azada no la tenía. Pero el mazo de calafate está lleno de música. Escúchelo.

-Sí, *y* eso es porque la tapa hace de caja de resonancia, *y* lo que convierte todas las cosas en caja de resonancia es esto... que no hay - nada debajo. Y sin embargo, un ataúd con un cuerpo dentro suena poco más o menos lo mismo, carpintero. ¿Alguna vez has ayudado a llevar un féretro, y has oído el ataúd chocando con la verja del cementerio, al entrar?

-A fe, capitán, yo...

-¿Fe? ¿Eso qué es?

-Bueno, pues eso de a fe, es sólo una especie de exclamación... eso es todo, capitán.

-Hum, hum; sigue.

-Iba a decir que...

-¿Eres un gusano de seda? ¿Tejes tu propio sudario sacándotelo de ti mismo? ¡Mírate el pecho! ¡Despáchate! Y haz desaparecer estos trastos...

-Se va a popa. Ha sido repentino, esta vez; pero en las latitudes cálidas, los chubascos vienen de repente. He oído decir que la isla de Albemarle, una de los Galápagos, está cortada por la mitad por el ecuador. Me parece que a ese viejo le corta una especie de ecuador, también, por la mitad. Siempre está en la línea... ferozmente cálido, os lo aseguro. Mira para acá... vamos, estopa; deprisa. Ya vamos otra vez. Este mazo de madera es el tapón, *y yo soy* el profesor de vasos musicales... ¡tac, tac!

AHAB, *para sí mismo*

-¡Qué espectáculo! ¡Qué ruido! ¡El encanecido pájaro carpintero golpeando en el árbol hueco! Los ciegos y los mudos pueden ser ahora bien envidiados. ¡Ved! esa cosa descansa en dos barriletes de cabo, llenos de cabos balleneros. Un tipo muy maligno, ese hombre. ¡Tac, tac! ¡Así es el tictac de los segundos del hombre! ¡Ah, qué inmateriales son todos los materiales! ¿Qué cosas reales hay, sino los pensamientos imponderables? Aquí está ahora el mismísimo símbolo temido de la muerte terrible, que, por puro azar, se convierte en el signo expresivo de la ayuda y la esperanza de la vida más en peligro. ¡Una boya salvavidas hecha de un ataúd! ¿Va aún más allá? ¿Podrá ocurrir que, en algún sentido espiritual, el ataúd sea, después de todo, el preservador de la inmortalidad? Pensaré sobre esto. Pero no. Tanto he avanzado por el lado oscuro de la tierra, que su otro lado, el claro y teórico, me parece sólo un crepúsculo incierto. ¿No acabarás nunca, carpintero, con ese ruido maldito? Me voy abajo; que no vea aquí esto cuando vuelva. Ahora, Pip, hablaremos de esto: de ti absorbo maravillosas filosofias. ¡Algunos desconocidos conductos de los mundos desconocidos deben vaciarse en ti!

El Pequod* encuentra al *Raquel

CAPITULO CXXVIII

Al día siguiente se avistó un gran barco, el *Raquel*, que se dirigía derecho hacia el

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Pequod, con toda la arboladura densamente cuajada de marineros. Entonces, el *Pequod* marchaba a buena velocidad por el agua, pero al acercársele a contraviento el visitante con las alas extendidas, sus jactanciosas velas cayeron todas a la vez como vejigas vacías que estallan, y toda la vida huyó del casco herido.

-Malas noticias, trae malas noticias -murmuró el viejo de Man.

Pero antes que su capitán, altavoz en boca, se irguiera en la lancha, y antes que pudiera saludar esperanzado, se oyó la voz de Ahab.

-¿Habéis visto a la ballena blanca?

-Sí, ayer. ¿Habéis visto una lancha ballenera a la deriva?

Sofocando su alegría, Ahab contestó negativamente a esa pregunta inesperada, y habría querido ir a bordo del recién llegado, cuando se vio al propio capitán visitante, una vez detenido su barco, descender por su costado. Unas pocas remadas vigorosas, y el bichero pronto se enganchó en los cadenotes del *Pequod, y* él saltó a cubierta. Inmediatamente Ahab lo reconoció como uno de Nantucket, conocido suyo. Pero no se intercambiaron saludos formales.

¿Dónde estaba? ¡No la han matado, no la han matado! -gritó Ahab, avanzando de cerca-. ¿Cómo fue?

Pareció ser que hacia media tarde del día anterior, mientras tres de las lanchas del recién llegado estaban ocupadas con una manada de ballenas, que les habían llevado a unas cuatro o cinco millas del barco, y cuando estaban en rápida persecución a barlovento, de repente emergieron del agua, a sotavento, la joroba y la cabeza blanca de Moby Dick, no muy lejos; con lo cual la cuarta lancha preparada -de reserva- se había arriado al momento en persecución. Tras navegar rápidamente a vela viento en popa, esa cuarta lancha -la más rápida de todas- parecía haber logrado hacer presa: al menos, por lo que podía decir de ello el marinero de la cofa. En lontananza vio a la lancha como un punto en disminución, *y* luego un vivo fulgor de agua blanca *y* con burbujas; *y* después de eso, nada más; por lo que se decidió que la ballena herida debía haberse escapado sin fin con sus perseguidores, como ocurre a menudo. Había algún temor, pero no alarma decidida, por entonces. Se pusieron en las jarcias las señales de llamada; sobrevino la oscuridad; y obligado a recoger sus tres lanchas muy a barlovento, antes de ir en busca de la cuarta, en la dirección exactamente opuesta, el barco no sólo se había visto obligado a dejar aquella lancha a su suerte hasta cerca de medianoche, sino, por el momento, a aumentar su distancia de ella. Pero cuando por fin estuvo a bordo y a salvo el resto de su tripulación, hizo fuerza de velas, ala sobre ala, en busca de la lancha en falta, encendiendo un fuego en sus marmitas de destilería a modo de faro, y mandando arriba a la mitad de sus hombres como vigías. Pero aun cuando navegó así una distancia suficiente como para alcanzar el lugar presunto de los ausentes, cuando les vieron por última vez, y aun cuando entonces se detuvo a arriar las lanchas de reserva para que remaran a su alrededor, y al no encontrar nada, siguió adelante, deteniéndose otra vez *y* volviendo a arriar las lanchas; *y* aunque había seguido haciéndolo así hasta el amanecer, sin embargo, no se había visto el menor rastro de la embarcación desaparecida.

Contada la historia, el capitán visitante pasó inmediatamente a revelar su objetivo al subir a bordo del *Pequod.* Deseaba que este barco se uniera al suyo en la búsqueda, recorriendo el mar a unas cuatro o cinco millas de distancia, en líneas paralelas, para dominar, por decirlo así, un horizonte doble.

-Ahora apostaré algo -susurró Stubb a Flask- a que alguno de esa lancha desaparecida se fue llevándose la mejor chaqueta de este capitán; o quizá su reloj: está condenadamente ansioso de recobrarlo. ¿Quién ha oído jamás hablar de dos piadosos balleneros emprendiendo un crucero

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

en busca de una sola lancha, en plena temporada de pesca? Mire, Flask, vea sólo qué pálido está: pálido hasta las niñas de los ojos: mire... no era la chaqueta... debía ser el...

-¡Mi hijo, mi hijo está entre ellos! ¡Por Dios, se lo pido, se lo conjuro! exclamó entonces el capitán visitante a Ahab, que hasta entonces había recibido gélidamente su petición-. Durante cuarenta y ocho horas, permítame alquilarle el barco... se lo pagaré de buena gana, y le pagaré bien... si no hay otro modo... sólo por cuarenta *y* ocho horas... sólo eso... tiene, tiene que hacerlo, *y* lo hará.

-¡Su hijo! -gritó Stubb-: ¡Ah, es su hijo lo que ha perdido! Retiro lo de la chaqueta y el reloj... ¿Qué dice Ahab? Tenemos que salvar a ese chico.

-Se ahogó con todos los demás, anoche -dijo el viejo marinero de Man, que estaba entre ellos-: lo oí, todos vosotros oísteis a sus espíritus.

Ahora, como resultó al poco tiempo, lo que hacía más triste este incidente del ***Raquel*** era la circunstancia de que no sólo estaba uno de los hijos del capitán entre el número de los tripulantes de la lancha desaparecida, sino que entre las tripulaciones de las otras lanchas, al mismo tiempo, pero, por otro lado, separado del barco durante las sombrías visicitudes de la persecución, había estado otro hijo más, de modo que, durante algún tiempo, el desgraciado padre había quedado sumergido en el fondo de la más cruel perplejidad, que sólo le resolvió el que su primer oficial adoptara instintivamente la medida ordinaria de un ballenero en tales circunstancias, esto es, al encontrarse entre lanchas separadas en peligro, recoger siempre al mayor número. Pero el capitán, por alguna desconocida razón temperamental, había evitado decir todo esto, y hasta que no le obligó a ello la frialdad de Ahab, no aludió al hijo que todavía faltaba: un muchachito, sólo de doce años, cuyo padre, con la seria, pero inconsciente osadía de un cariño paternal de Nantucket, había tratado tan tempranamente de iniciarle en los peligros y prodigios de un oficio que de modo casi inmemorial era el destino de toda su raza. Y no es raro que ocurra que los capitanes de Nantucket envíen lejos de sí a un hijo de tan tierna edad, durante un viaje que se prolonga tres o cuatro años en un barco que no es el suyo, para que su primer conocimiento de la carrera de un ballenero no pierda fuerza por alguna ocasional muestra de la natural, pero inoportuna parcialidad de un padre, o por aprensión o miedo indebidos.

Mientras tanto, el recién llegado seguía implorando de Ahab su pobre don, y Ahab seguía como un yunque, recibiendo todos los golpes, pero sin el menor temblor por su parte.

-No me iré --dijo el visitante- hasta que me diga que sí. Haga conmigo como querría que yo hiciera con usted en caso semejante. Pues usted también tiene un hijo, capitán Ahab... aunque sólo sea un niño, y esté ahora en casa, a salvo en su nido... un hijo de su vejez, además... Sí, sí, se ablanda... corred, corred, marineros, y preparaos a poner brazas a barlovento.

-Alto -gritó Ahab-: no toquéis una filástica -y luego, con una voz que, prolongándose, modelaba cada palabra-: capitán Gardiner, no lo haré. Ahora mismo, pierdo tiempo. Adiós, adiós. Dios le proteja, hombre, y ojalá me perdone a mí, pero me tengo que ir. Señor Starbuck, mire el reloj de bitácora, y dentro de tres minutos a partir de este preciso instante, haga salir a todos los visitantes: luego vuelva a bracear a proa, y que el barco siga navegando como antes.

Volviéndose deprisa, con la cara apartada, bajó a su cabina, dejando al capitán visitante pasmado ante el absoluto y total rechazo de su ansiosa pretensión. Pero Gardiner, saliendo de su trance con un sobresalto, se apresuró en silencio a la borda; cayó, más que entró, en su lancha, y volvió a su barco.

Pronto los barcos separaron sus estelas, y mientras estuvo a la vista el barco visitante, se le vio dar guiñadas acá y allá, a cada punto oscuro, por pequeño que fuera, en el mar. Sus vergas

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

giraban a un lado y a otro; a babor y a estribor, continuaba virando; unas veces encontraba olas de proa, y otras veces le empujaban por la popa, mientras que, durante todo el tiempo, sus mástiles y vergas estaban densamente poblados de marineros, como tres altos cerezos, cuando los muchachos van a coger cerezas entre las ramas.

Pero por su triste manera de detenerse y seguir, se veía claramente que esa nave tan llorosa de espuma seguía sin consuelo. Era Raquel, llorando por sus hijos, porque ya no están.

La cabina

CAPÍTULO CXXIX

AHAB, *saliendo a cubierta;* PiP *le da la mano para seguirle*

-Muchacho, muchacho, te digo que ahora no debes seguir a Ahab. Se acerca la hora en que Ahab, aun sin querer asustarte para que te alejaras de él, no querría tenerte a su lado. Hay algo en ti, pobre muchacho, que noto que es demasiado curativo para mi enfermedad. Lo semejante cura a lo semejante; y para esta persecución, mi mal se convierte en mi más deseada salud. Quédate ahí abajo, donde te servirán como si fueras el capitán. Sí, muchacho, te sentarás en mi propia butaca atornillada; debes ser para ella otro tornillo.

-¡No, no, no! Capitán, no tiene el cuerpo entero: úseme, pobre de mí, como su pierna perdida; píseme encima, capitán, no pido más, para permanecer como parte de usted.

-¡Ah! ¡a pesar de un millón de villanos, esto me hace fanático de la inmarcesible fidelidad del hombre! ¡Y un negro, y loco! Pero me parece que lo de que lo semejante cura lo semejante se le aplica también a él; otra vez se vuelve cuerdo así.

-Me han dicho, capitán, que Stubb una vez abandonó al pobre pequeño Pip, cuyos huesos ahogados ahora blanquean, a pesar de toda la negrura de su piel viva. Pero yo no le abandonaré jamás, como Stubb a él. Capitán, .tengo que ir con usted.

-Si me hablas así mucho más, el propósito de Ahab se vuelca en su interior. Te digo que no: no puede ser.

-¡Oh, buen amo, amo, amo!

-Si lloras así, te asesinaré. Ten cuidado, pues Ahab también está loco. Escucha, y oirás a menudo mi pie de marfil pisando en cubierta, y sabrás que sigo estando aquí. Y ahora te dejo. ¡La mano! ¡Adiós! Eres fiel, muchacho, como la circunferencia a su centro. Eso: Dios te bendiga para siempre, y, si a mano viene... Dios te salve para siempre, pase lo que pase.

AHAB *se va: Pi a un paso adelante*

-Aquí estaba en este momento: estoy en su aire... pero estoy solo. Ah, si siguiera estando aquí el pobre Pip, lo podría aguantar, pero ha desaparecido. ¡Pip, Pip! ¡Tin, tan, tin! ¿Quién ha visto a Pip? Debe estar allá arriba: probemos la puerta. ¿Cómo? No hay cierre, ni cerrojo, ni barra, y sin embargo, no hay modo de abrirla. Debe ser el hechizo, me dijo que me quedara aquí; sí, y me dijo que esta butaca atornillada era mía. Aquí, entonces, me sentaré, contra el yugo, en la misma mitad del barco, con toda la quilla y los tres palos por delante. Aquí dicen nuestros viejos marineros que, en sus negros navíos de setenta y cuatro cañones, los grandes almirantes se sientan a veces a la mesa, dominando filas de capitanes y tenientes. ¡Ah! ¿qué es eso?

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

¡Charreteras, charreteras, todas las charreteras vienen a agolparse! Que den vueltas las botellas: me alegra verles; ¡llenen los vasos, señores míos! ¡Qué extraña sensación ahora, cuando un muchacho negro es anfitrión de hombres blancos con encaje de oro en las casacas! Señores míos, ¿han visto a un tal Píp? ¿Un muchachito negro, de cinco pies de alto, de aspecto vil y cobarde? Una vez saltó de una lancha ballenera, ¿le han visto? ¡No! Bueno, entonces, vuelvan a llenar los vasos, capitanes, y bebamos por la vergüenza de todos los cobardes. No doy nombres. ¡Chisst! Aquí encima, oigo marfil... ¡Oh, amo, amo! Me siento muy abatido cuando me anda por encima. Pero aquí me quedo, aunque esta popa choque con rocas, *y* se metan aquí, *y* las ostras vengan a estar conmigo.

El sombrero

CAPÍTULO CXXX

Y ahora que, en el momento y el lugar adecuados, después de tan largo y amplio viaje preliminar, Ahab, tras inspeccionar todas las demás aguas de pesquería, parecía haber perseguido a su enemigo hasta un rincón del océano, para matarle allí con más seguridad; ahora que se encontraba cerca de la misma latitud y longitud donde le había sido infligida su herida atormentadora; ahora que había hablado con un barco que el mismo día anterior se había enfrentado de hecho con Moby Dick; y ahora que todos sus sucesivos encuentros con diversos barcos habían concordado, dentro de sus contrastes, en mostrar la demoníaca indiferencia con que la ballena blanca destrozaba a sus perseguidores, fueran atacados o atacantes; ahora fue cuando se entrevió algo en los ojos del viejo que las almas débiles apenas podían soportar. Como la estrella polar sin ocaso, que a lo largo de la vitalicia noche ártica de seis meses mantiene su penetrante mirada firme en el centro, así el propósito de Ahab ahora resplandecía fijamente sobre la constante medianoche de la tenebrosa tripulación. Dominaba sobre ellos de tal modo que todos sus presentimientos, dudas, sospechas y temores no deseaban sino esconderse debajo de sus almas, sin dejar brotar ni una sola brizna ni hoja.

En este intervalo agorero, además, se desvaneció todo humor, forzado o natural. Stubb ya no intentaba provocar sonrisas; Starbuck buck ya no intentaba contenerlas. Por igual, gozo y tristeza, esperanza y miedo parecían molidos en el más fino polvo, y por el momento, pulverizados en el pisoteado mortero del alma férrea de Ahab. Como máquinas, los marineros se movían mudos por la cubierta, siempre conscientes de que los ojos despóticos del viejo estaban sobre ellos.

Pero si le hubierais examinado profundamente en sus más secretas horas confidenciales, cuando él creía que no tenía encima más mirada que la suya, entonces habríais visto que así como los ojos de Ahab intimidaban a los tripulantes, la inescrutable mirada del Parsi intimidaba a la suya; o al menos, no se sabe cómo, a veces la trastornaba de algún modo extraño. Tal nueva extrañeza huidiza empezaba ahora a revestir al flaco Fedallah, tal incesante estremecimiento le sacudía, que los marineros le miraban dubitativamente, medio inciertos, al parecer, sobre si era una sustancia mortal, o más bien una sombra trémula que proyectaba en la cubierta el cuerpo de algún ser invisible. Y esa sombra siempre se cernía allí. Pues ni siquiera de noche se había sabido con certidumbre que Fedallah se adormeciera o se retirara de cubierta. Se quedaba quieto durante horas: pero nunca se sentaba o se recostaba; sus ojos mortecinos decían claramente: «Somos dos vigías que jamás descansamos».

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Y tampoco, a ninguna hora, ni de día ni de noche, podían poner los pies en cubierta los marineros sin que Ahab les hubiera tomado la delantera. Plantado en su agujero de pivote, o recorriendo exactamente las tablas entre dos límites invariables: el palo mayor y el de mesana: o bien le veían de pie en el portillo de la cabina, con su pie vivo avanzando hacia la cubierta, como para entrar en ella; con el sombrero muy ladeado sobre los ojos, de modo que, por inmóvil que estuviera, por más que sumasen los días y las noches en que no se había colgado en su hamaca, sin embargo, oculto debajo de ese sombrero ladeado, jamás podían decir con certeza si, a pesar de todo eso, tenía los ojos realmente cerrados a veces, o si les examinaba atentamente; no le importaba estar así una hora seguida en el portillo, mientras la humedad de la noche, inadvertida, se concentraba, en sartas de rocío, sobre aquel capote y aquel sombrero esculpidos en piedra. La ropa que la noche mojaba, el sol del día siguiente se la secaba encima; y así, día tras día, noche tras noche, siguió sin retirarse más abajo las tablas de cubierta, mandando a buscar a la cabina cualquier cosa que necesitara.

Comía al mismo aire libre; esto es, sus dos únicas comidas, desayuno y almuerzo: la cena no la tocaba nunca; ni se cortaba la barba que crecía oscuramente, toda nudosa, como raíces de árboles desarraigados por el viento, que aún siguen creciendo ociosamente en la base desnuda, aunque han parecido en el verdor de arriba. Pero aunque toda su vida ahora se había vuelto una sola guardia en cubierta, y aunque la misteriosa guardia del Parsi era tan sin interrupción como la suya, sin embargo, esos dos parecían no hablar nunca uno con otro, a no ser que, a largos intervalos, alguna momentánea cuestión sin importancia lo hiciera necesario. Aunque un potente hechizo parecía unirles secretamente como gemelos, abiertamente, y para la intimada tripulación, parecían tan separados como los polos. Si durante el día, por casualidad, decían una sola palabra, de noche ambos eran mudos, en cuanto al más leve intercambio verbal. A veces, durante las más largas horas, sin un solo saludo, permanecían muy separados bajo la luz estelar; Ahab en su portillo, el Parsi junto al palo mayor; pero mirándose fijamente, como si Ahab viera en el Parsi su sombra proyectada hacia delante, y el Parsi viera en Ahab su sustancia abandonada.

Y sin embargo, no se sabe cómo, Ahab -en su propia intimidad personal, según se revelaba imperiosamente a sus subordinados a cada día, a cada hora *y* a cada minuto *y a* cada instante-, Ahab parecía señor independiente, y el Parsi sólo su esclavo. También aquí, ambos parecían enyugados juntos, con un tirano invisible aguijándoles: la flaca sombra al lado de la sólida costilla. Pues, fuera el Parsi lo que fuera, el sólido Ahab era todo costilla y quilla.

Al primer leve despuntar de la aurora, se oía a popa su férrea voz:

-¡Vigías a las cofas!

Y a lo largo de todo el día, hasta después del crepúsculo y la puesta del sol, se oía esa misma voz, a todas horas, al sonar la campana del timonel:

-¿Qué veis? ¡Atentos, atentos!

Pero cuando pasaron tres o cuatro días, después de encontrar a la nave *Raquel* en busca de los hijos, sin ver todavía ningún chorro, el viejo monomaníaco pareció desconfiar de la fidelidad de sus tripulantes, o al menos, de casi todos menos de los arponeros paganos, y pareció dudar, incluso, si Stubb y Flask no estarían dispuestos a pasar por alto lo que él deseaba ver. Pero si tenía realmente tales sospechas, se contenía sagazmente de expresarlas, por más que sus acciones pudieran parecer sugerirlas.

-Yo mismo seré el primero en ver la ballena -dijo-: ¡Eso! ¡Ahab se ganará el doblón!

Y con sus propias manos urdió un nido de bolinas formando cesto, y, enviando arriba a un marinero, con un aparejo de una sola polea para atarlo al calcés del palo mayor, recibió los dos

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

extremos del cable pasado hacia abajo, y, amarrando uno a su cesto, preparó una cabilla para sujetar el otro extremo al pasamanos. Hecho esto, con ese extremo aún en la mano, y poniéndose junto a la cabilla, miró alrededor a sus tripulantes, pasando de uno en otro, deteniendo largamente la mirada en Daggoo, Queequeg y Tashtego, pero eludiendo a Fedallah, y luego puso sus firmes ojos confiados en el primer oficial y dijo:

-Toma el cable; lo pongo en tus manos, Starbuck.

Entonces, acomodando su persona en el cesto, les dio orden de izarle a su alcándara, siendo Starbuck quien sujetaba el extremo del cable, y quien quedó luego a su cuidado. Y así, con una mano aferrada al mastelero de sobrejuanete, Ahab extendió su mirada sobre millas *y* millas de mar, a proa, a popa, a un lado *y* a otro, en el amplio y extenso círculo dominado desde tan gran altura.

Cuando, al trabajar con las manos en algún lugar elevado y casi aislado entre el cordaje, sin probabilidades de ofrecer apoyo al pie, el marinero, en una travesía, es izado a tal sitio y sostenido allí por el cable, en esas circunstancias, el extremo sujeto a cubierta se pone a cargo estricto de algún marinero que lo vigile especialmente, dado que, en tal selva de caballería extendida, cuyas variadas relaciones diferentes no siempre se pueden distinguir por lo que se ve de ellas desde cubierta, y siendo así que los extremos de cubierta de esas jarcias se sacan a cada pocos minutos de sus cabillas, sería sólo una fatalidad natural que, en ausencia de un vigilante constante, el marinero izado fuera soltado y cayera volando al mar por algún descuido de los tripulantes. Así que las medidas de Ahab en este asunto no eran insólitas, y la única cosa que parecía extraña en ellas es que fuera Starbuck, casi el único hombre que alguna vez se había atrevido a oponérsele con algo que se aproximara en el más ligero grado a la decisión, y uno de aquellos, además, de cuya fidelidad en la vigilancia había parecido dudar algo; era extraño que fuera éste el mismo hombre a quien eligiera para cuidarle, entregando del todo su vida en manos de una persona por lo demás sin confianza.

Ahora, la primera vez que Ahab fue izado arriba, antes de llevar allí diez minutos, uno de esos salvajes halcones marinos de pico rojo que tan a menudo vuelan incómodamente en torno a los marineros en las cofas de los balleneros por aquellas latitudes; uno de esos pájaros, vino a rondarle y a chillarle en torno a la cabeza, en un laberinto de círculos inextricablemente rápidos. Luego se disparó a la altura, a mil pies por el aire; luego bajó en espiral, y volvió a girar en torbellino en torno a su cabeza.

Pero con la mirada fija en el sombrío horizonte lejano, Ahab no pareció advertir el salvaje pájaro, y, desde luego, nadie se habría fijado mucho en él, no siendo un caso nada raro, de no ser porque entonces el ojo menos atento parecía ver alguna suerte de intención astuta en casi todo lo que se veía.

-¡El sombrero, el sombrero, capitán! -gritó de repente el marinero siciliano que, de guardia en el palo de mesana, quedaba detrás mismo de Ahab, aunque a nivel un poco más abajo que él, y con un profundo abismo de aire separándoles.

Pero ya las alas oscuras estaban ante los ojos del viejo, y el largo pico ganchudo en la cabeza: con un chillido, el negro halcón salió disparado con su presa.

Un águila voló tres veces en torno a la cabeza de Tarquino, quitándole el sombrero para volver a ponérselo, por lo cual Tanaquil, su mujer, declaró que Tarquino sería rey de Roma. Pero el augurio sólo se consideró bueno por haberse vuelto a colocar el sombrero. El de Ahab no se recuperó jamás, y el salvaje halcón siguió volando con él, muy por delante de la proa, hasta que al fin desapareció, al mismo tiempo que, en el momento de esa desaparición, se distinguió

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

confusamente un menudo punto negro que caía al mar desde gran altura.

El Pequod* encuentra *al Deleite

CAPÍTULO *CXXXI*

El afanoso *Pequod* siguió navegando; las olas *y* los días siguieron pasando agitados: el ataúd-salvavidas siguió meciéndose levemente; y *se* avistó otro barco, míseramente mal llamado el *Deleite.* Al acercarse, todos los ojos se fijaron en las anchas vigas, lo que se llama la cabria, que en algunos barcos balleneros cruzan la cubierta a una altura de ocho o diez pies, sirviendo para sostener las lanchas de reserva, o sin aparejos, o inutilizadas.

En la cabria del recién llegado se observaban las destrozadas y blancas cuadernas y unas pocas tablas astilladas de lo que había sido antaño una lancha ballenera, pero ahora se veía a través de esa ruina tan claramente como se ve a través del pesado esqueleto de un caballo, blanqueado y medio desquiciado.

-¿Habéis visto a la ballena blanca?

-¡Mira! -replicó el capitán de hundidas mejillas desde el coronamiento de popa, y con el altavoz señaló la ruina.

-¿La has matado?

-Todavía no se ha forjado el arpón que lo consiga -contestó el otro, mirando tristemente una hamaca envuelta que había en cubierta, y cuyos lados reunidos algunos silenciosos marineros estaban ocupados en juntar cosiendo.

-¡Que no se ha forjado! -y apuntando desde la horquilla con el hierro de Perth, Ahab lo blandió y exclamó-: ¡Mira tú, nantuqués; aquí en esta mano tengo su muerte! Templado en sangre y templado por el rayo está este filo, y juro darle triple temple en ese sitio caliente detrás de la aleta, donde la ballena blanca nota más su maldita vida.

-Entonces Dios te guarde, viejo... ya ves esto -señalando a la hamaca-: sepulto a uno de cinco hombres robustos, que ayer mismo estaban vivos, pero antes de la noche habían muerto. Sólo sepulto a éste: los demás estaban sepultados antes de morir; navegas sobre su tumba. -Luego, volviéndose a sus marineros-: ¿Estáis dispuestos? Entonces, poned la tabla en el pasamanos, y levantad el cadáver; así, entonces... ¡Oh, Dios! -avanzando hacia la hamaca con las manos levantadas-: Que la resurrección y la vida...

-¡Bracead a proa! ¡Caña a barlovento! -gritó Ahab como el trueno a sus marineros.

Pero el *Pequod,* sobresaltado de repente, no fue lo bastante rápido como para escapar del ruido de la salpicadura que hizo el cadáver al caer en el agua; ni lo bastante rápido, en efecto, para que algunas de las burbujas volanderas dejaran de salpicar su casco con su espectral bautismo.

Al alejarse Ahab del abatido *Deleite,* se puso muy de manifiesto el extraño salvavidas que colgaba de la popa del *Pequod.*

-*¡Eh,* vosotros, mirad ahí, marineros! -gritó una voz augural en su estela-. ¡En vano, oh, desconocidos, huís de nuestra triste sepultura! ¡Nos volvéis la popa sólo para enseñarnos vuestro ataúd!

La sinfonía

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

CAPÍTULO CXXXII

Era un claro día, de azul acerado. Los firmamentos del aire y el mar apenas se podían separar en ese azur que todo lo invadía; sólo el aire pensativo era transparentemente puro y suave, con aspecto femenino, *y* el robusto *y* viril mar se hinchaba en oleadas lentas, largas y recias, como el pecho de Sansón en su sueño.

Acá y allá, en lo alto, se deslizaban las alas níveas de pequeñas aves inmaculadas; ésos eran los amables pensamientos del aire femenino; pero acá y allá, en las profundidades, muy abajo, en el azul sin fondo, se agolpaban poderosos leviatanes, peces espada y tiburones; y ésos eran los recios, turbados y criminales pensamientos del mar masculino.

Pero aunque así contrastaran por dentro, el contraste era sólo en sombras y matices por fuera: los dos parecían uno; sólo el sexo, por así decir, le distinguía.

Arriba, como un majestuoso zar y rey, el sol parecía conceder este amable aire a su osado mar agitado, como esposa dada al esposo. Y en la línea ceñidora del horizonte, un movimiento suave y trémulo -que se ve sobre todo allí, en el ecuador- señalaba la fe tierna y palpitante, el sobresalto cariñoso con que la pobre esposa otorga su seno.

Atado en lo alto *y* retorcido, nudoso *y* cargado de arrugas, hurañamente firme y sin ceder, con los ojos ardiendo como carbones que siguen encendidos en las cenizas de la ruina, el inflexible Ahab permanecía en la claridad de la mañana, elevando el casco astillado de su frente hacia la frente de hermosa niña del cielo.

¡Ah, inmortal infancia, ah, inocencia del azur! ¡Invisibles criaturas aladas que alborotan a nuestro alrededor! ¡Dulce infancia de aire y cielo! ¡Qué olvidadas estabais de la congoja apretada de Ahab! Pero así he visto a las pequeñas Miriam y Marta, sílfides de ojos risueños, haciendo cabriolas despreocupadas en torno a su viejo progenitor, y jugando con el cerco de chamuscados rizos que han crecido en el borde del requemado cráter de su cerebro.

Cruzando lentamente la cubierta desde el portillo, Ahab se asomó a la borda, *y* observó cómo su sombra en el agua se hundía cada vez más ante su mirada, cuanto más se esforzaba por penetrar su profundidad. Pero los deliciosos aromas del aire encantado parecieron al menos dispersar por fin aquella cosa cancerosa de su alma.

Ese aire alegre *y* feliz, ese cielo seductor, por fin le tocaron *y* le acariciaron; la tierra madrastra, tanto tiempo cruel y abrumadora, ahora le echaba sus brazos cariñosos en torno al terco cuello, y parecía sollozar de alegría por él, como por alguien a quien, por más empedernido *y* desviado que fuera, todavía tenía corazón para salvar *y* bendecir. Desde debajo de su sombrero ladeado, Ahab dejó caer una lágrima al mar, y todo el Pacífico no contenía tal riqueza como esa diminuta gota.

Starbuck vio al viejo; le vio cuánto se asomaba sobre la borda, y pareció escuchar en su propio corazón sincero el desmedido sollozo que escapaba del centro de la serenidad que le rodeaba. Con cuidado de no tocarle, ni de ser advertido por él, se le acercó, sin embargo, y se quedó a su lado.

Ahab se volvió.

-¡Starbuck!

-Capitán.

-¡Ah, Starbuck! El viento es suave, suave, y el cielo tiene un aspecto suave. En un día así, con una dulzura muy parecida a ésta, hería mi primera ballena: ¡un muchacho arponero de

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

dieciocho años!

Hace cuarenta años... ¡cuarenta, cuarenta! ¡Cuarenta años de continua pesca de ballenas! ¡Cuarenta años de privaciones, de peligros y de tormentas! ¡Cuarenta años en el mar despiadado! ¡Durante cuarenta años, Ahab ha desdeñado la tierra pacífica; durante cuarenta años, para guerrear con los horrores de lo profundo! Sí, y de esos cuarenta años, Starbuck, no he pasado ni tres en tierra firme. Cuando pienso en la vida que he llevado; en la desolación de soledad que ha sido; en el emparedado y amurallado aislamiento de un capitán, que deja muy poca entrada a cualquier simpatía de la tierra verde que le rodea... ¡Ah, fatiga, pesadez! ¡Esclavitud de costa de Guinea que es el mando solitario! Cuando pienso en todo esto; que antes sólo sospechaba a medias *y* no sabía tan penetrantemente; *y* en cómo, durante cuarenta años, me he alimentado de salazones -adecuado símbolo del seco alimento de mi alma-; mientras el más pobre habitante de tierra firme tiene a mano diariamente frutos frescos y parte el pan fresco del mundo, en vez de mis costras mohosas; lejos, a océanos enteros de distancia de esa joven esposa niña con quien me casé pasados mis cincuenta años, zarpando al día siguiente para el cabo de Hornos, y dejando un solo hueco en mi almohada matrimonial... (¿esposa? ¿esposa?: más bien viuda con el marido vivo); sí, he hecho viuda a esa pobre muchacha al casarme con ella, Starbuck; y luego la locura, el frenesí, la sangre hirviente con que en mil ataques en la lancha el viejo Ahab ha perseguido a su presa con furia espumeante (¿más demonio que hombre?); ¡sí, sí! ¡qué cuarenta años de loco! ¡loco, loco! ¡viejo loco, ha sido el viejo Ahab! ¿Por qué este empeño de la persecución? ¿por qué fatigar y paralizar el brazo en el remo y el arpón y la lanza? ¿Qué ha ganado o mejorado ahora con eso Ahab? Obsérvalo. ¡Ah, Starbuck!, ¿no es duro que, con esta fatigosa carga que llevo, me hayan arrebatado de debajo una pobre pierna? Aquí, échame a un lado este viejo pelo; me ciega tanto que parece que lloro. Un pelo tan canoso nunca ha crecido sino de alguna ceniza. Pero ¿parezco muy viejo, Starbuck, muy viejo? Me siento mortalmente débil, doblado, jorobado, como si fuera Adán, tambaleándose bajo los siglos apilados desde el Paraíso. ¡Dios, Dios, Dios!, ¡quiébrame el corazón, desfóndame el cerebro! ¡qué burla, qué burla! ¡amarga y mordaz burla del pelo gris!: ¿acaso he vivido bastantes alegrías como para llevarlo, *y* parezco *y* me siento tan intolerablemente viejo? ¡Acércate! quédate a mi lado, Starbuck; déjame mirar unos ojos humanos; es mejor que otear al mar o al cielo; mejor que otear hacia Dios. ¡Por la tierra verde; por el claro hogar! Este es el espejo mágico: en tus ojos veo a mi mujer y mi hijo. ¡No, no! ¡quédate a bordo, a bordo! ¡No bajes a la lancha cuando vaya yo; cuando el marcado Ahab persiga a Moby Dick Ese peligro no ha de ser para ti! ¡No, no con el remoto hogar que veo en estos ojos!

-¡Ah, mi capitán, mi capitán! ¡Alma noble! ¡Viejo gran corazón, después de todo! ¡Por qué ha de perseguir nadie a ese osado pez! ¡Lejos conmigo! ¡Huyamos de estas aguas mortales! ¡Vamos a casa! También Starbuck tiene mujer e hijo; mujer e hijo de su juventud, compañeros de juego, como hermana y hermano; ¡así como los suyos, capitán, son la mujer e hijo de su tierra, afectuosa y paternal vejez! ¡Lejos, alejémonos! ¡Déjeme cambiar de rumbo al momento! ¡Con qué alegría, con qué regocijo, ah, mi capitán, correríamos para ver de nuevo a la vieja Nantucket! Creo, capitán, que en Nantucket hay algunos días suaves y azules como éste.

-Los hay, los hay. Yo los he visto... algunos días de verano por la mañana. Hacia esta hora... (sí, es su siesta de mediodía) el niño se despierta con hambre; se incorpora en la cama, y su madre le habla de mí, del viejo caníbal de mí; de cómo estoy lejos sobre las profundidades, pero volveré para hacerle bailar.

-¡Es mi Mary, mi propia Mary! ¡Me prometió llevar a mi niño, todas las mañanas, al

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

cerro, para ver por primera vez la vela de su padre! ¡Sí, sí! ¡basta ya! ¡se acabó! ¡ponemos rumbo a Nantucket! Vamos, capitán, estudie la travesía, y vamos allá. ¡Vea, vea! ¡la cara del niño en la ventana! ¡la mano del niño en el cerro!

Pero Ahab desvió la mirada; se estremeció como un frutal agostado y dejó caer al suelo su última manzana en cenizas.

-¿Qué es, qué cosa sin nombre, inescrutable, sobrenatural; qué amo *y* señor escondido *y* engañador, qué emperador cruel e inexorable me manda; para que, contra todos los amores y deseos naturales, siga así empujando, concentrándome, agolpándome, todo el tiempo; haciéndome estar implacablemente dispuesto a lo que no me atrevería en mi propio corazón natural? ¿Es Ahab, Ahab? ¿Soy yo, Dios, o quién es el que levanta este brazo? Pero si el gran sol no se mueve por sí mismo, y es sólo un recadero en el cielo, ni puede girar una sola estrella sino por algún poder invisible, ¿cómo entonces puede latir este pequeño corazón, cómo puede pensar pensamientos este pequeño cerebro, si no hace Dios ese latir, y hace ese pensar, y hace ese vivir, él, y no yo? Por los Cielos, Starbuck, nos dan vueltas en este mundo, como aquel cabestrante, y el Destino es el espeque. Y todo el tiempo, ¡mira! ese cielo sonriente, y ése mar insondado. ¡Mira esa albacora! ¿Adónde van los asesinos, hombre? ¿Quién va a condenar, si el mismo juez es arrastrado ante el juicio? Pero hay un viento suave, muy suave, *y* un cielo de suave aspecto; *y* el aire ahora huele como si soplase desde un lejano prado; han cortado heno en algún sitio al pie de las estribaciones de los Andes, Starbuck, y los segadores duermen entre la hierba recién cortada. ¿Duermen? Sí, por más que nos esforcemos, todos hemos de dormir al fin en el campo. ¿Dormir? Sí, ¡y nos pondremos herrumbrosos entre lo verde, como las guadañas que se tiraron el año pasado, y quedaron entre las ringleras a medio cortar, Starbuck!

Pero, blanqueando de desesperación con dolor de cadáver, el primer oficial se había retirado.

Ahab cruzó la cubierta para mirar al otro lado, pero se sobresaltó ante dos ojos fijos que se reflejaban allí en el agua. Fedallah estaba asomado, inmóvil, al mismo pasamanos.

La caza. Primer día

CAPÍTULO CXXXIII

Aquella noche, durante la guardia de media, cuando el viejo -como solía hacer a intervalos- salió del portillo en que se apoyaba, y llegó a su agujero de pivote, de repente adelantó la cara ferozmente olfateando el aire marino, como un sagaz perro de barco al acercarse a alguna isla bárbara, y declaró que debía haber alguna ballena cerca. Pronto se hizo perceptible a toda la guardia ese peculiar olor que a veces emite a gran distancia el cachalote vivo, y ningún marinero se sorprendió cuando, después de inspeccionar la brújula, *y* luego el cataviento, *y* después de asegurarse, en todo lo posible, del rumbo exacto del olor, Ahab ordenó rápidamente que se cambiara un poco el rumbo del barco y se disminuyera de paño.

La aguda prudencia que dictaba esos movimientos quedó justificada suficientemente al alborear, cuando se vio en el mar una larga mancha de calma, delante mismo, suave como el aceite, y semejante, en las plegadas arrugas de agua que la bordeaban, a las pulidas marcas de aspecto metálico de alguna rápida hendidura, de la corriente en una garganta de un torrente profundo y rápido.

¡Vigías a las cofas! ¡Todos a cubierta!

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Tronando con los extremos de tres espeques empuñados contra la cubierta del castillo, Daggoo despertó a los durmientes con tales golpes de juicio Final, que parecieron salir disparados por el portillo, de tan al momento como aparecieron con la ropa en la mano.

-¿Qué veis? -gritó Ahab, volviendo la cara hacia el cielo.

-¡Nada, nada, capitán! -fue el sonido que bajó en respuesta.

-¡Juanetes *y* alas! ¡Abajo *y* arriba, *y* a las dos bandas!

Desplegando todas las velas, soltó entonces el cable reservado o para izarle al mastelero de sobrejuanete, y pocos momentos después le izaban allí, cuando, sólo a dos tercios del camino hacia arriba, y mientras oteaba a través del vacío horizontal entre la vela de gavia y la de juanete, elevó por el aire un grito como de gaviota:

-¡Ahí sopla, ahí sopla! ¡Una joroba como un monte nevado! ¡Es Moby Dick!

Inflamados por el grito, que pareció repetido al instante por los tres vigías, los marineros en cubierta se precipitaron a las jarcias a observar la famosa ballena que tanto tiempo llevaban persiguiendo. Ahab ahora había alcanzado su altura final, a varios pies por encima de los demás vigías, y Tashtego estaba exactamente por debajo de él en el tamborete del mastelero de juanete, de modo que la cabeza del indio quedaba casi al nivel del talón de Ahab. Desde esa altura, la ballena se veía ahora a poco más de una milla, mostrando a cada ondulación del mar su alta joroba resplandeciente, y disparando con regularidad al aire su silencioso chorro. Para los crédulos marineros, pareció el mismo chorro silencioso que habían observado, hacía tanto tiempo, a la luz de la luna, en los océanos Atlántico e índico. -¿Y no la visteis antes ninguno de vosotros? -gritó Ahab, dirigiéndose a los vigías.

-La vi casi en el mismo momento que el capitán Ahab, y la señalé -dijo Tashtego.

-No en el mismo momento, no en el mismo... no, el doblón es mío; el Destino me ha reservado el doblón. Yo sólo he sido: ninguno de vosotros tres habéis sido el primero en avistar a la ballena blanca. ¡Ahí sopla, ahí sopla, ahí sopla! ¡Otra vez, otra vez! -gritó, en tono prolongado, lento, metódico, a compás de las extensiones graduales de los chorros visibles de la ballena-. ¡Se va a zambullir! ¡Aferrar las alas! ¡Arriar juanetes! ¡Preparados para tres lanchas! Starbuck, no olvides, quédate a bordo, y guarda el barco. ¡Timonel, orza una cuarta! ¡Eso; firme, muchacho, firme! ¡Ahí va una cola! ¡No, no, es sólo agua negra! ¿Preparadas todas las lanchas? ¡Dispuestos todos! ¡Bájame, Starbuck; baja, baja, deprisa, más deprisa! -y se deslizó por el aire hasta cubierta.

-Va derecha a sotavento, capitán -gritó Stubb-: delante mismo de nosotros: todavía no puede haber visto el barco.

-¡Cállate, hombre! ¡Preparados a las brazas! ¡Caña toda a sotavento! ¡Braga a ceñir! ¡Flamear, flamear! ¡Eso; está bien! ¡A las lanchas, a las lanchas!

Pronto se arriaron todas las lanchas menos la de Starbuck; se izaron todas las velas de las lanchas y se movieron los canaletes, con velocidad ondeante, disparándose a sotavento, y llevando a Ahab a la cabeza del ataque. Un pálido fulgor mortal iluminaba los hundidos ojos de Fedallah; un horrible gesto le mordía la boca.

Como silenciosas conchas de nautilus, sus leves proas avanzaban rápidas por el mar, pero se acercaban muy despacio al enemigo. Al llegar a su proximidad, el océano se hizo aún más liso: parecía extender una alfombra sobre sus olas: parecía una pradera a mediodía, de tan sereno como se extendía. Por fin el cazador sin aliento llegó tan cerca de su presa, al parecer libre de sospechas, que se hizo enteramente visible toda su abrumadora joroba, deslizándose por el mar como una cosa aislada, y envuelta continuamente en un anillo giratorio de la espuma más fina, como vellón verdoso. Vio las vastas y enredadas arrugas de la cabeza levemente replegada hacia

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

atrás. Por delante de ella, a buena distancia, en las aguas blandas como alfombra persa, iba la centelleante sombra blanca de su ancha frente lechosa, y una ondulación musical que acompañaba juguetonamente a la sombra; y por detrás, las aguas azules fluían intercambiándose entre el valle móvil de su firme estela; *y* a un lado *y* a otro, claras burbujas surgían y danzaban junto a ella. Pero éstas volvían a romperse con las leves patas de centenares de alegres aves que salpicaban suavemente de plumas el mar, alternando con su vuelo entrecortado. Como un asta de bandera elevándose del casco pintado de una carabela, el alto, pero destrozado, palo de una lanza reciente salía del lomo de la ballena blanca; y de vez en cuando, alguno de la nube de pájaros de suaves patas que revoloteaban rasantes, como un baldaquino sobre el pez, se posaba y se mecía silenciosamente en ese palo, con sus largas plumas de la cola tendidas al viento como gallardetes.

Una suave alegría, una poderosa suavidad de reposo con velocidad revestía a la ballena en su avance. Ni el blanco toro Júpiter escapando a nado con la raptada Europa agarrada a sus graciosos cuernos, *y* con sus ojos atentos, maliciosos *y* enamorados, mirando de medio lado a la doncella, al navegar, con suave rapidez hechizadora, hacia su escondrijo nupcial en Creta; ni Jove, esa gran majestad suprema, superó a la glorificada ballena blanca al nadar de modo tan divino.

A cada uno de sus suaves lados -coincidiendo con la onda dividida, que, después de elevarla, luego se separaba tanto en su fluir-, a cada uno de sus claros lados, la ballena derramaba seducciones. No era extraño que entre sus cazadores algunos hubieran sido tan arrebatados y seducidos por toda esa serenidad, que se hubieran atrevido a asaltarla, para encontrar fatalmente que esa quietud no era sino el disfraz de los huracanes. Pero tranquila, seductoramente tranquila, ¡oh, ballena!, avanzas deslizándote, y para todos los que te miran por primera vez, no importa cuántos puedas haber engañado y seducido antes de ese modo.

Y así, a través de las serenas tranquilidades del mar tropical, en

1 tre olas cuyas palmadas quedaban suspendidas por el éxtasis, Moby Dick se movía, aún escondiendo a la vista todos los terrores de su mole sumergida, y ocultando por entero el retorcido horror de su mandíbula. Pero pronto su parte delantera se elevó lentamente del agua; por un momento todo su cuerpo marmóreo formó un gran arco, como el Puente Natural de Virginia, y, como un aviso, agitó en el aire su cola igual que una bandera: el gran dios se reveló, se zambulló, *y* desapareció de la vista. Deteniéndose aleteantes *y* picando en el vuelo, las blancas aves marinas se demoraron anhelantes sobre el agitado charco que dejó.

Con los remos alzados, *y* los canaletes bajos, *y* con las escotas de las velas sueltas, las tres lanchas seguían flotando tranquilamente, en espera de la reaparición de Moby Dick.

-Una hora -dijo Ahab, quedándose arraigado en la proa de su lancha, y miró más allá del sitio de la ballena, hacia los penumbrosos espacios azules y los anchos vacíos fascinadores a sotavento. Fue sólo un momento, pues otra vez sus ojos parecieron revolverse en su cara al recorrer todo el círculo de aguas. La brisa ahora refrescaba; el mar empezaba a hincharse.

-¡Los pájaros, los pájaros! -gritó Tashtego.

En larga fila india, como las avutardas cuando emprenden el vuelo, los pájaros blancos volaban ahora todos hacia la lancha de Ahab, y al llegar a pocos pasos de él, empezaron a revolotear por el agua, girando en torno con alegres gritos de expectación. Su visión era más aguda que la del hombre; Ahab no podía descubrir señal alguna en el mar. Pero de repente, al escudriñar más y más hondo en sus profundidades, vio en lo hondo un blanco punto vivo, no mayor que una comadreja blanca, que subía con prodigiosa celeridad, agrandándose al subir, hasta que se volvió y entonces se mostraron claramente dos largas filas retorcidas de relucientes dientes

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

blancos, subiendo a flote desde el fondo inescrutable. Era la boca abierta de Moby Dick y su mandíbula curvada; su vasta mole ensombrecida, aún medio mezclada con el azul del mar. La boca resplandeciente bostezaba bajo la lancha como una tumba marmórea con las puertas abiertas; y Ahab, dando un golpe lateral con el remo de gobernalle, hizo girar su embarcación desviándola de esa tremenda aparición. Luego, llamando a Fedallah para cambiar de sitio con él, se adelantó a la proa, y empuñando el arpón de Perth, mandó a sus tripulantes que agarraran los remos y se prepararan a retroceder.

Ahora, a causa del oportuno giro en redondo de la lancha sobre su eje, la proa, por anticipación, vino a quedar frente a la cabeza de la ballena cuando todavía estaba debajo del agua. Pero Moby Dick, como si percibiera esta estratagema con la maliciosa inteligencia que se le atribuía, se trasladó de lado, por decirlo así, en un momento, disparando hacia delante su arrugada cabeza por debajo de la lancha.

Toda entera, en cada tabla y cada cuaderna, la lancha vibró por un instante, mientras la ballena, tendida oblicuamente sobre el lomo, a modo de un tiburón al morder, se metía la proa en la boca, despacio y como a tientas, de tal modo que la larga mandíbula inferior, estrecha *y* torcida, se elevó, rizada, por el aire, *y* uno de los dientes se atrancó en una chumacera. La azulada blancura perlada del interior de la mandíbula estaba a seis pulgadas de Ahab, llegando más arriba de ésta. En esa postura, la ballena blanca sacudía el ligero cedro como un gato benignamente cruel a su ratón. Con ojos sin asombro, Fedallah miró cruzándose de brazos, pero los tripulantes de amarillo atigrado se atropellaron unos sobre las cabezas de otros para alcanzar el extremo de popa.

Y entonces, mientras ambas elásticas regalas vibraban encogiéndose *y* estirándose, a la ballena, en su juego diabólico con la embarcación condenada, por tener el cuerpo sumergido bajo la lancha, no se la podía arponear desde la proa, pues la proa estaba casi dentro de ella, por decirlo así, y mientras las demás lanchas se detenían involuntariamente, como ante una crisis vital imposible de resistir, entonces, el monomaníaco Ahab, furioso con la cercanía tantalizadora de su enemigo, que le ponía vivo e inerme en las mismas mandíbulas que odiaba, entró en frenesí con todo ello, agarró el largo hueso con las manos descubiertas, y se esforzó locamente por arrancarle la lancha. Al intentarlo así vanamente, la mandíbula se le escapó; las frágiles regalas se doblaron y se deshicieron con un chasquido, mientras las mandíbulas, como enormes tijeras, deslizándose más a popa, cortaron completamente en dos la lancha de un mordisco, y se volvieron a cerrar firmemente en el mar, en medio de los dos restos flotantes. Éstos quedaron a sus lados, con los extremos rotos hundidos, mientras los tripulantes, en el resto de popa, se agarraban a las regalas *y* trataban de sujetarse a los remos para amarrarlos de través.

En ese momento inicial, antes de que se partiera la lancha, Ahab, el primero en darse cuenta de la intención de la ballena -por la hábil elevación de la cabeza, movimiento que le hizo soltar su propio apoyo por el momento-, hizo con la mano en ese instante un esfuerzo final para sacar de un empujón a la lancha fuera del mordisco. Pero la lancha, resbalando más al interior de la boca de la ballena, y escorándose al deslizarse, le quitó su apoyo en la mandíbula, volcándole fuera, al inclinarse para empujar, de modo que se cayó de cara en el mar.

Retirándose de su presa entre oleadas, Moby Dick quedó a poca distancia, sacando y metiendo verticalmente su alargada cabeza blanca por entre las olas y, a la vez haciendo girar todo su cuerpo ahusado, de modo que cuando subía su vasta frente arrugada -a unos veinte pies o más fuera del agua- las olas entonces levantadas, con todas sus ondas confluyentes, se rompían centelleantes contra ella, lanzando vengativamente su desgarrada salpicadura aún más alto por el

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

aire. Así en una galerna, las ondas del Canal, sólo a medias días derrotadas, retroceden desde la base de Eddystone, para sobrepasar triunfalmente su cima por su carrera.

Pero volviendo a tomar pronto su postura horizontal, Moby Dick nadó rápidamente en torno a la tripulación náufraga, revolviendo lateralmente el agua en su vengativa estela, como si se animase a latigazos para otro ataque aún más mortal. La vista de la lancha hecha astillas parecía enloquecerla, como la sangre de uvas y moras echadas ante los elefantes de Antíoco, en el Libro de los Macabeos. Mientras tanto Ahab, medio ahogado en la espuma de la insolente cola de la ballena, y demasiado inválido para nadar -aunque todavía podía mantenerse a flote, aun en el corazón de semejante torbellino-, el inerme Ahab, mostraba la cabeza como una burbuja zarandeada que puede estallar a la menor ocasión. Desde la fragmentada popa de la lancha, Fedallah le observaba sin curiosidad y con benignidad; los tripulantes agarrados al otro extremo a la deriva no podían socorrerle, y ya hacían de sobra por cuidarse de sí mismos. Pues tan trastornadamente horrorizador era el aspecto de la ballena blanca, y tan planetariamente rápidos eran los círculos, cada vez más estrechos, que trazaba, que parecía ir a caer sobre ellos de plano. Y aunque las otras lanchas, intactas, todavía andaban por allí cerca, no se atrevían a remar hacia el remolino para arponear, no fuera a ser ésa la señal para la destrucción instantánea de los proscritos en peligro, Ahab incluido; y tampoco en ese caso podrían esperar ellos salvarse. Con miradas tensas, pues, se quedaron en el margen exterior de la zona de peligro, cuyo centro había llegado a ser la cabeza del viejo.

Mientras tanto, todo esto se había avistado desde las cofas del barco, que, braceando en cruz, se había dirigido hacia la escena, y llegaba ya tan cerca que Ahab, desde el agua, le gritó:

-Navegad contra...

Pero en ese instante una ola que provenía de Moby Dick rompió contra él, y le abrumó por el momento. Sin embargo, volvió a salir luchando de ella, y al encontrarse en lo alto de una elevada cresta, gritó:

-¡Navegad contra la ballena! ¡Echadla de aquí!

El *Pequod puso* proa, *y,* rompiendo el círculo encantado, logró eficazmente separar a la ballena blanca de su víctima. Y mientras aquélla se alejaba de mal humor, las lanchas acudieron al salvamento.

Arrastrado a la lancha de Stubb con ojos cegados e inyectados de sangre, y con la espuma blanca cuajándose en sus arrugas, la larga tensión de la energía corporal de Ahab pareció quebrarse, y cedió inerme al juicio de su cuerpo por algún tiempo, quedando aplastado en el fondo de la lancha de Stubb, como pisado por las patas de rebaños de elefantes. Desde lo más íntimo de él, salían gemidos sin nombre, como desolados sonidos desde barrancos.

Pero esa intensidad de su postración física sirvió para abreviarla. En el margen de un instante, grandes corazones condensan a veces en un solo dolor agudísimo la suma total de esas penas superficiales que se difunden benignamente a través de las vidas enteras de hombres más débiles. Y así tales corazones, aunque sumarios en el sufrimiento de cada uno, sin embargo, si lo decretan los dioses, se reúnen en su vida entera toda una era de sufrimiento, completamente compuesta de intensidad instantánea, pues, aun en sus centros sin extensión, esas nobles naturalezas contienen los enteros ámbitos de almas inferiores.

-El arpón -dijo Ahab, medio levantándose, y apoyándose a rastras en un brazo doblado - ¿está a salvo?

-Sí, capitán, porque no se lanzó: es éste -dijo Stubb mostrándoselo.

-Pónmelo delante: ¿faltan hombres?

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

-Uno, dos, tres, cuatro, cinco... había cinco remeros, capitán, y aquí hay cinco hombres.

-Está bien. Ayúdame: quiero ponerme de pie. ¡Eso, eso, la veo!

"¡Allí, allí! Todavía a sotavento: ¡cómo salta el chorro! ¡Quitadme las manos de encima! ¡La savia eterna vuelve a correr por los huesos de Ahab! Izad la vela; fuera los remos; ¡la caña!

Ocurre a menudo que, cuando se desfonda una lancha, sus tripulantes, recogidos por otra, ayudan al trabajo en esa segunda lancha, y la caza continúa así con lo que se llaman remos de doble bancada. Así fue ahora. Pero la aumentada fuerza de la lancha no igualó a la aumentada fuerza de la ballena, pues parecía haber puesto triple bancada a cada una de sus aletas, nadando con una velocidad que mostraba claramente que si ahora, en esas circunstancias, se proseguía la persecución, se prolongaría indefinidamente y sin esperanzas; y no había tripulación que pudiera aguantar tan largo período de tensión intensa e ininterrumpida en el remo: cosa apenas soportable solamente en alguna breve vicisitud. El propio barco, entonces, ofrecía el medio más prometedor para proseguir entretanto la caza. Conforme a esto, las lanchas se dirigieron entonces hacia él y pronto se acercaron a sus cabrias -amarrándose a ellas previamente las dos partes de la lancha destrozada- para izarlo luego todo al costado, tras de lo cual se desplegaron todas las velas y se reforzaron lateralmente con «alas», como las alas de doble coyuntura del albatros, y el *Pequod* siguió a sotavento la estela de Moby Dick. Con los conocidos intervalos metódicos, se anunciaba regularmente el centelleante chorro de la ballena desde las cofas, y cuando se informaba de que se había sumergido, Ahab observaba la hora, y luego, recorriendo la cubierta con el reloj de bitácora en la mano, en cuanto expiraba el último segundo de la hora prevista, se oía su voz:

-¿De quién es ahora el doblón? ¿La veis?

Y si la respuesta era « ¡No, capitán!», al momento mandaba que le izaran a su altura. De ese modo pasó el día Ahab; unas veces en lo alto e inmóvil; otras veces, caminando inquieto por la cubierta.

Mientras andaba así, sin emitir sonido, excepto para gritar a los vigías, o para pedir a los marineros que izaran más alto una vela, o que extendieran otra con mayor extensión; andando así, bajo su sombrero ladeado, a cada vuelta pasaba ante su propia lancha destrozada, que habían tirado en cubierta y quedaba allí volcada: la rota proa junto a la aniquilada popa. Por fin se detuvo ante ella; y lo mismo que en un cielo ya nublado a veces cruzan nuevas bandadas de nubes, así sobre la cara del viejo se deslizó una nueva tenebrosidad.

Stubb le vio detenerse, y quizá pretendiendo, aunque no con vanidad, evidenciar su propia fortaleza inabatida, y conservar así plaza de valiente en el ánimo del capitán, avanzó, y mirando la ruina, exclamó:

-¡El cardo que ha rehusado el burro; le pinchaba demasiado la boca, capitán, ja, ja!

-¿Qué ser sin alma es éste que se ríe delante de un destrozo? ¡Hombre, hombre! Si no supiera que eres tan valiente como el fuego sin temor (y tan maquinal como él) podría jurar que eres un cobarde. No gimas ni rías ante un resto de naufragio.

-Sí, capitán -dijo Starbuck, acercándose-: es un espectáculo solemne: un agüero, y malo.

-¿Agüero, agüero? ¡El diccionario! Si los dioses piensan hablar con franqueza al hombre, le hablan honradamente con franqueza, y no sacuden la cabeza y le dan una oscura sugerencia de viejas. ¡Vete! los dos sois los polos opuestos de una cosa: Starbuck es Stubb al revés, y Stubb, es Starbuck al revés: y sin embargo, los dos sois toda la humanidad, y Ahab está solo entre los millones de la tierra poblada, sin tener dioses ni hombres por vecinos suyos. ¡Frío, frío! ¡Tirito! ¿Y ahora qué? ¡Eh, arriba! ¿La veis? Señalad cada chorro, aunque lo lance diez veces por

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

segundo.

El día casi había acabado; sólo se arrastraba la orla de su manto dorado. Pronto estuvo casi oscuro, pero no se hacía bajar aún a los vigías.

-Ya no podemos ver el chorro, capitán... demasiado oscuro... -gritó una voz desde el aire.

-¿Qué rumbo llevaba la última vez que la viste?

-Como antes, capitán; derecho a sotavento.

¡Bien! Esta noche viajará más despacio. Starbuck, arría juanetes y alas. No debemos alcanzarla antes de la mañana; ahora está haciendo una travesía, y podría ponerse un rato al pairo. ¡Eh, timonel!, ¡pon viento en popa! ¡Los de arriba, bajad! Stubb, envía un relevo a la cofa del palo mayor, y que siga habiendo alguien hasta que amanezca. -Luego, avanzando hacia el doblón en el palo mayor-: Muchachos, este oro es mío, porque me lo he ganado, pero lo dejaré ahí hasta que muera la ballena blanca; y ahora, el primero de vosotros que la señale en el día que muera, se ganará este oro; y si ese día la vuelvo a señalar yo, se repartirá entre vosotros diez veces esta suma. ¡Ahora, fuera! La cubierta es tuya.

Y diciendo así, se puso a medio camino en el portillo, y, ladeando el sombrero, se quedó allí hasta el amanecer, salvo cuando, a intervalos, se levantaba para ver cómo iba la noche.

La caza. Segundo día

CAPÍTULO CXXXIV

Al romper el día, se relevaron puntualmente los tres vigías de las cofas.

-¿La veis? -gritó Ahab, después de dejar un pequeño intervalo para que la luz se difundiese.

-No vemos nada, capitan.

¡Todos a cubierta, y a toda vela! Viaja más deprisa de lo que yo creía; ¡las velas de juanete...! sí, deberían haberse dejado toda la noche. Pero no importa... no es más que descansar para lanzarse.

Aquí ha de decirse que esta pertinaz persecución de una determinada ballena proseguida a lo largo del día y de la noche, es cosa que no carece en modo alguno de precedentes en las pesquerías del mar del Sur. Pues es tal la prodigiosa habilidad, previsión de experiencia, y confianza invencible adquiridas por algunos grandes

4 genios naturales entre los capitanes de Nantucket, que, por la simple observación de una ballena al ser avistada por última vez, son capaces, en ciertas circunstancias dadas, de predecir con bastante exactitud tanto la dirección fuera del alcance de la vista, cuanto su probable velocidad de avance durante ese período. Y, en esos casos, de modo algo parecido a como el piloto, cuando va a perder de vista una costa, cuya tendencia general conoce, y a la que desea volver en breve, pero en un punto más avanzado, se sitúa junto a la brújula y toma la posición exacta de la punta entonces visible, para poder acertar con más seguridad el promontorio remoto e invisible que ha de alcanzar por fin, así el pescador observa su brújula, con la ballena, pues tras ser perseguida y diligentemente observada a lo largo de varias horas de luz del día, luego, cuando la noche deja en oscuridad al pez, la futura estela del animal a través de la tiniebla está casi tan establecida para la sagaz mente del cazador como la costa para el piloto. De modo que era esta prodigiosa habilidad del cazador, la proverbial fugacidad de una cosa escrita en el agua, una estela, es tan de fiar, a todos los efectos deseados, como la tierra firme. Y lo mismo que ese

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

poderoso leviatán férreo que es el moderno ferrocarril es tan familiarmente conocido en cada paso que, reloj en mano, los hombres cuentan su velocidad como los médicos el pulso de un niño, y dicen con ligereza que el tren ascendente o el descendente llegará a tal o cual sitio a tal o cual hora, igualmente, hay ocasiones en que estos hombres de Nantucket miden la hora a ese otro leviatán de las profundidades conforme al humor observado en su velocidad, y se dicen que dentro de tantas horas esta ballena habrá llegado a doscientas millas, y estará a punto de llegar a tal o cual grado de latitud o longitud. Pero para que esta agudeza tenga al fin algún éxito, el viento y el mar deben ser aliados del ballenero; pues ¿de qué utilidad inmediata es, para el marinero en calma chicha o con viento contrario, la habilidad que le asegura que está exactamente a noventa y tres leguas y cuarto de su puerto? Como deducción de estas afirmaciones, se derivan muchos sutiles asuntos colaterales respecto a la caza de las ballenas.

El barco se abría paso, dejando tal surco en el mar como cuando una bala de cañón fallida se convierte en reja de arado y revuelve la superficie del campo.

-¡Por la sal y el cáñamo! -gritó Stubb-, pero este vivo movimiento de la cubierta le sube a uno por las piernas y la hace cosquillas en el corazón. ¡Este barco y yo somos dos tipos valientes! ¡Ja, ja! Que alguien me agarre y me tire al mar de espaldas... pues ¡por el demonio! tengo un espinazo que es una quilla. ¡Ja, ja! ¡vamos con unos andares que no dejan polvo atrás!

-¡Ahí sopla, ahí sopla, ahí sopla, ahí delante! -fue entonces el grito del vigía.

-¡Eso, eso! -gritó Stubb-, lo sabía... no puedes escapar... ¡sopla y revienta el chorro, oh, ballena! ¡El loco diablo en persona va tras de ti! Sopla la trompa... hazte callos en los pulmones... Ahab pondrá dique a tu sangre, como un molinero que cierra la compuerta contra el torrente.

Y Stubb hablaba casi en nombre de toda la tripulación. El frenesí de la persecución, para entonces, les había invadido con su burbujeo como viejo vino renovado. Todos los pálidos miedos y presentimientos que algunos de ellos hubieran podido sentir antes, no sólo se escondían a la vista por creciente intimidación de Ahab, sino que se aniquilaban, huían derrotados por todas partes, como tímidas liebres de pradera que se dispersan ante el bisonte que embiste. La mano del Destino les había arrebatado a todos el alma; y con los agitadores peligros del día anterior, con el tormento de la suspensión de la pasada noche, con el modo fijo, sin temor, ciego, inexorable, con que su loca embarcación avanzaba zambulléndose hacia su blanco huidizo; con todas esas cosas, sus corazones iban disparados como bolas de bolera. El viento que hacía grandes barrigas de sus velas, y empujaba el bajel con brazos tan invisibles como irresistibles, parecía el símbolo de ese agente invisible que así les esclavizaba a la carrera.

Eran un solo hombre, no treinta. Pues igual que en el barco unico que les contenía a todos, aunque estaba compuesto de todas las cosas más opuestas -roble, arce y pino; hierro, pez y canamo-, todas estas cosas se interpenetraban en un solo casco concreto, que avanzaba disparado, a la vez equilibrado y dirigido por la larga quilla central, asimismo todas las individualidades de los tripulantes, el valor de aquel marinero, el miedo de aquel otro, la culpa y la culpabilidad, todo ello iba dirigido a esa metal fatal a que apuntaba Ahab, su único señor y su única quilla.

Las jarcias estaban vivas; las cofas, como las cimas de altas palmeras, rebosaban matas de brazos y piernas. Agarrándose a una percha con una mano, alguno extendía la otra agitándola con braceos impacientes; otros, haciéndose pantalla a los ojos ante la vívida luz del sol, se sentaban asomados a las balanceantes vergas; y toda la arboladura había dado completa generación de mortales, dispuestos y maduros para su destino. ¡Ah! ¡cómo se esforzaban aún por descubrir en ese azul infinito la cosa que podía destruirles!

-¿Por qué no la señaláis, si la veis? -gritó Ahab, cuando, tras un lapso de unos minutos

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

tras la primera señal, no se oyó más-. ¡Izadme a lo alto, muchachos; os habéis engañado; Moby Dick nos lanza un chorro suelto de ese modo, para desaparecer después!

Así fue: en su ansia lanzada de cabeza, los marineros habían confundido alguna otra cosa con el chorro, como lo mostraron pronto a los mismos hechos, pues Ahab, apenas había alcanzado su alcándara, y apenas estaba el cable amarrado a su cabilla en cubierta, dio la nota de entrada a una orquesta que hizo vibrar el aire como con descargas combinadas de rifles. El triunfal saludo de treinta pulmones de cuero se escuchó cuando -mucho más cerca del barco que el lugar del chorro imaginario; a menos de una milla a proa- ¡Moby Dick en persona salió a la vista! Pues la ballena blanca ahora no reveló su cercanía por tranquilos e indolentes chorros, ni por el apacible derrame de aquella mística fuente de su cabeza, sino por el fenómeno, mucho más prodigioso, de su salto. Elevándose con la mayor velocidad desde las mayores profundidades, el cachalote dispara así su entera mole al puro elemento del aire y, acumulando una montaña de espuma deslumbrante, muestra su lugar hasta a distancia de siete millas o más. En esos momentos, las olas rotas y coléricas que se sacude parecen su melena; en algunos casos, ese salto es su gesto de desafío.

-¡Ahí salta, ahí salta! -fue el grito, al saltar al cielo la ballena blanca, como un salmón, en bravata inconmensurable. Tan repentinamente vista en la llanura azul del mar y recortándose contra el fondo aún más azul del cielo, la salpicadura que levantó, por el momento, centelleó y resplandeció intolerablemente como un glaciar, y se quedó allí disipando gradualmente su primera intensidad chispeante, hasta quedar en la vaga nebulosidad de un chaparrón que avanza por un valle.

-¡Sí, salta al sol por última vez, Moby Dick! -gritó Ahab-: ¡ya están a mano tu hora y tu arpón! ¡Abajo, abajo todos vosotros, un solo hombre en el palo de trinquete! ¡Las lanchas! ¡Preparados!

Desdeñando las tediosas tablas de jarcia y los obenques, los hombres cayeron en cubierta como estrellas errantes por burdas y estáis aislados, mientras Ahab, menos fugaz, aunque rápidamente, fue descolgado de su alcándara.

-Arriad las lanchas -gritó, tan pronto como alcanzó la suya: una lancha de repuesto, aparejada la tarde anterior-: Starbuck, el barco es tuyo; manténte separado de las lanchas, pero siempre cerca de ellas. ¡Arriad, todos!

Como para infundirles un vivo terror al ser esta vez la primera en atacar, Moby Dick se había vuelto y ahora se dirigía contra las tres tripulaciones. La lancha de Ahab estaba en medio; él, animando a sus hombres, les dijo que abordarían a la ballena proa a proa, esto es, remando derechos contra su frente; cosa no insólita, pues, dentro de ciertos límites, tal procedimiento deja el ataque inminente fuera de la visión lateral de la ballena. Pero antes de alcanzar esos límites, y cuando todavía las tres lanchas estaban tan claras ante sus ojos como los tres palos del barco, la ballena blanca, tomando furiosa velocidad, casi en un instante, como quien dice, se precipitó entre las lanchas con las mandíbulas abiertas y con la cola dando latigazos, en horrenda batalla a ambos lados; y sin prestar atención a los arpones que le disparaban desde todas las lanchas, parecía sólo empeñada en aniquilar hasta la última tabla de que estuvieran hechas esas lanchas. Pero con hábiles maniobras y girando incesantemente como corceles entrenados en la batalla, las lanchas la eludieron algún tiempo, aunque a veces por el ancho de una tabla, mientras, durante todo ese tiempo, el sobrenatural grito de Ahab hacía jirones todo clamor que no fuera el suyo.

Pero por fin, en sus indistinguibles evoluciones, la ballena blanca cruzó *y* recruzó de tal modo, *y* enredó de mil maneras la extensión de las tres estachas que ahora la sujetaban, que se

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

acortaron, y, por sí mismos, remolcaron a las obstinadas lanchas hacia los arpones clavados en ella, aunque entonces, por un momento, la ballena se echó un poco a un lado, como para concentrarse para un empujón más tremendo. Aprovechando esa oportunidad, Ahab empezó por soltar más estacha, *y* luego haló *y* recogió cada vez más, esperando de ese modo deshacer algunos enredos, cuando he aquí que se vio un espectáculo más salvaje que los dientes belicosos de los tiburones.

Enredados y retorcidos, prendidos en los laberintos del cable, arpones sueltos *y* lanzas, con todos sus aguzados filos *y* puntas, salieron, centelleando y goteando, hasta los bordes de la lancha de Ahab. Sólo cabía hacer una cosa. Empuñando el cuchillo de la lancha, lo metió en el momento crítico dentro, a través, y luego fuera de los radios de acero; tiró de la estacha que venía detrás, la pasó, dentro de la lancha, al remero de proa, y luego, cortando dos veces la estacha junto a la regala, tiró al mar todo el haz prendido de acero, y todo quedó como antes. En ese momento, la ballena blanca lanzó un ataque repentino entre los restantes enredos de las otras estachas, y, al hacerlo, arrastró irresistiblemente las lanchas de Stubb y Flask, más enredadas, hacia su cola; las golpeó juntas como dos cáscaras flotantes en una playa batida por la mar, y luego, sumergiéndose en lo hondo, desapareció en un remolino hirviente, en que durante un intervalo las aromáticas astillas de cedro de las lanchas destrozadas bailaron dando vueltas como la nuez moscada rallada en un bol de ponche agitado con rapidez.

Mientras las dos tripulaciones seguían aún dando vueltas en las aguas queriendo aferrarse a las tinas de estacha, a los remos, y a otros objetos flotantes; mientras el pequeño Flask, escorado, subía y bajaba en el agua como una botella vacía, retorciendo las piernas hacia arriba, para escapar a las temibles mandíbulas de los tiburones, y Stubb gritaba enérgicamente que alguno le sacase a flote; y mientras el cable del viejo, ahora cortado, le permitía remar al cremoso charco para salvar a quien pudiera; en esa salvaje simultaneidad de mil peligros concretados, la lancha de Ahab, todavía intacta, pareció elevada al cielo por cables invisibles, cuando, como una flecha, disparándose verticalmente desde el mar, la ballena blanca lanzó su ancha frente contra su fondo y la mandó dando vueltas por el aire, hasta que volvió a caer, quilla arriba, *y* Ahab *y* sus hombres, lucharon por salir de debajo de ella, como focas en una cueva costera.

El primer impulso ascendente de la ballena -modificando su dirección al llegar a la superficie- involuntariamente la lanzó por ella a cierta distancia del centro de la destrucción que había causado; y, dándole la espalda, se quedó entonces un momento tocándose con la cola de lado a lado, y cada vez que encontraba en su piel un remo perdido, un trozo de tabla, o la menor astilla o migaja de las lanchas, la cola se echaba atrás vivamente y daba un golpe lateral por el agua. Pero pronto, como asegurada de que su tarea estaba cumplida por esa vez, hizo avanzar su frente arrugada por el océano, y, llevando a remolque las estachas enredadas, continuó su travesía a sotavento, con metódica velocidad de viajero.

Como antes, el atento barco observó toda la lucha y volvió a acercarse para el salvamento: arrió una lancha, y recogió a los marineros a flote, las tinas, remos, y todo lo demás que pudiera alcanzarse, llevándoselo a cubierta. Había de todo: hombros, muñecas y tobillos dislocados; contusiones con cardenales; arpones y lanzas retorcidos, remos y tablas destruidos, pero no parecía haberle ocurrido a nadie ningún mal fatal, ni aun serio. Como Fedallah el día anterior, Ahab apareció entonces sobriamente agarrado a la mitad rota de su lancha, que proporcionaba una flotación relativamente cómoda, y no se agotó tanto como en la desventura del día anterior.

Pero cuando le ayudaron a subir a cubierta, todas las miradas quedaron clavadas en él, porque en vez de erguirse por sí mismo, medio colgaba del hombro de Starbuck, que hasta

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

entonces había sido el primero en asistirle. Su pierna de marfil estaba arrancada, dejando sólo una astilla corta y aguda.

-Eso, eso, Starbuck, a veces es dulce apoyarse, en quienquiera que uno se apoye: y ojalá que el viejo Ahab se hubiera apoyado más a menudo.

-El zuncho no ha resistido, capitán -dijo el carpintero, acudiendo entonces-; había metido buen trabajo en esa pierna.

-Pero espero que no se habrá roto ningún hueso -dijo Stubb, con sincero interés.

-¡Sí, y todo astillado en pedazos, Stubb! Ya lo ves. Pero aun con un hueso roto, el viejo Ahab sigue intacto, y consideró que ningún hueso vivo mío es ni una jota más yo mismo que este hueso muerto que se ha perdido. Ni hay ballena blanca, ni hombre, ni demonio que pueda más que arañar al viejo Ahab en su propio ser inaccesible. ¿Puede algún plomo de sonda tocar ese fondo, o algún mástil rascar ese techo? ¡Eh, vigías! ¿Por dónde va?

-Derecho a sotavento, capitán.

-¡Caña a barlovento, entonces; desplegad todas las velas otra vez, guardianes del barco! ¡Abajo las lanchas de repuesto y aparejadlas! Starbuck, ve a pasar revista a las tripulaciones de las lanchas.

-Déjeme primero acercarle a batayolas, capitán.

-¡Ah, ah, ah! ¡Cómo me acornea ahora esta astilla! ¡Destino maldito! ¡que el invencible capitán del alma tenga tan mísero primer oficial!

-¿Capitán?

-Mi cuerpo, hombre, no tú. Dame algo de bastón... eso, esa lanza rota servirá. Pasa revista a los hombres. Seguramente, no le he visto todavía. ¡Por el Cielo! ¡No puede ser! ¿Falta? ¡Deprisa! llámalos a todos.

El pensamiento sugerido por el viejo era cierto. Al pasar revista a los hombres, no estaba el Parsi.

-¡El Parsi! -gritó Stubb-: debió quedar enredado en...

-¡Que te mate el vómito negro! ¡Corred todos vosotros, arriba, abajo, al castillo... encontradle... no se ha ido... no se ha ido!

Pero volvieron rápidamente a él con la noticia de que el Parsi no se encontraba en ningún sitio.

-Sí, capitán -dijo Stubb-, se enredó entre los nudos de su estacha... Me pareció verle arrastrado abajo por la ballena.

-¡Mi estacha, mi estacha! ¿Se ha ido, se ha ido? ¿Qué quieren decir esas palabritas? ¿Qué toque de muerte suena en ellas, que el viejo Ahab tiembla como si fuese el campanario? ¡El arpón, también! Tira ese montón... ¿lo veis? el hierro forjado, hombre, el de la ballena blanca... no, no, no... ¡tonto encallecido! ¡esta mano lo disparó!... ¡está en el pez! ¡Eh, vigías! ¡No perderla de vista! ¡Deprisa! Todos los hombres a aparejar las lanchas... reunid los remos... ¡arponeros! ¡los hierros, los hierros! Izad los sobrejuanetes... ¡cazad todas las escotas! ¡Eh, timonel, derecho, derecho, por tu vida! ¡Daré la vuelta diez veces al globo inmenso; sí, y me zambulliré derecho hasta atravesarlo, pero todavía la he de matar!

-¡Gran Dios! ¡Pero por un momento muéstrese en sí mismo! -gritó Starbuck-: jamás, jamás la capturarás, viejo. En nombre de Jesús, basta de esto: es peor que la locura del diablo. Dos días persiguiendo, dos veces desfondado en astillas; la misma pierna, otra vez se la han arrebatado de debajo; se ha ido su sombra mala... todos los ángeles buenos le acosan con exhortaciones... ¿qué más quiere tener? ¿Hemos de seguir persiguiendo a ese pez asesino hasta

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

que hunda al último hombre? ¿Nos ha de arrastrar al fondo del mar? ¿Nos ha de arrastrar al fondo del mar? ¿Nos ha de remolcar hasta el mundo infernal? Ah, ah... ¡es impiedad y blasfemia seguir persiguiéndola!

-Starbuck, últimamente he sentido extraño afecto por ti; desde aquel momento en que los dos vimos... ya sabes qué, el uno en los ojos del otro. Pero en este asunto de la ballena, la vista de tu cara ha de ser para mí como la palma de esta mano, un vacío sin labios ni rasgos. Ahab es para siempre Ahab, hombre. Todo esto está decretado de modo inmutable. Lo ensayamos tú y yo un billón de años antes que se meciera el océano. ¡Loco! Soy el lugarteniente del Destino; actúo bajo órdenes. ¡Mira, esclavo!, a ver si me obedeces. Poneos a mi alrededor, hombres. Veis a un viejo cortado hasta el tocón, apoyándose en una lanza rota, sostenido por un solo pie. Este es Ahab... su parte corporal; pero el alma de Ahab es un ciempiés, que avanza sobre cien patas. Me siento tenso, medio deshilachado, como los cables que remolcan fragatas desarboladas en una galerna, y es posible que así lo parezca. Pero antes de romperme, me oiréis crujir; hasta que lo oigáis, saber que la guindaleza de Ahab aún sigue remolcando su propósito. ¿Creéis vosotros, hombres, en esas cosas llamadas agüeros? Entonces, ¡reíd fuerte, y pedid el bis! Pues antes que ahoguen, las cosas que ahogan tiene que subir dos veces a la superficie; *y* luego subir otra vez *y* hundirse para siempre. Así es con Moby Dick: dos días ha salido a flote: mañana será el tercero. Eso, hombres, volverá a subir... ¡pero sólo para lanzar el último chorro! ¿Os sentís hombres valientes?

-Como el fuego sin temor -gritó Stubb.

-Y lo mismo de maquinales -murmuró Ahab. Y luego, al marchar los marineros a proa, siguió murmurando-: ¡Esas cosas llamadas agüeros! Y ayer le dije lo mismo aquí a Starbuck, sobre mi lancha destrozada. ¡Ah, qué valientemente trato de arrancar de los corazones de los demás lo que se ha prendido tan fuerte en el mío! ¡El Parsi, el Parsi! ¡Se ha ido, se ha ido! Y él tenía que irse por delante... Pero todavía se le había de ver otra vez antes que yo pudiera perecer... ¿Cómo es eso? Ese es un acertijo que ahora podría desconcertar a todos los abogados, respaldados por los fantasmas de toda la estirpe de los jueces... Me pica en los sesos como el pico de un halcón. Pero *¡yo, yo* lo resolveré!

Cuando cayó la noche, todavía se veía la ballena a sotavento.

Así que, una vez más, se recogieron las velas, y todo ocurrió casi igual que la noche anterior, salvo que se oyó el ruido de los martillos *y* el zumbido de la muela hasta cerca del amanecer, mientras los hombres trabajaban, a la luz de faroles, en el completo y cuidadoso aparejo de las lanchas de repuesto, y en el afilado de sus nuevas armas para el día siguiente. Entretanto, con la quilla rota de la embarcación destrozada de Ahab, el carpintero le hizo otra pierna, mientras, también como la noche pasada, Ahab, con el sombrero ladeado, permanecía fijo en su portillo, con su oculta mirada de heliotropo girando por adelantado en su esfera horaria, y orientándose hacia el este en espera del primer sol.

La caza. Tercer día

CAPITULO CXXXV

La mañana del tercer día amaneció clara *y* fresca, *y* una vez más el solitario guardián nocturno en la cofa de trinquete fue relevado por multitudes de vigías diurnos, que puntearon todos los palos y casi todas las vergas.

-¿La veis? -gritaba Ahab, pero la ballena todavía no estaba a la vista.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

-Es su estela sin falta, sin embargo; pero sigamos esa estela, eso es todo. Eh, timonel; derecho, como vas y como ibas. ¡Qué delicioso día otra vez! Aunque fuera un mundo recién hecho, y hecho para glorieta de los ángeles, y esta mañana fuera la primera en que se les abriera de par en par, no podría haber alboreado un día más claro sobre el mundo. Aquí habrá materia para los pensamientos, si Ahab tuviera tiempo para pensar, pero Ahab no piensa nunca; solamente siente, siente, siente; eso ya le hormiguea bastante a un hombre mortal: pensar en audacia. Sólo Dios tiene ese derecho y privilegio. Pensar es, o debería ser, una frialdad y una calma; y nuestros pobres corazones laten, y nuestros pobres cerebros palpitan demasiado para eso. Y sin embargo, a veces he pensado que mi cerebro estaba muy tranquilo, en calma helada: este viejo cráneo se resquebraja así, como un vaso cuyo contenido se ha vuelto hielo, y lo rompe. Y sin embargo, este pelo crece ahora; en este momento crece, y el calor debe criarlo; pero no, es como esa especie de hierba común que crece en cualquier sitio, entre las grietas terrosas del hielo de Groenlandia o en la lava del Vesubio. Cómo lo agitan los vientos salvajes: lo azotan en torno a mí como los jirones desgarrados de las velas partidas azotan al barco zarandeado a que se agarran. Un viento vil que, sin duda, ha soplado antes por pasillos *y* celdas de cárcel, y salas de hospital, *y* las ha ventilado, y ahora viene soplando tan inocente como piel de cordero. ¡Fuera con él! Está manchado. Si yo fuera el viento, no soplaría más en el mundo miserable y perverso. Iría a gatas, no sé dónde, a una cueva, y me escurriría allí. Y sin embargo, ¡qué cosa noble y heroica, el viento! ¿Quién lo ha dominado jamás? En toda pelea él tiene el último y más amargo soplo. Corred contra él en justa, y no haréis sino pasar a través de él. ¡Ah! es un viento cobarde que hiere a hombres desnudos, pero no se yergue para recibir un solo golpe. Hasta Ahab es algo más valiente, algo más noble que eso. Ojalá el viento tuviera ahora un cuerpo; pero todas las cosas que más exasperan y ofenden al hombre, todas esas cosas son incorpóreas, aunque sólo incorpóreas como objetos, no como agentes. ¡Hay una diferencia muy especial, ah, muy maliciosa! Y sin embargo, vuelvo a decir, y ahora lo juro, que hay algo por completo glorioso y gracioso en el viento; en estos tibios alisios, al menos, que soplan continuos bajo claros cielos, con suavidad recia *y* firme *y* vigorosa; *y* no se desvían de su blanco, por más que den vuelta *y* viren, más viles, las corrientes del mar, *y* los más poderosos Mississippis de la tierra cambien y se desvíen, dudosos de dónde ir a parar al fin. .Y ¡por los Polos eternos! esos mismos alisios que tan derechamente empujan mi buen barco, esos alisios, o algo como ellos, ¡algo tan inalterable, y tan plenamente recio, hace avanzar con su soplo mi quilla! ¡A ello! ¡Eh, vigías! ¿Qué veis?

-Nada, capitán.

-¡Nada! ¡y es casi mediodía! ¡El doblón va pidiendo limosna!

-¡Mirad el sol! Sí, sí, así debe ser. Le he adelantado. ¿Cómo, he tomado mucho impulso? Sí, ahora ella me persigue; no yo a ella... eso está mal: podía haberlo sabido, además. ¡Tonto! los cables... los arpones que remolca. Sí, la he alcanzado esta noche. ¡Virad, virad!

¡Bajad todos, menos los vigías de turno! ¡A las bracas!

Con el rumbo que había llevado, el viento había quedado más o menos a popa del *Pequod,* de modo que ahora, al tomar rumbo en dirección opuesta, el barco así braceado navegó proa al viento volviendo a agitar la espuma de su propia estela blanca.

-A contraviento, ahora pone rumbo a la mandíbula abierta -murmuró Starbuck para sí, adujando sobre la batayola la braza mayor recién cazada-. Dios nos guarde, pero ya siento los huesos húmedos dentro de mí, y mi carne mojada por dentro. ¡Sospecho que desobedezco a mi Dios al obedecerle!

-¡Preparados para izarme! -gritó Ahab, avanzando hacia el cesto de cáñamo-. Pronto la

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

encontraremos.

-Sí, sí, capitán -e inmediatamente Starbuck hizo lo que le pedía Ahab, y una vez más Ahab se balanceó en lo alto.

Pasó entonces toda una hora, batihojada hasta hacerse siglo. El propio tiempo entonces contenta largamente sus respiros con la punzante suspensión. Pero al fin, a unas tres cuartas a proa, a barlovento, Ahab volvió a avistar el chorro, y al momento, de las tres cofas subieron tres gritos como si las lenguas de fuego les hubieran dado voz.

-¡Frente a frente te encuentro, esta tercera vez, Moby Dick! ¡Eh, a cubierta! ¡Bracear más a ceñir; aguantarlo proa al viento! Todavía está muy lejos para arriar lanchas, Starbuck. ¡Las velas dan gualdrapazos! ¡Ponte detrás de ese timonel con un mazo en la mano! Eso, eso; navega deprisa, y tengo que bajar. Pero dejadme que eche a mi alrededor otra buena mirada al mar desde lo alto; hay tiempo para ello. Un espectáculo viejo, muy viejo; sí, y no ha cambiado en nada desde la primera vez que lo vi, siendo muchacho, en los cerros de arena de Nantucket. ¡El mismo, el mismo! El mismo para Noé que para mí. Hay un ligero chaparrón a sotavento. ¡Qué deliciosos sotaventos! Deben llevar a alguna parte; algo diferente de la tierra vulgar, más lleno de gracia que las palmeras. ¡A sotavento! La ballena blanca va para allá; mirad entonces a sotavento; mejor si es el cuarto más duro. Pero ¡adiós, adiós, viejo mastelero! ¿Qué es eso? ¿verde? Sí, hay diminutos musgos en esas grietas retorcidas. ¡No mancha semejante moho de humedad la cabeza de Ahab! Esa es la diferencia entre la vejez del hombre y de la materia. Pero sí, viejo mástil, los dos envejecemos juntos; sin embargo, estamos sanos de casco, ¿verdad, barco mío? Sí, con una pierna de menos, eso es todo. Por el Cielo, esta madera muerta aventaja en todos los sentidos a mi carne viva. No puedo compararme con ella; y he sabido de muchos barcos, hechos de árboles muertos, que superaban las vidas de hombres hechos de la materia más vital de padres vitales. ¿Qué es lo que ha dicho? ¿Que todavía irá por delante de mí, mi piloto, y todavía se le ha de ver otra vez? Pero ¿dónde? ¿Tendré ojos en el fondo del mar, suponiendo que descienda esos escalones sin fin? Y toda la noche he navegado alejándome de él, dondequiera que se hundiese. Sí, sí, como tantos otros, dijiste terribles verdades en cuanto referentes a ti mismo, oh, Parsi; pero, hasta Ahab, aquí no ha llegado tu disparo. Adiós, mastelero: no pierdas de vista a la ballena, mientras yo me voy. Mañana hablaremos, no, esta noche, cuando la ballena blanca yazga aquí, atada por la cabeza y la cola.

Dio la orden y aún mirando a su alrededor, le bajaron sólidamente hasta cubierta a través del hendido aire azul.

En su momento, se arriaron las lanchas, pero Ahab, al erguirse en la popa de su embarcación, cerniéndose a punto de descender, hizo una señal con la mano al primer oficial -que sostenía en cubierta uno de los cables de los aparejos- y le hizo detenerse.

-¡Starbuck!

-¿Capitán?

-Por tercera vez, el barco de mi alma zarpa para este viaje, Starbuck.

-Sí, capitán, usted lo quiere así.

-Algunos barcos zarpan de sus puertos y luego desaparecen para siempre, Starbuck.

-Es verdad, capitán, amarguísima verdad.

-Algunos hombres mueren con la marea saliente, otros en bajamar, algunos en pleamar; y ahora me siento como una ola que es toda una sola cresta espumosa, Starbuck: soy viejo... dame la mano, hombre.

Sus manos se encontraron: sus ojos se pegaron, con las lágrimas de Starbuck por cola.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

-¡Ah, mi capitán, mi capitán! Noble corazón... no vaya... ¡no vaya! Vea, es un hombre valiente el que llora; ¡qué grande, entonces, la agonía de su persuasión!

¡Arriad! -gritó Ahab, sacudiéndose de encima el brazo del primer oficial-. ¡Atención con los marineros!

Un momento después, la lancha remaba virando al pie de la popa.

-¡Los tiburones, los tiburones! -gritó una voz desde el tragaluz bajo de la cabina que había allí-: ¡Amo, mi amo, vuelve!

Pero Ahab no oyó nada, pues su propia voz estaba entonces gritando, y el barco siguió adelante saltando.

Sin embargo, la voz decía la verdad, pues apenas se había separado del barco, cuando multitudes de tiburones, al parecer subiendo de las oscuras aguas de debajo del casco, mordieron malignamente las palas de los remos, cada vez que se metían en el agua, y de ese modo acompañaron a la lancha con sus mordiscos. Es cosa que ocurre de modo nada insólito a las lanchas balleneras en esas aguas infestadas, como si los tiburones las siguieran del mismo modo previsor con que los buitres se ciernen en Oriente sobre las banderas de los regimientos que avanzan. Pero ésos eran los primeros tiburones que se habían observado en el Pequod desde la primera vez que se avistó la ballena blanca; y bien fuera porque los tripulantes de Ahab eran tales bárbaros de amarillo atigrado, y por consiguiente su carne era más perfumada para el sentido de los tiburones -cosa que a veces se sabe muy bien que les afecta-, o por lo que fuera, parecían seguir a aquella sola lancha sin molestar a las demás.

¡Corazón de acero templado! -murmuró Starbuck mirando sobre la borda, y siguiendo con los ojos a la lancha que se alejaba-: ¿puedes resonar aún audazmente ante esa visión? ¿Arriando tu quilla entre voraces tiburones, y seguido por ellos, con las bocas abiertas a la caza, y en este crítico tercer día? Pues cuando pasan tres días seguidos en una sola persecución continua e intensa, es seguro que el primero es la mañana, el segundo el mediodía, y el tercero el ocaso de ese asunto, acabe como acabe. ¡Ah, Dios mío!, ¿qué es lo que me atraviesa como un disparo, y me deja tan mortalmente tranquilo, fijo en la cima de un estremecimiento? Cosas futuras flotan ante mí, no sé cómo, se oscurece. ¡Mary, muchacha!, te desvaneces en pálidas glorias detrás de mí: ¡hijo!, me parece ver solamente tus ojos, que se han vuelto de un prodigioso azul. Los más extraños problemas de mi vida parecen aclararse, pero por en medio se ciernen nubes... ¿Llega el fin de mi viaje? Mis piernas se debilitan: como las del que ha caminado todo el día. Siente tu corazón... ¿sigue latiendo? ¡Muévete, Starbuck! ¡Destruye esto! ¡Muévete, muévete, habla en voz alta! ¡A ver, vigía! ¿Ves la mano de mi hijo en el cerro? Estoy loco... ¡eh, vigía!, no pierdas de vista a las lanchas... ¡fíjate bien en la ballena! ¡Eh, otra vez! ¡echa fuera a ese halcón! ¡mira cómo pica! Rompe el cataviento -(señalando a la bandera roja que ondeaba en la galleta del palo mayor)-. ¡Eh, se lo lleva! ¿Dónde está ahora el viejo? ¿Ves este espectáculo, oh, Ahab? ¡Tiembla, tiembla!

No habían llegado muy lejos las lanchas cuando, por una señal desde las cofas -un brazo señalando hacia abajo-, Ahab supo que la ballena se había sumergido, pero deseando estar cerca de ella en la próxima subida, siguió por su camino, un poco lateralmente desde la nave, mientras los tripulantes hechizados mantenían el más profundo silencio, en tanto que las olas, de frente, martillaban y martillaban contra la proa enfrentada.

¡Clavad, clavad vuestros clavos, olas! ¡Metedlos hasta el extremo de la cabeza! No hacéis más que golpear una cosa sin tapa, y para mí no puede haber ataúd ni coche fúnebre: ¡sólo el cáñamo puede matarme! ¡Ja, ja!

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

De repente, las aguas alrededor de ellos se hincharon lentamente en anchos círculos: luego se elevaron deprisa, como resbalando de lado desde una sumergida montaña de hielo que subiera velozmente a la superficie. Se oyó un sordo sonido profundo, un zumbido subterráneo, y luego todos contuvieron el aliento, al ver que, entorpecida con cables a rastras, arpones y lanzas, una vasta figura surgía del mar a lo largo, pero oblicuamente. Envuelta en un leve velo de niebla que caía, se cernió por un momento en el aire irisado, y luego cayó atrás, hundiéndose en lo profundo. Salpicadas a treinta pies de altura, las aguas centellearon por un momento como cúmulos de fuentes, y luego se rompieron y se hundieron en un chaparrón de copos, dejando los círculos de la superficie cremosa como leche nueva en torno de la mole marmórea de la ballena.

-¡Adelante! -gritó Ahab a los remeros, y las lanchas se dispararon al ataque, pero Moby Dick, enloquecido por los recientes arpones de ayer que la corroían, parecía poseído a la vez por todos los ángeles caídos del cielo. La ancha fila de tendones soldados que se extendían por su ancha frente blanca, bajo la piel transparente, parecía como entretejida, cuando, de cara, se acercó agitando la cola entre las lanchas, y una vez más las separó con sus sacudidas, haciendo caer los arpones y lanzas de las lanchas de los dos oficiales, pero dejando la de Ahab casi sin tocar.

Mientras Daggoo y Queequeg tapaban las tablas estropeadas, la ballena se apartó de ellos nadando, y, al volverse, mostró un costado entero, pasando rápidamente junto a ellos: en ese momento se elevó un vivo grito. Atado con varias cuerdas al lomo del pez, amarrado en las vueltas y vueltas con que, durante la pasada noche, la ballena había enrollado los enredos de los cables a su alrededor, se veía el cuerpo medio destrozado del Parsi, con su oscuro ropaje hecho jirones y sus ojos distendidos volviéndose de lleno hacia Ahab.

El arpón se le cayó de la mano.

¡Engañado, engañado! -lanzando un largo respiro afanoso-. ¡Sí, Parsi! Te veo otra vez. Sí, *y* tú vas por delante, *y* ése, ése es entonces el coche fúnebre que prometiste. Pero te sigo hasta la última letra de tu palabra. ¿Dónde está el segundo coche fúnebre?

¡Fuera, oficiales, al barco! Estas lanchas ahora no sirven para nada: reparadlas, si podéis, a tiempo, y volved conmigo; si no, Ahab es suficiente para morir... ¡Quietos, marineros! Al primero que pretenda saltar de esta lancha, lo arponeo. No sois otros marineros, sino mis brazos y mis piernas, de modo que obedecedme. ¿Dónde está la ballena? ¿Ha vuelto a bajar?

Pero miraba demasiado cerca de la lancha, pues, como si estuviera empeñado en escapar con el cadáver que llevaba, y como si el sitio preciso de su último encuentro hubiera sido sólo una etapa en su viaje a sotavento, Moby Dick seguía ahora nadando de firme hacia adelante; y casi había adelantado al barco, que hasta entonces había navegado en dirección contraria a él, aunque por el momento había detenido su avance. Parecía nadar con su mayor rapidez, y pretender ahora sólo escapar por su camino más derecho al mar.

-¡Ah, Ahab! -gritó Starbuck-, no es demasiado tarde, incluso ahora, el tercer día, para desistir. ¡Mira! Moby Dick no te busca. ¡Eres tú, eres tú el que locamente la buscas!

Poniendo vela al viento que se levantaba, la solitaria lancha era rápidamente impulsada a sotavento por remos y lona. Y al fin, cuando Ahab se deslizaba junto al barco, tan cerca como para distinguir la cara de Starbuck asomado al pasamano, le gritó que diera la vuelta al barco, y le siguiera, sin demasiada rapidez, con un intervalo juicioso. Al mirar arriba, vio a Tashtego, Queequeg y Daggoo subiendo ansiosamente a las tres cofas, mientras los remeros se balanceaban en las dos lanchas desfondadas que acababan de izarse al costado y se ocupaban en repararlas. Al pasar rápidamente, también observó fugazmente, uno tras otro, a Stubb y Flask, ocupados en cubierta entre haces de nuevos arpones y lanzas. Al ver todo esto, al oír los martilleos en las

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

lanchas rotas, otros martillos muy diversos parecieron meter un clavo en su corazón. Pero se dominó. Y entonces, observando el lugar donde había desaparecido el catavientos o bandera del mastelero del palo mayor, gritó a Tashtego, que acababa de llegar a esa altura, que bajara otra vez a buscar otra bandera, y clavos y martillo para sujetarla al palo.

Quizás extenuado por los tres días de persecución a la carrera y por la resistencia a su avance en el enredo anudado que arrastraba, o quizá por alguna oculta malicia y engaño que había en él, fuera por lo que fuera, la marcha de Moby Dick empezaba a menguar, según parecía, por el rápido acercamiento de la lancha, una vez más, aunque, desde luego, la ventaja del cetáceo no había sido en esta ocasión tan larga como antes. Y todavía, mientras Ahab se deslizaba sobre las olas, los inexorables tiburones le seguían acompañados, *y* se pegaban tan pertinazmente a la lancha, *y* mordían tan continuamente los remos al sumergirse, que las palas quedaban melladas y aplastadas, y dejaban pequeñas astillas en el mar casi a cada zambullida.

-¡No les hagáis caso! Esos dientes no hacen más que de nuevos toletes para vuestros remos. ¡Seguid remando! Es mejor apoyo la mandíbula del tiburón que el agua que cede.

-¡Pero a cada mordisco, capitán, las palas se hacen más pequeñas!

-¡Durarán de sobra! ¡Seguid remando! Pero ¿quién puede decir -murmuró- si estos tiburones nadan para hacer festín con la ballena o con Ahab? Pero ¡seguid remando! Sí, todos vivos ahora... nos acercamos a ella. ¡La caña, tomad la caña! Dejadme pasar -y, diciendo así, dos de los remeros le ayudaron a adelantarse a la proa de la lancha aún en pleno avance.

Al fin, cuando la embarcación llegó a un costado y pasó corriendo junto al flanco de la ballena blanca, ésta pareció extrañamente olvidada de su avance -como hacen a veces las ballenas-, y Ahab llegó ya dentro de la humosa niebla montañosa, que lanzada por el chorro de la ballena, se rizaba en torno a su gran joroba de Monadnock; y al estar muy cerca de ella, con el cuerpo arqueado hacia atrás y los dos brazos elevados a todo lo largo para blandirlo, disparó el feroz arpón y su maldición aún más feroz a la odiada ballena. Al hundirse en su agujero arpón y maldición, como absorbido en una ciénaga, Moby Dick se retorció de lado; agitó espasmódicamente su flanco cercano contra la proa, y, sin abrir en ella-un agujero, volcó tan de repente la lancha, que de no ser por la parte elevada de la regala a que se agarraba, Ahab hubiera sido lanzado una vez más al mar. De todos modos, tres de los remeros, y por tanto no estaban preparados para sus efectos, fueron lanzados fuera, pero cayeron de tal modo que, en un momento dos de ellos volvieron a agarrarse a la regala, y, subiendo a su nivel con la cresta de una ola, se volvieron a meter enteros a bordo, mientras el tercer marinero quedaba inerme a popa, aunque todavía a flote y nadando.

Casi simultáneamente, con una poderosa volición de rapidez instantánea y sin grados, la ballena blanca se disparó a través del mar en tumulto. Pero cuando Ahab gritó al timonel que diera más vueltas a la estacha y la sujetó así, y mandó a los tripulantes que dieran vuelta en sus bancadas para llevar a remolque la lancha hasta su blanco, ¡en ese momento, la traidora estacha sintió ese doble esfuerzo de tensión, y se partió en el aire vacío!

-¿Qué se rompe en mí? ¡Algún tendón se quiebra! Otra vez estoy bien. ¡Remos, remos! ¡Adelante contra ella!

Al oír el tremendo empujón de la lancha que surcaba el agua, la ballena dio la vuelta para presentarle como defensa su frente lisa, pero en ese giro, observando el casco negro del barco que se acercaba, y al parecer viendo en él la fuente de todas sus persecuciones, o quizá considerándolo un enemigo mayor y más noble, de repente se lanzó contra su proa que avanzaba, a la vez que chascaba las mandíbulas entre feroces chaparrones de espuma.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Ahab se tambaleó y se golpeó la frente con la mano.

-Me quedo ciego. ¡Manos, alargaos ante mí para poder seguir avanzando a tientas! ¿Es de noche?

-¡La ballena! ¡El barco! -gritaron los remeros, abrumados.

¡Remos, remos! ¡Haz una ladera bajando a tus profundidades, oh, mar, para que, antes que sea demasiado tarde para siempre, Ahab pueda deslizarse por esta última, última vez hacia su blanco! ¡Adelante, muchachos! ¿No queréis salvar mi barco?

Pero cuando los remeros forzaron violentamente la lancha a través de las olas que golpeaban como martillos, los extremos de proa de dos tablas, ya rotas por la ballena, reventaron, y casi en un instante, la lancha temporalmente inutilizada quedó al nivel de las olas, con sus tripulantes, medio sumergidos y salpicantes, intentando difícilmente tapar la vía de agua y achicar la que entraba.

Mientras, en ese momento de observación, el martillo de Tashtego, en el mastelero, quedó suspenso en su mano, y la bandera roja, medio envolviéndole como en un capote, se extendió recta y ondeó desde él, como su propio corazón, fluyendo hacia delante, en tanto que Starbuck y Stubb, situados abajo, en el bauprés, vieron al mismo tiempo que él al monstruo que les acometía.

-¡La ballena, la ballena! ¡Caña a barlovento, caña a barlovento! ¡Ah, todas vosotras, dulces potestades del aire, abrazadme ahora estrechamente! Que no muera Starbuck, si ha de morir, en un desmayo de mujer. Caña a barlovento digo... ¡tontos, la mandíbula, la mandíbula! ¿Es ése el final de todas mis oraciones explosivas? ¿De todas mis fidelidades a lo largo de la vida? ¡Ah, Ahab, Ahab, mira tu obra! ¡Derecho, timonel, derecho! ¡No, no! ¡Caña a barlovento otra vez! ¡Se vuelve para venir contra nosotros! Ah, su inexorable frente avanza contra uno cuyo deber le dice que no puede marcharse. ¡Dios mío, ponte ahora a mi lado!

-No te pongas a mi lado, sino ponte debajo de mí, quienquiera que seas el que ahora quieras ayudar a Stubb, pues también Stubb está aquí sujeto; ¡y te hago muecas, ballena con muecas! ¿Quién ayudó jamás a Stubb, o mantuvo a Stubb en vela sino los propios ojos sin parpadeo de Stubb? Y ahora el pobre Stubb se acuesta en un colchón que es demasiado blando: ¡ojalá estuviera relleno de zarzas! ¡Te hago muecas, ballena con muecas! ¡Mirad, sol, luna y estrellas! Os llamo asesinos de un hombre tan bueno como jamás ha lanzado en chorro su espíritu. Con todo eso, ¡todavía chocaría con vosotros mi copa, con tal que me la alargarais! ¡Oh, oh, oh, oh! ¡oh, tú, ballena con muecas, pero pronto habrá exceso de tragar! ¿Por qué no huyes, Ahab? En cuanto a mí, fuera los zapatos *y* la chaqueta, *y* a ellos: ¡que Stubb muera en calzoncillos! Sin embargo, es una muerte muy mohosa y salada: ¡cerezas, cerezas, cerezas! ¡Oh, Flask, una sola cereza roja antes de que muramos!

-¿Cerezas? Sólo me gustaría que estuviéramos donde crecen. Ah, Stubb, espero que mi pobre madre haya cobrado mi parte de paga antes de ahora: si no, ahora le llegarán pocas monedas de cobre, porque se acabó el viaje.

Desde la proa del barco, casi todos los marineros ahora estaban suspensos e inactivos, con martillos, trozos de tabla, lanzas y arpones maquinalmente sujetos en la mano, tal como se habían separado de sus diversas ocupaciones: con todas sus absortas miradas fijas en la ballena, que, moviendo de un lado a otro su cabeza predestinadora, lanzaba por delante en su avance una ancha banda de espuma semicircular extendida. Retribución, rápida venganza, malicia eterna había en todo su aspecto, y, a pesar de todo lo que pudo hacer el hombre mortal, el sólido contrafuerte blanco de su frente golpeó la proa del barco a estribor, hasta que temblaron hombres y tablas. Algunos cayeron de bruces. Como galletas de mástil arrancadas, las cabezas de los arponeros

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

vigías oscilaron en sus cuellos taurinos. A través de la brecha, oyeron entrar el agua, como torrentes de montaña cayendo a un barranco.

-¡El barco! ¡El coche fúnebre! -gritó Ahab desde la lancha-: ¡su madera sólo podía ser americana!

Sumergiéndose bajo el barco zozobrante, la ballena corrió bajo la quilla y la hizo estremecer, pero, después de girar bajo el agua, volvió a surgir rápidamente a la superficie, lejos del otro lado de la proa, pero a pocos pasos de la lancha de Ahab, donde, por algún tiempo, se quedó quieta.

-Vuelvo la espalda al sol. ¡Eh, Tashtego! Hazme oír tu martillo. ¡Ah, esos tres inexpugnados campanarios míos; quilla sin quebrar; casco sólo herido por los dioses; firme cubierta y altanero timón, proa apuntada al polo; barco glorioso en la muerte! ¿Has de perecer entonces, y sin mí? ¿Estoy separado del último orgullo afectuoso de los más bajos capitanes naufragados? ¡Ah, muerte solitaria para vida solitaria! ¡Ah, ahora siento mi supremo dolor! ¡Ah, ah, desde vuestros más lejanos confines, venid ahora a verteros, osadas olas de toda mi vida pasada, y amontonaos en esta gran oleada reunida de mi muerte! Hacia ti bogo, ballena omnidestructora, pero invencible; al fin lucho contigo; desde el corazón del infierno te hiero; por odio te escupo mi último aliento. ¡Húndanse todos los ataúdes y todos los coches fúnebres en un charco común! Y puesto que ninguno ha de ser para mí, ¡vaya yo a remolque en trozos, sin dejar de perseguirte, aunque atado a ti, ballena maldita! ¡Así entrego la lanza!

Se disparó el arpón: la ballena herida voló hacia delante; con velocidad inflamadora, la estacha corrió por el surco, y se enredó.

Ahab se agachó para desenredarla, y lo logró, pero el lazo al vuelo le dio vuelta al cuello, y sin voz, igual que los silenciosos turcos estrangulan a sus víctimas, salió disparado de la lancha, antes que los tripulantes supieran que se había ido. Un momento después, la pesada gaza en el extremo final de la estacha salía volando de latina vacía, derribaba a un remero, e, hiriendo el mar, desaparecía en sus profundidades.

Por un momento, los pasmados tripulantes de la lancha quedaron inmóviles, y luego se volvieron:

-¿Y el barco? ¡Gran Dios! ¿dónde está el barco?

Pronto, a través de una confusa y enloquecedora niebla vieron su escorado fantasma que se desvanecía, como en la gaseosa *fata morgana,* sólo con los extremos de los mástiles fuera del agua, mientras, clavados por infatuación, o fidelidad, o fatalidad, a sus nidos, antes elevados, los arponeros paganos seguían manteniendo sus vigilancias, sumergiéndose, sobre el mar. Y entonces, círculos concéntricos envolvieron a la propia lancha solitaria, y a todos sus tripulantes, *y a* todo remo flotante, *y* a toda asta de lanza; y haciendo girar todos, con cosas animadas e inanimadas, alrededor de un solo torbellino, se llevaron de la vista hasta la más pequeña astilla del *Pequod.*

Pero mientras las últimas sumersiones caían entremezcladas sobre la hundida cabeza del indio en la cofa, dejando aún visibles unas pocas pulgadas del palo erguido, junto con largas yardas ondeantes de la bandera, que se mecía tranquilamente, con irónica coincidencia, sobre las destructoras olas que casi tocaba; en ese instante, un brazo rojo se echó atrás con un martillo levantado en el aire, en ademán de clavar más firme la bandera al palo que se desvanecía. Un halcón del cielo que había seguido burlonamente la galleta del palo mayor, bajando desde su hogar natural entre las estrellas, picó la bandera e incomodó allí a Tashtego: por casualidad, ese pájaro interpuso su ancha ala móvil entre el martillo y la madera, y, sintiendo, abajo, en su

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

estertor de muerte, plantó allí su martillo como helado; y así el pájaro del cielo, con gritos arcangélicos, y con su pico imperial vuelto hacia arriba, y toda su forma cautiva envuelta en la bandera de Ahab, se hundió con el barco, que, como Satán, no quiso bajar al infierno hasta haber arrastrado consigo una parte viva del cielo, poniéndosela por casco.

Entonces, pequeñas aves volaron gritando sobre el abismo aún entreabierto; una tétrica rompiente blanca chocó contra sus bordes abruptos; después, todo se desplomó, y el gran sudario del mar siguió meciéndose como se mecía hace cinco mil años.

Epílogo

Y sólo yo escapé para contártelo. JOB

El drama ha terminado. Entonces ¿por qué se adelanta alguien? Porque uno sobrevivió al naufragio.

Ocurrió que, después de la desaparición del Parsi, yo fui aquel a quien el Destino ordenó tomar el lugar del remero de proa de Ahab, cuando éste asumió el puesto vacante: el mismo que, cuando en el último día tres hombres fueron lanzados del bote sacudido, cayó por la popa. Así, flotando al margen de la escena sucesiva, y observándola por completo, cuando me alcanzó la succión semiextinguida del barco, fui atraído entonces, pero despacio, hacia el abismo que se cerraba. Cuando lo alcancé, se había convertido en un charco cremoso. Entonces giré y giré como otro Ixión, siempre contrayéndome hacia la negra burbuja, como un botón, en el eje de ese círculo lentamente rotatorio. Hasta que, al alcanzar ese centro vital, la burbuja negra reventó hacia-arriba, y el ataúd-salvavidas, liberado ahora por razón de su ingenioso resorte y, subiendo con gran fuerza debido a su gran flotabilidad, salió disparado y quedó flotando a mi lado. Sostenido por ese ataúd, durante casi todo un día y una noche, floté por un océano blando y funéreo. Los inocuos tiburones pasaban a mi lado como si llevaran candados en la boca; los salvajes halcones marinos navegaban con picos envainados. Al segundo día, un barco se acercó, y por fin me recogió. Era el Raquel, de rumbo errante que, retrocediendo en busca de sus hijos perdidos, encontró sólo otro huérfano.

Fin

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com